

Carlos Godoy

JELLYFISH

Diario de un aborto

colección andanzas

TUSQUETS
EDITORES

Índice de contenido

Portadilla

Lunes 5

Martes 6

Miércoles 7

Jueves 8

Viernes 9

Sábado 10

Domingo 11

Lunes 12

Martes 13

Miércoles 14

Jueves 15

Viernes 16

Sábado 17

Domingo 18

Lunes 19

Martes 20

Miércoles 21

Jueves 22

Viernes 23

Sábado 24

Domingo 25

Jellyfish
Diario de un aborto

colección andanzas

CARLOS GODOY
JELLYFISH
Diario de un aborto

Godoy, Carlos

Jellyfish / Carlos Godoy. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Tusquets Editores, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-579-0

1. Literatura. I. Título.

CDD A863

© 2019, Carlos Darío Godoy

Todos los derechos reservados

© 2019, Tusquets Editores S.A.

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: marzo de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del
“Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el
tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-579-0

«Abortion should not only be safe and legal,
it should be rare».

BILL CLINTON,
Discurso en el Comité Nacional Demócrata
el 29 de agosto de 1996.

El siguiente texto fue escrito mientras sucedían los eventos históricos y sociales que se narran. La fuente es el testimonio diario de una mujer de 19 años que se realizó un aborto ilegal —con Misoprostol— en territorio argentino durante el mes de marzo de 2018, días después de que el presidente Mauricio Macri diera «luz verde para que se abra el debate sobre el aborto en el Congreso».

Hace unos meses me hice un test. Dio negativo. Aunque soy bastante irregular, nunca me había hecho uno. Me lo hice porque el pajero del tipo con el que tengo una vida sexual relativamente activa —no quiero decir que salgo con él ni que oficia de pareja— es un paranoico que no puede con su vida ni podría con la de un *bby*.

Es una situación extraña. En principio, el concepto alienante de manipular el pis. Embocar el chorro en esa minitacita y después poner el reactivo y esperar que aparezcan las líneas. Un montón de motivos, que no voy detallar, me impidieron hacer una *story* con toda esa situación, pero me hubiera encantado. Como hacen las *celebs*, exponiendo de un modo obsceno cada momento incómodo de su vida fugaz. En un capítulo de *Los Simpson*, se burlaban del sistema arbitrario y ridículo que tiene la comunidad científica de comunicar —a través de un test de orina— la presencia o ausencia de embarazo. La vida o no de un *bby* —o lo que se podría llamar una idea de *bby*— dentro de mi cuerpo. Primero se hace una línea y quedás ahí esperando re loca, pasada, sacada, con ganas de arrancarte los pelos de la concha, a ver si aparece la segunda. Generacionalmente, el test de embarazo dejó de estar asociado a cierta manifestación de la felicidad o la alegría. Si te estás haciendo uno, es porque definitivamente hiciste todo mal. La re bardeaste. Nadie quiere tener un *bby*, amor. Nadie que yo conozca, o nadie de mi edad, por lo menos. Mi vieja me tuvo casi a los 40, o sea, en la frontera. Digamos que mi vieja no quería ser madre, pero ya en el límite de lo imposible se la jugó. Más por mi viejo que por ella. Me cuesta proyectar, entonces, la maternidad de ese modo. No sé. Hay una estructura dentro de mi mente que dice que recién cerca de los 40 ya podría —¿o debería?— tener un hijo o una hija. Me niego a decir «hije»; es una lucha con el lenguaje, una batalla que por el momento no quiero dar.

*

Me hice el test en casa a la mañana, después de que mi vieja se fue a trabajar. Le hice una *pic* con el iPhone para recordar la sensación de alivio. En un curso *online* que hice sobre prácticas conductistas, nos enseñaron a fijar en nuestra memoria un recuerdo de felicidad para invocarlo en situaciones «complejas». Esa fue mi idea con la *pic*. En el colectivo, camino a la facultad, la miré todo el tiempo en la *screen*. Y a la noche, antes de dormir —como aconsejaban en el curso—, la miré un rato más.

*

No sé finalmente qué fue de esa *pic*. Creo que la eliminé cuando el iPhone me pidió más espacio para actualizar algunas aplicaciones, porque ya no la encontré. A veces pienso que si no la hubiera perdido no estaría en esta situación. No pasaría lo que está pasando. Como una superstición contrafáctica del *what if...* Un embrujo de la propia estupidez humana. Ahora tengo en la mano un test que me está dando positivo. Son dos rayitas. En Internet dice que puede dar negativo y fallar, es decir, ser positivo. Pero nunca puede dar positivo cuando es negativo. Es muy simple, el reactivo se acciona con la presencia de la hormona beta no sé qué. Si está la hormona, fuiste.

*

Recién terminé de hacerme otro. Estoy en la casa de Nati. Al principio no entendía por qué fui a su departamento a hacerme un test. En realidad, la idea, el concepto de hacerse un test de embarazo, no es algo ajeno al universo de las personas, de los humanos que, en definitiva, vienen a este mundo a repoblarlo o a poblarlo más aún. Lo que pasa es que tenemos 19 años y somos ABC1, hijas de padres profesionales. Nati estaba horrorizada. Parecía un tipo. Específicamente, un tipo ante la inminente posibilidad de ser padre. Caminaba de un lado a otro frente a la puerta del baño. Fumaba. Nati es muy linda. La vi varias veces en bolas. Sabe que tiene un cuerpo lindo y muy bien proporcionado, hasta carnoso, diría, que solo es perceptible cuando está desnuda o en bikini o ropa interior. Vestida, pasa totalmente desapercibida.

Entonces, siempre se cambia delante de mí. Se pone en culo, se prueba cosas. Me usa de espejo. Hice un par de *stories* filmándola mientras se cambiaba. Siempre que lo hago, explotan los *followers* y empiezan a llegar comentarios preguntando quién es, tanto de tortas como de pajeros. Las tortas son igual de pajeras que los tipos, pero un poco más agradables. Bah, qué sé yo. Para mí.

Dio positivo otra vez. Obvio. No sé qué hacer con Tomi. Cómo decirle. Tengo miedo de que quiera tenerlo. De todos modos, sería muy ridículo Tomi como padre. No me lo puedo imaginar. Lo puedo imaginar muerto atropellado por un auto. O peor, por un colectivo. Todo reventado con los órganos para afuera. Pero no me lo puedo imaginar jugando con un nene rubiecito como él en una plaza. Bueno, ya me lo imaginé mientras lo escribía. Leí en Internet que las pastillas de Misoprostol van hasta la semana doce de embarazo, eso serían tres meses. Pero lo más efectivo es desde la semana siete a la nueve. Antes de la siete y después de la nueve puede andar, pero es riesgoso.

*

¿Qué hago con Tomi?

*

Hace un rato me llamó. ¿Qué onda esa manía ridícula y anticuada que tienen los sub-40 de hablar por teléfono? No atendí. Después me empezaron a caer mensajes en WhatsApp preguntando qué pasaba con mi atraso. Y empezó con todo su estrés porque no nos cuidamos y yo no tomo pastillas. No sé. No voy a responderle. Que escriba todo lo que quiera. Me voy a dormir.

*

Me despertaron los llamados de Tomi. Hablamos un rato, y como estaba medio dormida le conté todo. Creo que fue mejor. Hacía largos silencios en el

teléfono. En un momento, me pareció que estaba llorando. Le pregunté qué le pasaba y me empezó a tratar mal. Me dijo que era todo por mi culpa y me preguntó cuándo había sido que había estado con Juano. Qué sé yo cuándo estuve con Juano. Estábamos separados. Bah, si me pongo a hacer cuentas, puedo llegar a recordar. Pero no lo voy a hacer. Que se joda. Le dije que no lo necesitaba, que yo sola podía con esto y que podía conseguir que alguien me acompañara y fuera mucho más útil que él.

Martes 6

Tomi me mandó un mail con data sobre Misoprostol. Unas agrupaciones lesbianas con teléfonos «socorristas» para llamar y sacar info. También me mandó un manual en PDF. Lo voy a meter al Calibre así me lo leo en el Kindle camino a la facu.

*

No tengo ganas de escribir esto. Quiero dormir. Siento las piernas pesadas. No hinchadas: pesadas. Como si las tuviera llenas de mercurio.

*

Me volvió a despertar Tomi. Entre anoche y hoy, ya me llamó como cinco veces. Que cómo estoy, que si necesito algo, ya no aguanto sus preguntas. Espero que esto no sea así todos los días. A veces pienso en decirle que lo quiero tener solo para joderlo. Le va a dar un ACV.

*

Hoy en la facu hablamos sobre una novela que se llama *Impossible Motherhood*. Es sobre una mina adicta a los abortos. ¿Es joda? Leí las primeras páginas. Están buenas. Escribe bien, aunque se ven algunos vacíos en la traducción. Esas instancias en las que el traductor dice: «Ya fue», y traduce literal el encadenamiento de las frases sin que eso tenga sentido en español. Es algo así como un último recurso. Creo que es centroamericana, pero escribe en inglés, ¿podés ser más cipaya? Es un *The Brief Wondrous*

Life of Oscar Wao, pero escrito por una mujer, entonces incluye abortos y violaciones. La diferencia geográfica es que Junot Díaz es de República Dominicana y esta mina, Irene Vilar, es de Puerto Rico. *Anyway*, pareciera que los caribeños, para narrar una historia, primero tienen que narrar la historia de su país, la historia de los sometimientos a Occidente y al capitalismo. Están supeditados a la geografía. Sus historias hablan todo el tiempo de territorios y desplazamientos. No son desclasados por escribir en inglés en vez de escribir en su lengua materna —en este caso, el español—, son desterritorializados porque su patria es la mudanza.

*

Mamá estuvo todo el día insoportable. Odia que me la pase tirada en la cama. Las personas grandes viven bajo el binomio trabajo/no trabajo. Y asocian el trabajo al movimiento, o más bien a la posición no horizontal. Nunca entendí eso. Entonces, si yo estoy tirada en la cama, es porque no estoy haciendo un montón de cosas: ordenar, limpiar, cocinar, llevar los papeles de la obra social. Ah, joya. No tengo obra social. Esto puede que traiga algunos problemillas, dada mi incipiente situación. ¿Qué hago? Esta es una oportunidad más que válida para activar la obra social de mi vieja. Tengo que pedir un certificado de alumno regular en la facu y no sé qué más. Una vez tuvimos una discusión, un domingo, porque ella me había preparado hacía bocha todos los papeles para que siguiera teniendo su obra social. Fue apenas cumplí los 18, o sea, el año pasado. Me dijo: «Tenés que conseguir un certificado de alumno regular de la UBA, me lo traés y yo llevo todo a la obra social». Obvio que nunca busqué el certificado. O sea, dale. De pedo puedo ir a cursar, a terapia y hacer, de vez en cuando, un poco de *climbing*. Son las únicas obligaciones con las que pude el año pasado y, por ahora, lo que va de este. La cosa es que, un domingo, ya habían pasado meses de mi cumple, se sacó, me re puteó porque nunca activé el certificado de alumno regular y me dijo que ahora corría por mi cuenta tener o no obra social. Y, bueno, acá estamos.

*

Mi vieja hizo una reunión de amigas en casa. El living está al lado de mi cuarto. No estaba en mis planes quedar encerrada y no poder salir ni al baño. Estoy meando todo el puto tiempo. De repente, mear se convirtió en una preocupación. Así que me vine a lo de Tomi. No quería hablar de Tomi. No se merece que lo incluya en este texto. O sí, mejor voy a contar todo sobre él. Tomi es un boludo de 32 años. Todavía estudia Comunicación. O sea, yo entiendo que seas un estudiante crónico de, no sé, Medicina, ponele. De esos hay miles. Tipo un salteño que se vino en 2004 en un colectivo de dos pisos con nombres corte Panamericano o El Norteño y vivió tres años en una pensión, y ahora, catorce años después, ya pegó depar, tiene algunas *roomates* chetas, o no chetas, pero, qué sé yo, de Mendoza, ni idea, con las que intercambia su capital simbólico de estudiante crónico y, quién te dice, quizás hasta logre recibirse, o por lo menos vaya a hacer certificados médicos a domicilio en un Corsa Wind para una prepaga de medio pelo. Pero ¿estudiante crónico de Comunicación Social? Bueno. Eso es Tomi. Un estudiante crónico de Comunicación Social que me lleva trece años y que, aparentemente, me embarazó. Y ¿quién es la boluda? Yo soy la boluda. ¿Qué hago con un ser de estas características? No sé. Me calientan los tipos grandes. Los de mi edad no cogen bien, dicen cosas muy boludas, no sé. Me gustan las canas en la barba. Sé que es un cliché, pero dale, nada caliente como los clichés. ¿Amor? Ni en pedo. Nunca sentí nada por Tomi. Me parece un idiota, una persona sin nada que aportar a la humanidad. Pero me gusta su pija. Dura. Re dura. Se pone dura como una tabla. No sé. A veces pienso que toma algo. Nunca sentí una pija tan dura. Parece mármol.

Miércoles 7

No quiero seguir hablando de Tomi. Estoy al lado de él. Duerme. Ronca. Babea. Me gustaría tener una pija para ponérsela en la boca, hacer una *pic* y viralizarla. O hacer una *story*. Con eso estaría bien. Creo que ya hablé mucho de él. Igual tengo que ser sincera. No es puramente un idiota. Es la única persona que me entiende. Posiblemente, porque yo también sea una idiota.

*

¿Cómo tiene que escribir una mujer que va a abortar por primera vez? ¿Tiene que parecer desesperada? ¿Debe parecer sufriente? ¿Soy una madre? ¿En este momento estoy empezando a ser madre y, por lo tanto, a volverme loca y triste y culpable? ¿Alguien leerá esto? ¿Este será un texto que pase a la posteridad? Ja, qué pregunta boluda. La única pregunta que vale en este momento es: ¿cómo mierda es que estoy embarazada a los 19 años? ¿Cómo llegué a esto?

*

Estoy estresada. Me estresé. En la facu todos hablan del aborto, en la tele todos hablan del aborto, en Facebook todos hablan del aborto. Vi un video gracioso de George Carlin y lo compartí en mi muro. Empieza así: «Why why why why why is it that most of the people who are against abortion are people you wouldn't want to fuck in the first place, ah?». Es gracioso cómo lo dice él. Yo con solo repetir el *why* tres veces ya te aburro. Me incomoda escribir al lado de Tomi.

*

Por fin llegué a casa. Anoche cogí unas tres veces y hoy, de día, dos veces más. Me duele la concha. Tomi no quería coger, está estresado. Pero me lo cogí igual. Ja, lo re violé. Si hubiera tenido una cinturonga, le rompía el orto. Lo que pasa es que cuando empezás a chuparle la pija a un chabón y después le decís al oído «cogeme el culo» ya está. Pierde el control total de la situación y sobre todo de su deseo. Entre cogida y cogida (de la mañana) organizamos un poco el aborto. Suena feo decirlo así. «Organizamos el aborto». Como si fuera un evento. Es que lo es. Un velorio también es un evento. Pero usualmente las organizaciones tienen un dejo de simpatía. Un viaje, una boda, una mudanza. De cualquier modo, organizar algo siempre trae estrés. Pero organizar un aborto...

*

Me gustaría ser organizadora de abortos.

—Hola, ¿a qué te dedicas?

—Soy organizadora de abortos.

—¡Ah! ¡Qué lindo!

—Sí, sí, soy nueva igual. Recién estoy empezando con el negocio. Pero va bien. ¿Sabías que 4 de cada 10 mujeres abortaron? Sí, hay un mercado interesante. A veces se complican los pagos porque las obras sociales no cubren. Pero pronto lo van a hacer.

—¿Y dónde tenés tu oficina?

—Por el microcentro. Tomá, te dejo una tarjeta.

*

Bueno. Decía que con Tomi nos organizamos un poco. Leímos medio por arriba el manual ese en PDF que sacó la editorial de Abuelas de Plaza de Mayo. Está bueno. Lo bautizamos *The Lesbian PDF*. Está bueno también que circule así. Por las dudas, hicimos otro test más de embarazo. Dio recontra mil positivo. Antes demoraban un rato en aparecer las rayitas; ahora aparecen de una, con toda, re potentes, re claras. Me asusté un poco. Ahora tengo que hacerme un análisis de sangre para ver exactamente de cuánto estoy y saber si

puedo hacerme el aborto con las pastillas o no. La puta madre. Espero no terminar en una clínica oscura clandestina para chetas. Espero poder resolver esto sola sin tener que contarle a la oligofrénica de mi madre, que seguramente haría de mi aborto una nueva obra de teatro, *El aborto de mi hija*, en la que se construiría a ella misma como el personaje sufriente que hace constantemente monólogos sobre lo duro que es ser madre de una hija que aborta. Sus fantasías como abuela tejiendo escaarpines.

*

Fui al departamento de alumnos de la facu y pedí el certificado de alumno regular. La mina que me atendió me dijo que recién iba a estar mañana. Le pregunté si no lo podían hacer más rápido porque estaba en una situación medio urgente, y me respondió sonriente: «Tiempos de Puan». Conchuda. Quería decirle: «En este momento me crece un alien adentro que me come y me chupa la energía y las ganas de vivir. No puedo esperar hasta mañana. Conchuda». Hay una urna junto al mostrador que dice: «Sugerencias para el personal». Dejé un papelito con una breve nota: «Las señoritas no docentes de este departamento deberían vestirse mejor, tratar de asearse y visitar con un poco más de regularidad una peluquería. Si no disponen del dinero para hacerlo, sería bueno que el sindicato o la misma universidad tomara cartas en el asunto».

Me levanté temprano. Cada vez me cuesta más despertarme. Bah, despertarme me despierto. Pero me quedo en la cama mirando *stories* hasta que aparecen las que mandé al fondo por gededes, y ahí es cuando me doy cuenta de que ya perdí una hora. Me tuve que dar una ducha. Hace mucho que no me depilo. Fue un asco coger así con Tomi. Igual no me importa. Siento como el despertar de una animalidad dentro de mí. Quiero coger. Tengo unas ganas salvajes de coger. Incontrolables. Como si fuera a cazar. Como un lobo hambriento corriendo a un pobre conejito por la estepa. Si me lo cruzo a Tomi, me le tiro encima. Le muerdo toda esa pija de mármol, se la arranco de un mordiscón y la escupo al piso.

*

Este es el plan:

- Me hago análisis de sangre. En los análisis va a salir de cuánto estoy (parece que todo se mide en semanas).
- Después voy a hacerme una eco (tengo que averiguar dónde las hacen sin orden). Nota: debería conseguir alguna ginecóloga abortera. La eco es para asegurarse de que no tenga un embarazo ectópico y para confirmar las semanas del embarazo. Un embarazo ectópico es un embarazo pifiado, tipo creciendo en otra parte, fuera del útero, un desastre, mal alojado.
- Con el análisis de sangre y con la eco, ya puedo comunicarme con las *lesbians* para que me tiren una onda para pegar el Miso («las *lesbians*» suena algo parecido a «Papá Noel» o «los Reyes Magos», pero que solo regalan Misoprostol).
- Con las pastis en mano, elijo un día (Tomi me va a acompañar, claro) y me las tomo de a cuatro por la boca en tres tres tandas. Después, plup, sale el alien. Hay otra opción que es tomarlas, bah, tomarlas no: metérmelas por la concha. Pero *no way*. De ninguna manera.

- A los quince días tengo que hacerme otra eco para corroborar que no haya quedado ningún alien devorando todo ahí adentro.
- Festejar el retorno a una vida normal de una chica de 19 años que se coge a un boludo de 32.

*

Fui a la obra social para avisar que iba a tener el certificado de alumno regular al día siguiente y preguntar si ya podía ir sacando turnos o adelantando algo. Medio que me boludearon, porque recién a los tres meses de presentar el certificado de alumno regular y todos los papeles verga que me piden, la obra social empieza a correr. ¿Ahora qué hago? Bueno, no hay mucha vuelta. Voy a ver qué onda mi cuenta. Cuánta plata tengo. De última, uso lo que me deposita mi viejo para ir a Europa. O no, qué sé yo, si no, hago hospital público. Ni idea. Soy una *pregnant girl*. No me importa. No me importa nada. Lo llamé a Tomi y le conté. Me dijo que le iba a escribir a la madre para pedirle plata. Y que con mis ahorros para Europa por ahí llegábamos a una clínica de abortos. NI-EN-PEDO, le dije. ESTE-ES-MI-CUERPO-YO-DECIDO-SI-NO-PUEDO-HACERLO-POR-OBRA-SOCIAL-LO-HAGO-POR-SALUD-PÚBLICA-QUE-EL-ESTADO-GENOCIDA-BANQUE-MI-NECESIDAD-CLANDESTINA-DE-ABORTAR. Ah reeee.

*

Mi vieja me está rompiendo los huevos hace un mes con la marcha de hoy. Hizo dos pancartas. Una para ella. Una para mí. El hecho de que mi viejo la haya «cambiado» por una mujer veinte años menor la pone en un estado de sensibilidad extrema cada marcha del 8. Esta en especial. Las pancartas dicen: «No me pienses, pensate vos». O sea. Cuando la vi ahí en el living, arrodillada, toda manchada con pintura y leí las pancartas, le dije: «Ni en pedo marchó con eso». Pobre vieja. La carita con la que me miró. A veces soy una reventada hija de puta y me doy cuenta después. Siempre después. De todos modos, no estoy de ánimo para ir. Salió todo mal en la obra social, me duele muchísimo la espalda y ya estoy dejando de ir a cursar porque

necesito dormir, pero tengo que ir. Le escribí a Nati para pedirle que me haga el aguante. Así que me junto con ella y después me encontraré con mi vieja en algún lugar por Congreso. Seguro va a sacarse una *selfie* abrazándome para subirla a Facebook. Qué horror.

*

La marcha estuvo buena. Las consignas fueron «Aborto legal, seguro y gratuito», «Trabajo para las mujeres despedidas» y otras cosas más. Ni idea. Había mucha pendeja de mi edad o más chica. Un par de *lesbians* en tetas. Y chabones. Esperaba muchos menos chabones. Fue raro estar ahí escuchando los cantos, leyendo los carteles. Raro porque soy una mujer pidiendo finalmente por algo que me involucra. En las marchas siempre tuve una mirada lejana al reclamo. O, más bien, siempre me vi involucrada por un pedido en nombre de otras personas. En nombre de las «víctimas». Esta es la primera vez que voy a una marcha en la que, si bien no soy una víctima, soy finalmente una mujer que va a abortar de un modo clandestino y está pidiendo aborto legal, seguro y gratuito. Es más: deberían llevarme en brazos como si fuera la princesa de la marcha. La reina del aborto. Estaría bueno eso. Me re ceba. «Reina nacional del aborto». Hermoso. Debería estar en el escenario, hablar, dar un *speech* bien de tonta, como los que dicen las candidatas a *Miss Universe*. Debería ser tratada como una virgen, a pesar de ser todo lo contrario. «La virgen abortera». Otra figura hermosa. Menos mal que estoy escribiendo todo esto. O no.

*

Todo para Instagram, nada para Facebook: un par de *selfie stories*, algunas *pics* de las pibas marchando, otras de los carteles pegados en las paredes, de algunos grafitis. Ah, sí, una sola para Facebook. Una que sacó Nati en la que estoy abrazada con mi madre sosteniendo el cartel con la leyenda: «No me pienses, pensate vos».

Me desperté y vi que Nati me mandó un video increíble que está en Facebook. Un rugbier con chomba rosa Nike, de ojos claros, voz tipo grave como Luis Miguel y notable bronceado medio anaranjado, que se llama Dicky del Solar y convoca a una marcha en contra del aborto en San Isidro. Termina diciendo: «No permitamos que un montón de embriones se pierdan la experiencia de saber lo que es un tercer tiempo. Vení, sumate. Porque al aborto lo tacleamos entre todos».

*

El libro de Irene Vilar pareciera que fue creado, destinado para acompañarme en este proceso. Hablé por teléfono con Tomi y arreglamos ir el lunes a primera hora a hacerme los análisis de sangre. Voy a ir al Fernández a ver qué onda. Si veo que está muy *full of working class* o que te atienden para la mega verga, me voy a un laboratorio y chau. No sé. Sacaré plata de la cuenta para el viaje. El *loser* de Tomi no tiene un peso partido por la mitad, 32 años y le pide plata a la madre para pagar las cuentas. Lo que me gusta de la novela (o biografía, más bien) de Irene Vilar es el descarnamiento para contar su vida. Igual, entiendo que tiene un par de libros publicados antes. Habría que ver si siempre escribe así, sobre su vida. Porque eso ya no es una biografía. Es otra cosa. Es contar lo peor tu vida, lo que no te animás a contarle a nadie. Entonces, no es escritura. No es escribir ficción, no es escribir tu biografía, es hacer terapia con el lector. Exteriorizar, objetivar lo que te pasa para que no se te haga un cáncer de garganta. Es, en definitiva, lo que estoy haciendo yo con esta mierda que escribo.

*

Jaaaaa, era un chiste. El que hace el video del rugbier es un estandapero local. «Estandapero local», qué horror. Lo peor de todo es que en el contexto es muy verídico y creíble. Podría ser tranquilamente real. Ya no se sabe dónde empieza el delirio y termina la realidad. Es todo lo mismo.

*

¿Posta tengo que ir a hacerme los análisis de sangre para corroborar que estoy embarazada dos días después de la marcha? Tengo muchas ganas de llorar. Hoy tampoco fui a cursar, ni a terapia. Son demasiadas cosas para un viernes de *preggo*.

*

Deberíamos venir genéticamente diseñadas con una perilla de aborto. Si quedás *pregnant*, tirás de un hilito, te metés un dedo en el culo, no sé, y se afloja todo el huevo incubado, paf, el bicho cae de una. Como apretar el botón de la mochila del inodoro.

*

El aborto como un descampado para la lucha de clases. ¿Qué quiero decir con esto? Bueno, que no es una lucha de la ciudadanía. Es la lucha de una clase que cree que con el aborto se va a terminar la pobreza, en un país donde el mayor problema es la pobreza o, más bien, donde la pobreza es el termómetro de la vida. A la clase media cabeza, el aborto le chupa un huevo. A la clase alta, también. A las clases bajas, obvio que les re chupa un huevo. La única clase a la que le importa es la clase media progre, que lo usa como bandera contra el Estado, contra la hegemonía de la derecha que ganó el sentido común. De todos modos, no entiendo cómo puede ser que la ultraderecha y la izquierda no se unan a favor del aborto. Es una *win win situation* para las dos. La conclusión, la conclusión que saco yo, Yakie Dorayaki, es que el aborto —o el debate en torno al aborto— es el último

refugio para la lucha de la transición de la Modernidad a la Posmodernidad (si es que eso existe) o, mejor dicho, a la Modernidad tardía, donde la guerra, los golpes de Estado, las máquinas y el imaginario del futuro positivista se ven como algo malo, vetusto, antiguo, re mala onda, ortiba, pero en secreto. Bajo la *carpet* de los Estados demócratas se siguen realizando las mismas prácticas monstruosas de las que fingimos habernos librado. El mal nunca deja de operar. Y, por eso mismo, voy a sacarme el alien que tengo adentro, porque no tengo ninguna duda de que sacármelo es algo que está mal o que es malo, pero en realidad es algo bueno, porque no voy a tener un hijo (que supuestamente es algo bueno) siendo una chica de 19 años (en cuyo caso, aparentemente sería algo malo). Ufff. Quiero escabiar algo, pero se me fueron las ganas. En realidad, no se me fueron la ganas, ganas tengo. O sea, de tener una lata de Heineken helada en mi mano y tomar de a sorbos mientras hago algo. Como esto, escribir. Pero cuando siento el olor a alcohol cerca de mi nariz me vienen arcadas. Desde que estoy *pregnant*, mi cuerpo rechaza el alcohol, el pucho y la droga. Hay una *intelligentsia* de la supervivencia que me aterroriza.

*

Cada vez choco más con mi vieja. Quizás debería mudarme. No la aguanto más. No entiendo qué quiere. Parece que le fue mal en un ensayo general de la obra que estrena en tres semanas. Yo también tengo mis problemas, mamá. Y también estoy en cuenta regresiva. Tengo que hacerme un aborto sin decirte nada para que no me rompas las pelotas más de lo que lo hacés a diario. Comimos empanadas. Cada vez que cenamos empanadas, nuestra relación se deteriora por unos cuatro o cinco años más.

*

No sé si salir. Los amis me escriben desde hace días en WhatsApp y no contesto. De hecho, hace un rato me lo desinstalé del iPhone, y también el Facebook Messenger. Es como una especie de *white noise machine*. Genera algún tipo de alivio, la tranquilidad de no seguir recibiendo todo el tiempo

notificaciones. *Anyway*, cada vez que abro Facebook en la Mac tengo más y más *inbox*. No sé qué hacer. La popularidad me lastima. Ah reeee.

Me re dormí. Son las tres de la mañana. Tengo el cerebro y el cuerpo funcionando de formas extrañas. Ahora me desvelé. En Facebook, una amiga acaba de subir una entrevista a «la loca de los bebitos». Se la hace Diego Rojas, el periodista lesbotrotskyista. Espectacular. Una mujer que milita en contra del aborto regalando fetos de cerámica. Increíble. Rojas la corre por todos lados y la mina ni se mosquea, tiene una respuesta para todo. De poca monta; obvio, mi amor. Pero poniéndose la mochila provida a *full*. Hay algo de seductor, de luchador en su perfo, por más que sea una mujer perdida en el siglo XVI. Un voluntarismo extremo. Una creencia atomizante sobre lo que dice. Por eso, cuando dijo lo siguiente, me quedé re *frozen*: «No importa la edad que se tenga, quienes tuvieron un aborto tienen tendencias a la depresión, al suicidio». Obvio que es una vieja loca católica con seis hijos, no se puede tomar su relato como algo científicamente «serio», pero ya es una semilla que puede desencadenar una crisis en mi endeble psiquis. Tendría que haber ido ayer a terapia. Voy a ver si logro que me re programe en la semana.

*

Debería dejar de leer cosas sobre el aborto. O solo enfocarme en leer el PDF. Todavía no lo metí al Kindle. Lo voy a hacer ya.

*

Listo, ya lo metí al Kindle. Voy a leerlo hasta que me duerma. Linda lectu para conciliar el sueño. En vez de ovejas, voy a contar fetos que, en lugar de saltar el corral, son abortados.

*

No leí una mierda. Me puse a ver en YouTube videos sobre el aborto. Algunas cosas sobre el tamaño del bicho que tengo dentro. El más piola que vi es el de una traba que explica con acento de Alabama cómo buscar, entre la sangre que voy a escupir por la concha, al bicho que me devora desde el centro neurálgico de mi ser: «Don't worry, sweetie, if you are less of twelve weeks, it's like a small jellyfish with the size of a marble. You can touch her consistence with a fork or a pen, whatever. There is no baby inside, only a cumule of cells and biological tissue. Ok, princess, here you have —outside of your body— the technical problem of your last days. No drama. Kiss kiss, ciao ciao, technical problem...». Interesante. Muy didáctico. Anoto en el otro doc que tengo abierto: «Entre la sangre: buscar el *jellyfish*. Buscar el *jellyfish*. Buscar el *jellyfish*».

*

Tengo dos archivos abiertos. En uno escribo esto y en otro escribo data, fechas, cosas importantes para recordar sobre el Misoprostol, el ciclo embrionario y todo lo que (especulo) me irán diciendo los médicos (cuando vea a alguno). En Facebook ya vi varias personas que están compartiendo una fábula que es de lo más sincero —o coherente— que leí hasta ahora. Empiezan a aparecer personas que se pronuncian en contra del aborto. Personas que están entre mis contactos, que a veces me comentan y yo les comento. Copio la fábula:

#Preocupada, una mujer buscó a su ginecólogo.

—Doctor, tengo un problema muy serio y ¡necesito su ayuda desesperadamente!
Mi bebé no tiene un año y estoy embarazada de nuevo. No quiero otro hijo.

Entonces el médico dijo:

—¿En qué exactamente quieres que te ayude?

—¡Quiero hacer un aborto!

Después de pensar por unos instantes, el médico dijo:

—Mira, tengo una idea que me parece mejor, y también es menos arriesgada.

La mujer sonrió satisfecha. Así que el médico continuó:

—Para que no tengas que cuidar de dos bebés, vamos a matar al que está en tus brazos. Así podrás descansar hasta que el otro nazca. Ya que vamos a matar a uno

de sus hijos, no importa a cuál de ellos. Dicen que los hijos son todos iguales para las madres, ¿no es así? Y, además, tu vida no correrá riesgo con procedimientos quirúrgicos, si eliges a ese para matar.

La mujer escuchó las palabras del médico y le dijo:

—¡Qué monstruosidad me está proponiendo! ¡Matar a un niño es un crimen!

El médico le respondió:

—Estoy de acuerdo, pero pensé que eso no era un problema para ti. Solo te estoy sugiriendo que elijas al hijo que será asesinado.

Por el rostro de la mujer, el médico vio que había podido aclarar su punto de vista. La convenció de que no hay diferencia entre matar a un niño que está en sus brazos o a uno que está en su vientre. El crimen es el mismo. ¿Sabes desde cuándo Dios te ama? ¡Desde el vientre de tu madre!

*

Veo que muchos fachos aprovechan el momento para correr por derecha al Estado. «Si se legaliza el aborto, entonces hay que poner pena de muerte a los violadores, asesinos y grandes estafadores a la patria». Eso lo compartió un profe de la facu para que sus alumnos y colegas despedazaran al pobre *user* (que pude ver que es un ingeniero civil, vaya, vaya...) por su brutalidad mental. La verdad es que lo banco. Al ingeniero, no a mi profe. Ya fue correr por izquierda, hay que correr a todo por derecha. Bueno, esta es una frase que siempre dice mi vieja. Yo tengo 19 años. Todavía puedo correr a todo por izquierda con la energía incoherente de la juventud.

*

Para el budismo, abortar da karma. Un megakarma. *High buddhism karma*.

*

Me desperté cerca del mediodía y vi, tirada en la cama como un lechón, todas las *stories* de lo que hicieron anoche antes de salir, en el bar y ahora mismo de *after* en lo de Joaco. Qué ganas. Lo gedientos que deben estar. Esta

semana en la que desaparecí, me di cuenta de que no importa lo centro que seas en cualquier grupo, los que dan vueltas a tu alrededor se acomodan si desaparecés. Buscan otro centro, se perfilan, se escabullen y siguen haciendo lo mismo. En este caso, salir, hangear, pudrirse el cerebro hasta la tarde en un *after*. Igual no los juzgo. No estoy más allá. Sigo siendo lo que son ellos. La diferencia es que no estoy. No porque no quiera, sino porque hay algo dentro de mí que me lo impide, no desde una perspectiva moral, o quizás sí. Ni idea. No entiendo qué me pasa. Ya ni fumo. La cerveza me da asco. No sé. A la vez, no quiero estar con ellos. Es como si quisiera quedarme sola en casa encerrada con mi *jellyfish* mirando *stories* y buscando alguna serie nueva en Netflix.

*

Tener un *jellyfish* adentro es una sensación extraña. Me acuerdo de que tuvimos una gata, Rita, y cuando se embarazó andaba por la casa como una reina. Panzona, hermosa. Me siento Rita en este momento. Mi vieja decía que antes de castrar a las gatas hay que dejarlas que tengan cría una vez al menos para que experimenten la maternidad, porque es clave para la conformación de la personalidad felina. Lo primero que se me ocurre pensar, en este contexto, es: ¿qué será de mi personalidad después de esto?

*

No quiero recurrir al cliché de que estás soñando y empezás a escuchar dentro del sueño golpes que vienen desde el cielo, que suenan como impactos de bombas, pero en realidad son los sonidos del mundo exterior que te invaden y terminan por despertarte, aunque fue tal cual. Me despertó mi vieja dando terribles golpazos en la puerta de mi cuarto para que fuéramos a almorzar a no sé dónde. Me volví a dormir. Ya son las dos de la tarde. Mi vieja es una persona de 59 años que se encuentra en la encrucijada femenina de la lucha contra el envejecimiento de su cuerpo y el florecimiento de su intelecto, que, supuestamente, goza del momento más productivo de su vida. Le gusta salir a comer a los lugares que dicen las revistas progres que lee ella.

Y le gusta reunirse con sus colegas escritores, dramaturgos, poetas, artistas (muchos de ellos, exalumnos), y también con sus alumnos, a charlar, discutir, criticar al gobierno de turno, a trotskearla pero con *snob style*, como los artistas. No con un *teenage spirit* como los militantes. Quiere que vayamos a comer a un lugar nuevo de comida coreana. Ya vi bocha de *stories* de gente comiendo ahí. Sin ir más lejos, Nati fue con su última cita a cenar ahí, un pibe que es DJ. Bueno, mamá, ahí me visto y vamos a darle de comer a mi *jellyfish* un poco de comida étnica. Los gustos hay que dárselos en vida.

*

Ya empiezan los llamados de Tomi porque no le contesto por ninguna vía de comunicación escrita. Le voy a devolver el llamado después de comer.

*

Mi vieja escribe teatro desde que era adolescente. Es el típico ejemplo de persona que quiere hacer algo desde chica y finalmente lo consigue, y de forma espectacular. Esas personas que la sociedad —del espectáculo— toma como modelo y son entrevistadas en la revista *Viva* o en el horario central de esas radios de derecha que escuchan los tacheros. Sus obras suelen estar varias temporadas en cartel y después salen de gira por Europa. Los últimos años, empezó a hacer obras bilingües. Desde lo comercial, los productores le piden eso. Y se las arregló bastante bien. La verdad es que estaría bueno que pegue una gira ahora, así hago este aborto más tranca, sin la presión de tener que responder como hija. Pero, en cambio, no solo no está de gira, sino que encima está acá, al lado mío, y con el aliciente de que está sacada porque en tres semanas estrena obra en el Cervantes y, por ahora, según me quemó la gorra durante todo el almuerzo, le está saliendo todo mal.

*

Yo me pedí un *tataki* y mi vieja, unas mollejas con un *styling* coreano. Me

dio asco. Me dio asco todo. El lugar *full of snobs*, mi vieja comiendo las mollejas, que se le escaparan pedazos minúsculos entre los dientes cada vez que mordía, el *tataki* al que solo le di un mordisco. Fui al baño y tuve arcadas. Nunca me había pasado eso. Nunca había sentido ese asco. A ese nivel. Esa repulsión. Sin dudas estoy *pregnant*. Qué asco estar *pregnant*. Qué desagradable.

*

De camino a casa, tomamos un helado y se me pasó un poco el asco. Recién llamé a Tomi. Se mostró notablemente ofendido porque no le respondo mensajes por Facebook y por WhatsApp que ni me llegan. Estaba alterado. «Yo también soy parte de esto». No puedo creer lo dramáticos y pelotudos que son los tipos. «Yo también soy parte de esto». Qué infeliz. Me di cuenta de que los fines de semana van a ser los días en los que más escriba en este diario, básicamente porque estoy más al pedo. Señor lector... No. Joven lectora, soy una chica de 19 años que está embarazada... No. Que está *pregnant* —suena mejor, menos dramático y hasta gracioso— y va a abortar. Pero más allá del aborto, esta muchacha que es, por el momento, un proyecto de adulto hace cosas, además de planear un aborto. Esta chica va a la facultad, va a yoga —bueno, en realidad hace un montón que no voy; ja, podría empezar ahora yoga para *preggos*—, va a terapia y, por si te parece poco, joven lectora, esta chica —que tiene un buen culo y unas tetas pequeñas pero turgentes— hace *climbing*. Así que, joven lectora, me encantaría entretenerte mucho más con mi vida de mierda. Pero bueno... Debo intentar, además de entretenerte, no suicidarme. Gracias por tu atención, muy buena la radio. Pongan una de Jungle pussy.

*

Sé que tengo que hablar de Tomi. Contar un poco su historia. O por lo menos cómo la línea de tiempo de la historia de Tomi se cruza con la mía. Pero ahora no tengo ganas. Por favor, cómo me deprime este tipo. Podría tener al *jellyfish*. Podría arruinarme la vida con sacrificios innecesarios y

terminar la facu yendo a cursar con un bebé, y ser una madre luchona, joven, responsable, profesional y talentosa. Pero con este pelotudo pito duro como compañero, no digo como pareja, como compañero de paternidad, nah. Me la baja de una forma... No hay manera de proyectar nada que no sea un desierto interminable de depresión. Quedamos en que el lunes vamos a ir temprano al hospital a sacarme sangre y en que voy a «tratar de contestarle», solo a él, sus *inbox* sobre la nada misma. Listo. Ok. Besito.

*

De vuelta en la cama. Estoy cagando verde. Hace varios días. Pero lo que vi recién en el baño me asustó. Según chequeé en varios *sites* de embaraludas, es normal. Creo que a lo que más le tengo miedo de la *pregnancy* es a convertirme en lo descerebradas que son las *pregnant girls*. Ahora estoy viendo en la compu mierda sobre los *jellyfishes* posta, no el *jellyfish* falso que tengo adentro.

*

Qué asco cómo se reproducen estos bichos. Primero son una larva; después, un gusano tipo una babosa que se pega a una piedra, un coral, ni idea. Y después escupen *jellyfishes* a mansalva. Los tiran como en una fábrica de bombones. Me llama la atención lo independientes que son. Tipo que un solo *jellyfish* hace toda la rosca porque tiene los dos sexos. No necesita a nadie, no se pregunta qué es la maternidad, no le importa ir a la facultad. NO TIENEN MADRES NI PADRES.

*

Ay, es re lindo cómo se mueven en el agua. Me encantaría ponerles ropita. Estaría bueno hacer una marca de ropa para *jellyfishes*. Sería espectacular. Aunque por ahí, si se les pone ropa, se mueren. Como cuando le pintás el caparazón a una tortuga. Ni idea.

Domingo 11

Me re dormí. *As usual*. Y me acabo de despertar con una manija que no puedo más. NO DOY MÁS. Les voy a caer a los amis. Ya fue. Primero le escribo a Jordi, mi *dealer*, así les caigo ya con una sabol y no me hacen preguntas. Ya sé que dije que salir es una *absolute frivolity*. Pero soy joven. Puedo decir boludeces y después hacer otra cosa. *Ciao ciao, kiss kiss, bacio*.

*

La puta madre. No me entra nada de ropa. Claro, todos estos días estuve tirada en pijama y salí a la calle en jogging. Me quiero poner un corpiño lindo y lo reviento. Los pantalones no suben las gambas. Voy a tener que vestirme como Homer: con una túnica.

*

No, no voy a ir a ningún lado. Así no puedo salir. Toda gorda fea. Un asco. Encima Jordi está viniendo para mi casa. Le voy a cancelar, me tiro a seguir durmiendo. Ya fue.

*

Hacía mucho que no tomaba. Cómo pega esta mierda cuando pasa mucho tiempo de *abstinence*. Sentís cómo empieza a bajar un frío que te abraza la raíz de los dientes. Espero que mi vieja esté durmiendo y no haya escuchado los puntazos que me tomé en la cocina. Ya no me importa nada. La gordura, los corpiños chicos, el olor radiactivo a chivo de *pregnant* que tengo. Nada.

Voy a salir en tetas a chaparme viejos por la calle.

*

Me acabo de despertar. Son las tres de la tarde del domingo 11 de marzo de 2018. Tengo 19 años y estoy embarazada, mientras afuera toda la ciudad y el país, desde las redes, la radio, los celulares y lo que mierda tengan a su alcance para expresarse, se debaten por legalizar o no el aborto, como proyecto social, político o lo que sea para salir de una puta vez del siglo XIX. Hoy, por primera vez, sentí un dolor terrible en la espalda a la altura de la cintura. También me duelen las caderas. Se me está deformando el cuerpo con toda. Recién lo llamé a Tomi y lo re mil mandé a cagar y me largué a llorar mientras lo puteaba. «¿Qué mierda me hiciste, hijo de puta? ¿En qué mierda me convertiste?» Forro hijo de puta. Conchudo. Fracasado. No hizo nada con su vida y me quiere llevar a mí al mismo estado de fracaso. Forro. Muerto de hambre. No tiene plata ni para pagar un aborto en una clínica, como debería hacer cualquier tipo de 32 años que se coge a una mina trece años menor. Cómo lo odio.

*

Ya estoy más tranquila. Llamé a un *delivery* y pedí una hamburguesa con papas fritas. Anoche la pasé horrible. Uh, acabo de recordar que tuve un sueño *superfreak*. Soñé que cogía con una especie de alien que tenía dos pijas. En realidad, no tenía dos pijas; podía adquirir cualquier forma y entonces se convertía en dos pijas y me las metía, pero yo no lo veía o no terminaba de entender bien cuál era su forma ni dónde estaba. Sin embargo, en esa lógica preexistente que tienen los sueños, yo sabía que era así, que adquiriría formas y era un hecho indiscutible, obvio. Muy loco. Se sentía sarpado. Siempre que vi *double penetration porn videos*, las minas re sufren. Yo sé que una *porn star* está laburando, pero la *double penetration* es como laburar al límite, tipo sobreexigida al máximo. Y se lo puede ver en sus caras, se re esfuerzan para tolerar eso. Algunas enfermitas re gozan, o logran fingir goce a cámara, pero no todas. La cosa es que el alien que me hacía la *double*

penetration era puro amor. Se sentía espectacular. La pared que hay entre el culo y la concha es como una pielcita re mini, y sentía cómo entraban y se tocaban adentro esas dos pijas que hervían, estaban re calientes, y esa sensación de la pielcita tan fina y de lo duras que estaban las vergas era algo re loco. Lo recuerdo y me caliento, ¿podré coger así alguna vez? Qué asco. No me da el cuero, me parece. Quedo hospitalizada. Tengo que entrenar a *full* antes. Además, el alien era re pro, sacaba una pija y metía la otra en sincro. A medida que metía la que estaba afuera, iba sacando la que estaba adentro, y así, una coreo sexual. Parecían los típicos pistones que se utilizan para graficar cómo funciona un motor a combustión. Qué *champ* el alien culeador. Ahora que lo escribo, me acabo de dar cuenta. Lo que me cogía no era un alien. Era un *jellyfish*. Claro. Es como si yo fuera la Virgen María y hubiera sido embarazada en un sueño por una especie de deidad bipeneana con forma de *jellyfish*. No por el tarado de Tomi. De hecho, Tomi sería algo así como el goma que se hace cargo del *jellyfish* que está en camino, que en este caso no es ni más ni menos que NUESTRO SALVADOR *JELLYFISH*. El encargado de salvar a la humanidad. ¿Qué digo? No puedo más de *freak*.

*

O sea, ahora debería contar lo que hice anoche, pero no sé si quiero. Tengo que resolver esto urgente. No aguanto un día más así. No quiero estar más así. ¿Cómo me está pasando esto? ¿Cómo puedo ser tan irresponsable?

*

En la novela de Irene Vilar, ella, o sea, Irene Vilar, cuenta la relación con un hombre mayor (igual, en su caso, la diferencia de edad era mucho más grande que en el mío), y ella no ve en los abortos irresponsabilidad. Ve negación y autodestrucción. O, más bien, ve el aborto como una forma automutilatoria. Una arista de una práctica suicida también. Además, es fácil narrar el aborto desde la legalidad. Oh, sí, hice dos millones de abortos en un lugar donde ES LEGAL. Y lo hice porque me odio —o me odiaba, porque el yo que narra la tragedia personal es un yo superado, ya que, por ejemplo, no

se murió desangrada en alguno de los abortos— y porque vengo de un país tercermundista donde las mujeres son accesorios de la masculinidad dominante. Ponete un forro, corazón. Tomate una pastela, *amore*.

*

Bueno, ayer vi a Nati. Estaba sacada, pasada de MD, pegoteada con todo el mundo. No voy a decir a dónde fui. Bueno, fui a Festival, ya fue. Estaban todos los amis ahí, ponían música Gonza y Quinito. Nati se franeleaba con todos. Me dio mucha vergüenza y asco. Yo estaba bastante dura, me pedí un gin tonic con ese gin de acá, Príncipe de los Apóstoles, que me re gusta, me parece espectacular. No lo pude terminar y se lo regalé a Lauti. Me pedí una IPA. Lo mismo. No puedo tomar alcohol. Esta semana también dejé de fumar. Me puse de re mal humor porque quería estar en pedo, pero el cuerpo, mi cuerpo, rechazaba el alcohol. La puta madre. Y después empecé a ver a todos como si fueran monos saltando, gritando, todos re desagradables. Venían y me decían: «¡Ehhhh, Yakie, bailá! ¡Bailá con nosotros!», «¡¡¡¡¡No seas ortiba, Yakieeeeeeeee!!!!!»». El otro día a la mañana, cuando vi sus *stories* ahí en cualquiera y me dio asco, pensé que era porque yo estaba careta y porque no había ido. Creí que si yo hubiera estado ahí, cero asco. Me la re ponía con ellos. Pero me doy cuenta de que hay cosas que no son compatibles con estar *pregnant* y que parecieran ser culturales, tipo: «¡Oh, estás *pregnant*, no podés hacer eso!, ¡tenés que ser una mujer responsable!, ¡solo una copita de vino!», pero en realidad no son compatibles por una cuestión física. Si estás *pregnant*, estás cansada todo el *fucking* puto tiempo y te dan asco los sabores fuertes (como el alcohol) y los olores (como el tabaco). No sé, como que si estás *pregnant*, no tenés que vivir en sociedad. No podés formar parte de la sociedad. Como los drogadictos, que tienen que ir a *rehab* porque si no te roban o te matan o les pasa por arriba un auto de lo pasados y desconectados que están. El Estado debería tener un campamento para *pregnants* en las afueras. Y las obras sociales más chetas, un spa. Jajajaja. Qué limada estoy. La *pregnancy* me está haciendo mal.

*

Wow, me ceba que el *lesbian PDF* empiece con un prólogo en el que compara la proscripción del peronismo con la «proscripción» social y cultural del aborto. Porque el Estado influye, o decide —de algún modo— sobre la vida de las personas. Re perucas las *lesbians*.

*

«El aborto es una experiencia común entre mujeres, que quizás ya hemos vivido o viviremos. Todas tenemos experiencias en abortos propios o cercanos». Me gustaría preguntarle a mi vieja si alguna vez abortó. Si me tuvo a los 40, es porque muy probablemente antes tuvo algún aborto. De hecho, quizás tuvo un aborto a los 19 como yo. Epaaaaaa. *Groundhog Day*. *Hallo, Schopenhauer, wie geht es dir?*

*

Uh. Llegué a la parte en donde, con globitos de diálogo, narran cuáles son los motivos que les dicen las minas que llaman para abortar. Me destruyó.

*

Hola, soy Yakie Dorayaki de Almagro. Salí a caminar un poco. Mi vieja me dijo que fuéramos a tomar un té, pero no tengo ganas. Le dije que me iba a un bar a estudiar. Salí de mi cuarto y mi vieja estaba en la cocina con unas alumnas un poco más grandes que yo. A veces pienso que mi vieja se tijejea a las alumnas. «En quince minutos termino con ellas y podemos ir a disfrutar un domingo madre e hija». Ni en pedo, ma, ¿qué te pasa? Tomi me escribió unos mensajes y se los tuve que responder. Nos instalamos los dos Telegram, así hablamos por ahí, ya que me desinstalé el WhatsApp y el Facebook Messenger. Ya lo dije. No importa. Estoy en un bar. Empiezo a pensar que abortar con pastillas es una aventura de clase que estoy forzándome a atravesar. Una aventura tumbera para tener algo que contar. De hecho, es lo que estoy haciendo en este texto para vos, joven lectora,

imitando a Irene Vilar (siempre que estoy por escribir Irene Vilar, primero escribo Idea Vilariño; I. V., mismas iniciales). Escribo como un ejercicio para hacer terapia conmigo misma. Esto no es escribir, esto es hablar de mí. ¿Y si me hago famosa con este diario? ¿Si me traducen a cincuenta idiomas? No sé. Mañana tengo que ir a sacarme sangre. Tengo sueño. Me tomo un jugo, me como un tostado y me voy a dormir. No doy más. Así debería llamarse este diario: #NODOYMÁS.

Me levanté a las siete. Tomi me estuvo llamando desde las seis. Mi vieja entró a mi cuarto (cosa que tiene terminantemente prohibido) diciendo que me estaban llamando, que qué mierda era lo que estaba pasando. Le dije no sé, mamá, ni idea, no entres a mi cuarto, y se fue. Cada vez tengo menos ganas de dejarla tranquila. En algún momento, me dije que si me tomaba el trabajo de dejar tranquila a mi madre, listo. Nada podía pasar. O, más bien, ella no podría repercutir en nada de lo que yo quisiera hacer. Pero últimamente no tengo la paciencia. Desde que me enteré de que estoy *pregnant*, es como si llevara una mochila de mochilero llena de libros de biología. Como si estuviera adentro de una propaganda de Alikal, esas en las que te levantas hecho re megamierda después de una noche de descontrol y todo te pesa, te cuesta el triple.

*

Tomi me estaba esperando en la esquina de Bulnes (no voy a dar más pistas de dónde vivo) con cara de «siempre lo mismo con vos». Tomi, como tiene 32 años y sabe hacer más cosas que yo por una cuestión de tiempo, de persistencia y permanencia en la vida, cree que tiene autoridad. O sea, a mi edad eras un terrible gato, *man*, no me rompas las pelotas. Obvio que no se lo dije. Estaba muerta pero matada de hambre, no quería ningún conflicto, quería sacarme sangre e ir a desayunar.

*

Nos tomamos un Uber y llegamos de toque. Tomi estaba sacado. Decía: «Tendríamos que haber llegado hace horas». En fin, el mismo idiota de siempre. Yo no decía nada. Ahora estamos en el Fernández. No me sacan

sangre sin una orden firmada por un médico clínico o un ginecólogo. Todo mal. Subimos a Ginecología, en el cuarto piso. Miles de mujeres con la panza estallada, cara de que no pueden más con su vida y las piernas estiradas, abiertas, todas despatarradas, amontonadas contra las paredes de los pasillos. Sentí una mezcla de asco y miedo. ¿Cómo pueden vivir con la panza así? Es literal un parásito, un tumor arruinándoles el *hardware* y el *software*. Increíble. Ahora entiendo a Kim Kardashian, que alquila vientres para gestar a sus hijos. Es delirante vivir así. Tomi se acercó a la ventanilla y soltó su *speech* a una mujer re corte empleada pública, onda mal maquillada y con sobrepeso, que me miró de lejos y le entregó un papel. Qué sé yo, ahora tengo ese papel en la mano mientras espero que me vea una ginecóloga. Al día lo perdí. O sea, hoy no me hacen análisis porque me tiene que revisar una ginecóloga y la re concha de su madre.

*

Bajé a comer un *croissant* con jamón y queso tostado con un café con leche. Los compré en una garita que está abajo, en el primer piso, a donde fuimos recién con la esperanza de que me sacaran sangre. Un lugar horrible, pero la verdad es que es el *croissant* más rico que comí en mi vida y el café es como uno que tomé la última vez que fui a Roma. Es como si estuviera fumada. Drogada con hormonas. Siento las moléculas de lo que mastico desintegrándose en mi boca y danzando sobre mi lengua en un festival de sabores locos. Delante de mí hay un montón de *pregnants* con cara de circunstancia. No entiendo si me odian o si estoy flasheando que me miran solo a mí. Tampoco entiendo cómo hacen para coger con esa panza. Anoto en el documento que tengo abierto en el celu «navegar un toque la categoría *preggo*» que tienen las páginas porno para indagar un poco sobre ese terreno aún —y por mucho tiempo más— inexplorado (toco madera).

*

Después de una hora y pico, y después de ver desfilar a mujeres jóvenes y adultas de todas las etnias y tallas, me atendió una cheta un poco más grande

que yo, que me miró con asco, como diciendo: «Qué haces acá, negri»; se asomó y vio al forro del tipo adulto y barbudo que me acompañaba, me miró de arriba abajo, y se reprodujo el siguiente diálogo:

—Te escucho.

—Me hice varios test de embarazo. Todos me dieron positivo.

—Sí. Si uno te da positivo, aunque te hagas dos mil test después, te van a seguir dando positivo. No hay vuelta atrás sobre eso.

—Sí. Ya sé. Lo de que me hice varios es anecdótico. No espero que hagas diagnóstico a partir de eso.

—¿Y qué querés?

—Quiero hacerme un análisis de sangre para saber de cuánto estoy.

—¿Cuántos años tenés?

—Diecinueve.

—¿Vas a abortar?

—¿Te tengo que contestar?

—No. La verdad es que no. Ahora te hago la orden.

Se dio vuelta y completó un papelito de mierda. Me dieron ganas de llorar. No sé qué mierda le pasa a esta pendeja. ¿Qué onda? Quería decirle un montón de cosas horribles, hirientes, pero también quería irme rápido de ahí. Después siguió:

—Viniste en ayunas, ¿no?

—Sí. Pero como no podía sacarme sangre sin una orden, me tomé un café con una medialuna.

—¿No podías aguantar una hora más sin comer? Ahora no podés hacerte los análisis hoy.

—No, ¿sabés que no? Porque estoy embarazada y tengo hambre todo el tiempo, si sos médica deberías saberlo.

—Tomá la orden. Vení mañana a partir de las seis.

Le arranqué la orden de la mano y me fui.

*

¿Qué le pasa a esta forra? ¿Cómo me puede tratar así? Sos médica, trabajás con gente. La gente va preocupada, con problemas. La gente no va feliz al médico. Uno va al médico como última instancia, a menos que seas una vieja hipocondríaca solterona y no te aguante nadie. ¿Habré sido la única

preggo que fue en el día con claros indicios de que iba a abortar? No voy a volver a ese lugar horrible. Hasta acá llegó mi experimento de clase. Mañana voy a un laboratorio privado y a la mierda.

*

Posta que sigo sin entender. Si la pendeja esta tiene problemas conmigo porque no soy pobre y voy al hospital público. Si es porque soy más linda que ella y está acostumbrada a ver gente fea y petisa y negra. Si es porque siempre trata así a la gente. No entiendo qué mierda le pasa a esta forra. Tengo tu nombre en la orden, Soledad Troterola. Y te voy a *stalkear*.

*

Llamé por teléfono a un laboratorio cerca de casa y cuesta 500 pesos hacerme el estudio de «la hormona» para saber de cuánto estoy embarazada. Gracias, salud pública. No sos para mí. *Ciao ciao, kiss kiss, bacio*.

*

Le mandé toda la data a Tomi por Telegram, y al toque me respondió que ya tenía turno para mañana a las once de la mañana. Justo antes de ir a la facu, así que joya. Ni tengo que madrugar. *Fuck off*, salud pública. Quedamos con Tomi en juntarnos en la puerta de la clínica y después entrar a contabilizar hormonas.

*

Llegué a casa y me di un baño de inmersión hasta que llegó la densa de mi vieja y me golpeó la puerta para ver si estaba bien. No sé si piensa que me voy a cortar las venas, electrocutar con el secador de pelo o simplemente que me voy a ahogar pasada de Clona. Cuando me enjaboné la concha, se me

erizó toda la piel. Fue como un subidón de MD. Como cuando te das unos dedazos y después terminás en una y te re olvidás y de repente, ¡pum!, te sube al toque de un sacudón y lo sentís por todo el cuerpo, la piel se te eriza corte piel de gallina y quedás re sensibilizada y re caliente y querés que te cojan ya. Quedar tirada en el piso y que vengan de a uno, o de a varios, da igual, y te cojan todos los tipos que están por ahí dando vueltas en ese momento y en ese lugar. Resumiendo, me clavé una terrible paja. Fue hermoso. Acabé con toda. Me salió un fluido re espeso, abundante y re pegajoso. Tipo que quedó flotando en el agua de la bañadera y después no se iba por el desagüe. Pero pese a ese encuentro escatológico con secreciones corporales, me dieron ganas de sentirme linda —porque tengo la concha y el cuerpo todo peludo—, así que me depilé con mucho cuidado y dedicación. Me dejé toda la piel hermosa. Re *bby*. Cuando me vi en el espejo desnuda, me noté re gorda, con excesos de carne por todos lados. Pero no excesos tipo flácida. Con volumen, eso, con más volumen en todas partes. Y me gustó, re gorda y tetona, re deforme, una bomba sexual. Como Rihanna cuando engorda, que en vez de afearse se vuelve más *hot*. Me gustó verme así, y entonces me empecé a hacer otra vez la paja pero parada, con una pierna apoyada en la bañadera. Cuando sentí la concha toda depilada y divina, me empecé a re calentar, y en ese momento, durante la segunda paja, tuve dos revelaciones. La primera fue que, en vez de hacerme una paja, me tenía que coger a alguien. En ese estado de MD mental, iba a estar buenísimo que alguien me diera unos buenos empujones. Alguien que no fuera Tomi, porque me da asco (ese es un descubrimiento que tuve hoy cuando anduvimos por el hospi, en el taxi; luego le dedicaré unas palabras a ese asco puntual). Y la segunda revelación fue que voy a ir mañana al hospital público a primera hora a contar hormonas y a que la conchuda de Soledad Troterola me vea de nuevo dando vueltas divina por ese hospi feo, recién bañadita, toda perfumada, de punta en blanco. No le voy a dejar ganar esta batalla. *Because it's my body and I decide*. Ahh reee.

*

Mientras cené con mi vieja, cerré una cita con uno de la facu que me quiere pegar una raspada desde la primera semana. Se llama Andy. Es el hermano menor, el hermano bobo, de un productor re cheto, que tiene una

productora que parece que caga a todo el mundo, no sé. Andy escribe guiones, los guiones de las películas que produce su hermano. Cosas de chetos. Esta gente siempre se mueve así: nichos familiares o de colectividades religiosas. Ahora estaba re sacado porque le habían cambiado el nombre de una película en la que actúa Natalia Oreiro. Le cambiaron el nombre. Qué sé yo. Pobre. Debe ser siempre así. Quedamos en ir al cine. Vamos a ver *The Square* en un cine *arty* medio pedorro del centro, así no me lo cruzo por ahí al goma de Tomi y paja.

*

Mi vieja está de mejor humor. Me dijo que le está yendo mejor en los ensayos, pero que tuvo que ajustar muchas cosas. Que fue todo por culpa del productor, porque antes habían ensayado en un lugar que no tenía nada que ver con el teatro donde van a estrenar la obra. Me invitó a ver *La terquedad*, de Spregelburd, un amigo de mi vieja, amigo de la familia, se podría decir. Spregel viene siempre a casa, es un poco más chico que mi vieja, pero son colegas desde hace mucho tiempo. Es extraña la palabra «colegas» porque es como que son «compañeros», pero en realidad son «competidores», y también podrían ser «enemigos» si la competencia superara los niveles tolerables.

*

Me quedé pensando en que quizás heredamos la forma de los genitales de nuestros padres —madre, en mi caso—, así como también sus propiedades. De algún lado tiene que haber venido esta genética para el raspe. Estoy mucho con el «raspar». Es que lo leí en un poema de Cucurto y me pareció sublime. Lo pego:

SVENJA PETRESCA, ENTRE PERÓN Y MITRE

Ucraniana, alta, demoledora, reparte volantes de Radio Taxi,
hasta las tres de la tarde cuando cambia su puesto a su hijo.

Ucraniano, alto, demoledor, 19 años.

Svenja vive en un hotel de la calle Sarmiento, pero nunca supe bien cuál.

«Para qué quiere tú saber mi hogar».
Su marido se llama Pablo, ucraniano, alto, rubio, demoledor.
Tardes enteras la esperé a las tres de la tarde,
el hijo sabía que me raspaba a la madre, no le importaba.
Él buscaba a quien raspar.
En lo posible alta, morochaza, ucraniana no, gringa no,
criolla sí, demoledora, sí, sí.

*

Googleando, encontré un «Protocolo para la atención integral de las personas con derecho a la interrupción legal del embarazo». Lo voy a imprimir y se lo voy a meter en el culo a la boluda de Soledad Troterola.

*

Ah, no, nada que ver. Es para casos en los que sí está permitido, según el Ministerio de Salud, el aborto. Y, claramente, no me incluye. Esta vez zafaste, Sole. Pero ya voy a encontrar la oportunidad servida para prenderte fuego.

Me gustan los cines del centro, porque son muy tristes. Me ceba que sean tan tristes. Unas butacas de mierda, mal diseño de la sala, tipo que no tienen caída. Se te sienta uno adelante a veinte filas y te tapa igual. Es como si estuviera yendo al cine en, ni idea, Posadas. Qué sé yo. Nunca estuve en Posadas, pero ir al cine ahí debe ser así. Andy cayó con su disfraz habitual de cheto y su bronceado casi natural. Como que el cheto tiene un bronceado genético de tanto menemismo que vivieron sus padres. Chupín negro, mocasines Hush Puppies, camisa manga larga a cuadros, obvio, arremangada a la altura de los codos. Es tan pelotudo Andy. Creo que eso es lo que me calienta de él. El garche es la única utilidad que se le puede dar a su persona. Lo que tienen los chetos es eso. Son para coger. Son re lindos, tienen buena carne —minas y tipos, eh— y, como tienen guita, hasta pueden ser para formar familias. Tener cinco, siete hijos. Vestirlos a todos de blanco. Viajar a Miami, Cancún, Tulum. Tener casa en Punta o en La Pedrera, más familiar, menos falopa.

Bueno, *The Square*. Está bien. Es una película que habla sobre la puja entre la institucionalización del arte y lo que pasa «afuera» de las esferas artísticas, los espacios de circulación del arte, los empleados como mano de obra desastrosa, pero sobre todo de la —otra vez— puja de clases entre empleado y empleador, el silencio sacro y áureo, la incomodidad, el contraste entre las personas en situación calle y el espacio museológico. Pienso en PROA, por ejemplo, que está instalado en el barrio con más población popular de la ciudad. Además de plantear el eterno debate del arte como una pose ridícula que intenta ocupar espacios de poder sin mucha astucia, con ideas prácticamente estúpidas y ya casi para nada provocadoras, lo que más me impresionó, o más me llamó la atención, fueron dos cosas. Primero, que nombran a Lola. Lola Arias. Lola es algo así como la dramaturga enemiga de mi vieja. Su antítesis. Es como la discípula que no sé si la superó, pero por lo menos pega mejores contratos. Es más, mucho más exitosa que mi vieja. Lo que veo en la peli es que hay como una especie de descanso a Lola. Medio

que la boludean, como que hace una obra ridícula. No sé cuáles serán las motivaciones del director para «escracharla» de ese modo. Y lo segundo es que hay una constante en la película, que son los llantos de bebés. Espacios silenciosos ocupados o saturados por llantos de bebés. Bebés llorando en los edificios, en las oficinas suecas chetas de los museos. Bebés, bebés, bebés. Por todos lados, bebés.

*

En el cine no había nadie, nos sentamos bien al fondo y le chupé la pija ahí, de una, sin vueltas. Justo cuando en la peli empezó a sonar un *track* de Justice al palo. Nunca me tragué la leche de nadie sencillamente porque me da mucho asco. No sé, perdón, joven lectora abortista, pero el semen me da asco. Me da arcadas. Ese sabor entre químico y desabrido que está medio tibio y la textura de moco que se te pega en el paladar, los dientes, no sé, no da. Me dan arcadas, y las arcadas, en ese momento, terminando una cogida, medio que no dan ni ahí. La baja mal. Así que desarrollé una técnica de concentración para juntar la leche en la boca y después escupirla como una *lady*. Este pelotudo de Andy tenía una cantidad de guasca acumulada, no sé si era la primera vez que le chupaban la pija en un cine, si hacía meses que no cogía o simplemente es un semental cheto, pero empezó a tirar tanta pero tanta leche que me re cebó. Siempre que chupo pija, me mojo un poco, pero esta vez me mojé mal. Sentía cómo me caía flujo, y me toqué y tenía toda la bombacha mojada como una babosa, y eso me cebó más, y sentía la leche tocándome la glotis y me la tragué toda. Nunca visto. Me hubiera gustado que le siguiera saliendo leche por una hora.

*

Después de que me tragué una mamadera de leche directo desde la ubre del cheto Andy, fuimos a comer una pizza por ahí por Corrientes —obvio que comí dos bocados nada más— y después nos fuimos a su departamento en Las Cañitas. No paraba de hablar. Se sentía el hombre más ganador del universo. Su depar es lindo, tiene una típica decoración de madre cheta

divorciada. No sé. No quiero contar mucho esto. Vamos directo a lo importante. Tiene rico olor, buena piel, re suavcita. Es bastante lampiño, eso me gusta. La tiene más grande que Tomi. O, para ser más precisa, la tiene más larga —eso ya lo sabía desde que se la chupé en el cine—, pero adentro, cuando me la metió, no me gustó. No sé. Sentía la concha rara. Como más gorda. Inflada pero por dentro. Afuera estaba normal, como siempre, o no reparé en nada distinto en la superficie. Y además la tenía blanda. Medio que se doblaba para entrar. Si va a estar blanda, mínimo que sea gorda. Pensé que iba a estar bueno coger con este nabo, pero no. No estuvo bueno. Medio que lo hice acabar rápido porque era obvio que yo no iba a acabar nunca. Además, con mis *preggo fluids* estaba mojando y enchastrando todas las sábanas. Un asco. Es como si tuviera rabia en la concha. Como si me saliera espuma de afeitar de la concha. *Divine*. Así que me puse en cuatro y me empecé a mover yo, a darle culazos mientras le tocaba los huevos desde abajo hasta que no pudo más y acabó. Fue un laburo... Peor que *climbing*. Dormir abrazados estuvo bueno. Para eso sí está bueno Andy. Para dormir abrazados. No ronca, es lindo, no tiene olor, abraza re bien, es cariñoso. Son de esos que te buscan durante la noche y te agarran y te vuelven a abrazar. Ya no hay de esos. En fin. Dormimos unas horitas y me fui al hospi. Toda cogida, llena de fluidos, olor a forro. Un asco. Fui a batallar con Soledad Troterola hecha un asco. Como los soldados posta, ¿qué soldado va a la batalla perfumado?

*

Un hospital es como un banco pero más ruidoso y con la enorme ventaja de que podés usar el celu. La gente está igual de incómoda y paranoica, pero con celu. Llegué al primer piso y ya había cola. Eran las 6:23 en mi reloj Swatch turquesa. Hice la cola y me puse a esperar a que me llamaran. Me dieron un número, tipo el que te dan en una carnicería, y me dijeron que me iban a llamar por un tablero que no funcionaba. Volví al mostrador donde estaba la mina —con un parche en el ojo— que me había dado el número y le dije que el tablero no estaba funcionando. Se alejó del escritorio empujando con los brazos, saltó de la banqueta en la que estaba sentada —descubriendo su pequeñísima estatura— y se asomó hacia el costado estirando el cuello hasta alcanzar a ver el tablero con todos los leds muertos. Me dijo: «Andá y

preguntá ahí». Me acerqué a preguntar y había mucha gente en la misma. Muchos chetos. Bah, chetos, mucha gente que va a sacarse sangre para poder casarse y viven por la zona. Corte que, si te vas a casar, primero tenés que hacerte unos análisis. Re loco eso. No vayas a tener un bicho loco oculto que cague el matrimonio. Todos estaban re sacados con la atención indiferente y fría. Resoplaban, refunfuñaban. Yo estaba todavía con olor a garche y con un dejo del sabor de la leche de Andy. Por más que no hayas acabado, si la noche anterior cogiste, estás bien. Te sentís contenta. Ni idea. Te sentís linda, capaz, cogible, deseable. Así que ahí estaba yo con toda la concha dilatada esperando que arreglaran el puto tablero y me sacaran la sangre para contar la *fucking* hormona.

*

En el libro de Irene Vilar —alias Idea Vilariño—, veo una constante, que es la preocupación, o más bien la proyección materna. Es decir que ella se imagina madre, piensa «esta cosa dentro de mí» y después tiene como cincuenta abortos. O sea, ¡paraaaa, chabona!, ¿qué onda con eso? Yo no pensé ni una vez en ser madre. No sé. No me interesa. No tengo esa cosa, esa pulsión de amor por la criatura viva. No me gustan los gatos, los perros, los peces. La única criatura a la que le tengo afecto es a la verga. Jajajajaja. Me rio sola en el hospi mientras escribo esto en el celu. Me encantaría que pasara Soledad Troterola y me viera feliz, toda cogida riendo a carcajadas en la sala de espera. Conchuda. Forra.

*

Me quedé pensando en *The Square*. Supuestamente, la escena de mayor tensión en la película es cuando el hombre mono que hace la performance — me dijeron que ese actor es el que entrenaba a los que hacían de monos en *Planet of the Apes*— es linchado por el público durante esa cena careta, porque en su afán de llevar hasta el límite civilizatorio la perfo del hombre/animal intentó violar a una cheta y terminó tirado tipo en una terraza, por ahí, tapado con un pedazo de nailon bajo la lluvia. Esa cosa de que el arte

—esto salta después (o antes, no me acuerdo), en la conferencia de prensa, cuando un periodista lo corre al curador en jefe del museo— no tolera la ruptura de la norma. O sea, sí, ok, muy buena la perfo del hombre/animal incomodando, haciendo cosas raras y gritando como un salvaje durante una cena aristocrática. Pero cuando el hombre/animal quiere mostrar su animalidad posta, saliéndose de la norma, de lo «tolerable» en ese «espacio», es castigado con la muerte. Como que la incomodidad misma o el ejercicio de la incomodidad en el espacio museológico es, finalmente, una ficción. Como que el museo, en su ejercicio de la museologización de objetos considerados museologizables, termina eliminando el gesto artístico, de ruptura social, de rebeldía. Por ejemplo, matando a la vanguardia al introducir obras consideradas «vanguardistas» dentro de su espacio exhibidor. Esto, de algún modo, traza una grieta entre el «arte de vanguardia» y el «arte oficial», porque al mismo tiempo y de modo dialéctico la vanguardia y su ejercicio vanguardista tienen totalmente negado el museo como espacio de participación, como espacio institucional. En definitiva, ese es el eje discursivo, la hipótesis de la película. Pero, o sea, eso es re obvio. Desde que la vanguardia es autoconsciente a principios del siglo XX se presenta ese dilema de la institucionalización y la legitimación del arte. Para mí, eso no es lo más interesante de la película. Lo que yo rescato son dos cosas. 1) El papel de las mujeres en el circuito del arte: son tontas, débiles, desequilibradas y sirven para coger con los hombres de poder. 2) Lo único, único, único, único que importa a una institución cultural es qué y cómo digieran las redes lo que uno intenta comunicar. Ya no sé si es posible direccionar una viralización. Se pueden planificar escenarios, sensaciones —que es lo que hace Netflix con sus series de laboratorio—, pero una viralización no es posible diagramarla, construirla.

*

Recién le avisé a Tomi que ya me había sacado sangre. Que había ido al Fernández y que los resultados iban a estar esta misma tarde. Ja. No te necesito, imbécil. En realidad, la enfermera me dijo que iban a estar para el viernes. Y ahí, usando toda mi astucia retórica, le pregunté si no podían dármelos antes porque necesitaba saber medio con urgencia de cuánto estaba. La enfermera me miró, miró la orden y me dijo que ahí no decía que era

urgente. Corrió la cortina y desapareció. Paréntesis. Lo que aprendí hoy es que mientras más público es el espacio, en este caso un hospital, más público es uno. A ver. Había dos camillas y cada camilla DIVIDIDA EN DOS por una cortina DE UNA TELA VIEJA TOTALMENTE ROTA Y TRANSPARENTE. Ni siquiera había una camilla por persona. Te sentabas y te sacaban sangre en segundos olímpicos. En microsegundos. En menos tiempo de lo que demoró el Big Bang en convertirse en el universo. Y mientras estás sentada ahí sentís cómo se mueve y habla, y hasta se tira un pedo o se aclara la garganta la mina que tenés al lado. No hay nada de privacidad. Me acordé de cuando internaron a mi abuela en un hospi público y mi vieja puso guita y la metieron en una clínica privada. En el hospi estaba en una habitación común con diez viejos más. En la clínica privada, en una sala sola, con TV satelital y aire acondicionado. La vida privada está fuera de los hospitales. Sin dudas. Bueno, cuestión que la enfermera volvió, le puso una etiqueta azul al tubito con mi sangre y me dijo que por el mismo mostrador donde me habían dado el número de carnicería para que me atendieran podía pasar a buscar los resultados a partir de las 15. Hermoso. Una preciosura.

*

Estoy diciendo muchas cosas inteligentes. O no sé, ni idea. Yo siento que son inteligentes. Deben ser estas hormonas que me pegan como diferentes drogas. Vivo drogada. Hormoneada. Tomi no entendía nada. No podía creer que hubiera ido al hospi y que a la tarde ya estuvieran los resultados. Si supiera que estuve chupando pija en un cine...

*

Ah, qué boluda. A la tarde tengo facu. No puedo buscarlos. Lo voy a mandar a Tomi.

*

Tomi me preguntó: «¿Y qué hago con el turno que te saqué?». Qué sé yo, *bby*. Andá y sacate sangre vos, ni idea. Fijate si te hacen análisis para saber por qué sos tan boludo.

*

Ahora estoy yendo a la facu en el 26. Ya quedé con Tomi que él busca los análisis. *Impossible Motherhood* plantea una relación inversamente proporcional entre ser madre y ser libre. Oka. Bien. Qué novedad. Pero en realidad, a medida que avanza el texto, los personajes se van configurando, y en los diálogos y la trama aparecen ejemplos de que esta pérdida de la libertad no pareciera ser a causa de la maternidad, que dicho sea de paso nunca llega a ejercerse. La libertad, en esta novela testimonial, se pierde en el enamoramiento. Lo trágico no es el desencadenante de la pobreza, la historia familiar, la historia genética tercermundista de la sumisión. Lo trágico, la tendencia suicida del embarazo, se desprende del enamoramiento. Sin enamoramiento, sin un chongo viejo pija dura que nos obnubile el pensamiento con sus encantos, una no se pone a hacer pelotudeces como embarazarse o intentar matarse o abortar. Bueno. En mi caso, el enamoramiento no existe. Eso es para Irene. Yo me embaracé de un boludo sin mucho más para analizar.

*

¿Cómo sé si estoy enamorada? Recién clavé unas googleadas. No. No estoy enamorada ni en pedo. Dicen cosas tipo: «Si no podés dejar de pensar en esa persona, estás enamorada». Chau, listo, no estoy enamorada ni ahí.

*

Me dice Tomi que ya tiene los análisis y que da negativo (*whaaaaaat????*). Me mandó por Telegram una *pic* del papel y dice muy grande «NEGATIVO». Yo estoy en clase, le dije que le pregunte a alguien de

por ahí. A algún médico. O alguien de los análisis. No sé. Que lo confirme. Igual, mañana tengo que volver a ver a mi amada Soledad Troterola. Pero si ya me dicen que no estoy, ya fue. Aunque ¿cómo puede ser que tres test me hayan dado positivo? Y, sobre todo, ¿por qué mierda no me viene?

*

Tomí dice que una mujer que estaba ahí lo miró y le dijo que era claramente negativo. Le pregunté cómo era la mujer, si era una vieja que estaba por ahí o si era una médica. Me dijo que obvio que era una médica. Bueno. Aparentemente, no voy a abortar. Tanto bardo por un *jellyfish* que en realidad no existe. Yo veía por todos lados señales que transformaban este momento en uno muy mío. Muy especial. Muy intenso. Ni idea. Como el libro de Irene Vilar —alias Idea Vilariño—, que estaba destinado a acompañarme durante mi *interrupted pregnancy*.

Cenamos con Tomi en 430. El ramen me parece una mierda. Pero a él le gusta. Todo bien. Cenamos ramen. Ahí me encontré con el papelito este —es un papel re triste, joven lectora abortista, no te imaginás, un papel horrible, peor que los papeles de la facu— que dice «Resultado» y abajo «Negativo», y después números raros. No sé, ni idea. No entiendo. Re loco no estar *pregnant*. No me la esperaba. Digo. Todo lo que estoy haciendo, todo lo que me está pasando, todo tiene que ver con estar *pregnant*. No sé cómo reaccionar. No sé si esto es bueno o no. Estaba re en una, abrazada a mi tragedia.

*

Ahora estoy en casa, es la 1:32 de la madrugada. Veo youtubes de distintos tipos de *jellyfishes*. La gente está obsesionada con su danza espacial, con sus tentáculos alienígenas. Y también veo *stories* en Instagram. Hace mucho que no subo nada. Solo entro en los espacios muertos que tengo antes de dormir, después de coger, cuando cago, esperando que me saquen sangre en un horrible *public hospi*. Increíble que haya sido todo un susto. No me la creo. Igual, nada, recién mañana, cuando vea a la doc, voy a sacarme la duda. Porque no sé, no sé qué mierda me pasa en la concha y el cuerpo entonces. ¿Y el dolor de espalda? ¿Y las ganas de mear todo el puto tiempo? ¿Y el asco a todo? ¿Y LA GORDURA QUE CRECE POR TODAS PARTES? No entiendo. Posta que no entiendo. Tengo el papelito ese en la mano y no entiendo. Dice «Subunidad b». Después, «Resultado», con un montón de números, y al lado, «Negativo». O sea, no sé si hay mucho más para entender. Es todo bastante claro.

*

Acabo de googlear qué mierda es la unidad beta (ahora sé que es la hormona, lo que me tienen que contar para saber de cuánto estoy) y salieron los parámetros, pero dice que todo depende del tipo de análisis. Así que váyanse todos a recontra cagar.

*

Me está escribiendo Andy. Dice que la pasó muy bien conmigo, que pocas veces tuvo esa piel con alguien, que nos volvamos a ver, que vayamos a cenar a un lugar lindo. Ahora que me acuerdo, no expliqué mi asco a Tomi, que es algo que se empezó a manifestar en estos días, y voy a hacerlo ahora mismo antes de dormirme, porque también le tengo asco a Andy, y la verdad es que no sé a cuál de los dos le tengo más.

*

Asco a Tomi. Ok. No sé. Antes te conté, joven lectora abortista, que Tomi tiene una pija gorda y dura, que es lo que me ceba de él. Tiene 32 años, es poeta. Sí. Poeta. Se conocen con mi vieja, son gente, digamos, del «ambiente». Los artistas locales que se encuentran en la inauguración de la muestra de un amigo en común a tomar alcohol y a comer canapés como si fueran unos *homeless*. Bueno, es un poco la analogía de *The Square*, ¿no? En fin, Tomi es un *loser*, vive traduciendo un libro hace años que a ninguna editorial le va a interesar y escribe libros de poemitas que publican pendejas chetas que se hacen editoriales cada vez más lúmpenes con fotocopias. Ese es el universo artístico de Tomi. Pero pese a todo ese panorama, a mí siempre me gusta coger con él. Y, claro, escucharlo. Me gusta escucharlo, es lindo cómo habla. Los poetas, los escritores hablan bien. Te saben contar su día — que fue una mierda como el tuyo— de un modo fascinante. La última vez que cogimos estuvo muy bueno. Medio que yo me lo cogí. De hecho, creo que dije «lo violé». Tenía muchas ganas de coger —todavía las tengo, me agarran como calores y me quiero voltear cualquier cosa—, pero el día que fuimos al Fernández, dando vueltas ahí en el hospital, lo empecé a ver como una persona perdida, sin sentido, sin un sentido claro en la vida. Lo veía con su

mochila vieja, sus zapatillas sucias de ventanilla en ventanilla a ver si nos daban alguna explicación de cuándo me iban a atender. Me dio lástima en un principio, y después, asco, bronca. Por lo menos yo quiero abortar. Ese es mi sentido más urgente —o lo era, no sé—. También ese es el vacío que me genera el papel que dice que no estoy *pregnant*. Como que lo urgente ya no es urgente y es una mezcla de alivio con desconcierto. Eso nos pasa a las personas a las que no nos pasa nada en la vida. Es así. No hay vuelta, después de terminar la facu, ahorrar lo suficiente para visitar a mi viejo en Berlín, tengo algunos lineamientos de un futuro, no muy lejano, tipo no quiero ser presidenta, no sé. Pero hay algo. Tengo algo pequeño, quizás naïf y para nada ambicioso, pero es lo que me moviliza, es lo que me permite pensar, cada mañana cuando abro los ojos, que hay algo así como un plan por el que levantarme de la cama. Tomi no tiene ni siquiera eso. Sus poemitas —que son el ancla más fuerte que tiene con la vida, con la realidad y con su deber o su papel como ciudadano— son cada vez peores. Antes escribía mejor, era potente. Ni siquiera es capaz de arreglar el botón del baño que pierde agua, y por las noches es insoportable el sonido de la mochila cargando eternamente, y te genera una ansiedad descontrolada por el agua que se desperdicia que decanta en un insomnio feroz. Pero más allá de verlo deambulando perdido en un hospital público, le empecé a ver irregularidades en la barba. Como granos muy chiquitos. Su olor se empezó a manifestar con más presencia, y me cuesta tenerlo cerca. Encima usa un perfume que es todavía peor que su olor. Y la ropa con la que se viste me parece tan pero tan triste. También pienso en el libro de Irene Vilar y en sus proyecciones maternas, y, claro, ella tiene un terrible chongo de 50 años que es su profesor, tiene plata, se viste bien, es intelectualmente una autoridad y sexualmente un *playboy*. Entonces podés, qué sé yo, pensar en que de ese hombre, de un hombre completo, salga un hijo tuyo. Pero de este pelotudo realmente no tengo cómo llegar a tal proyección. Es como tener un hijo con un idiota certificado. ¿Quién, en este universo, desea tener un hijo, formar una familia con un idiota certificado?

*

Estoy en un Uber con Tomi. Son las 10:30. Vamos a buscar a Soledad Troterola, a ver qué tiene para decir del papelito de la hormona beta. Tomi

me pregunta qué hago escribiendo todo el tiempo en el celu. Que no le doy bola, etc. Está de un mal humor notable. Como si supiera lo que estoy escribiendo acá. Ojalá lo sepa. ¿Qué me va a decir? «Por favor, no hables así de mí». Hablo de lo que quiero, gil. Dijimos que si no estoy *pregnant*, como todo parece indicar, vamos a hacer una fiesta el sábado en su departamento a todo culo. Cóctel de drogas, karaoke, toro mecánico, helio, Sexyonari. La fiesta del No Aborto.

*

Ok. Estamos en un bar. Ya fuimos al Fernández, la hermosa y amable Soledad Troterola no estaba, me atendió un ginecólogo más viejo. Miró el papel y dijo: «Estás más o menos de siete, ocho semanas». Y yo le dije: «Pero dice negativo». Y me explicó con paciencia y amor lo ignorantes que fuimos al no saber leer ese papel troglodita del orto. Era como leer un papiro. Un lenguaje primitivo y brutal. Dice «NEGATIVO» y abajo el piquito que nos enseñaron en la primaria, el de menor y mayor. Este: >. Que a la izquierda tiene la siguiente cifra: 5 mu/ml. Ese es el único parámetro del análisis. Entonces, el análisis es negativo si la cantidad de «subunidad b» que tengo en sangre es menor de 5 mu/ml. Esto quiere decir que no estoy *pregnant* solo si tengo menos a 5 mu/ml en mi sistema. Bueno, donde dice «RESULTADO» está la cantidad de «subunidad b» que tengo en mi organismo y eso es: 8.191 mu/ml. Estoy totalmente perdida. El doctor dijo que a ojo, por los valores, debo estar de entre siete y ocho semanas, pero que la ecografía lo va a confirmar. Y me dio una orden para hacerme una el viernes 16 a las nueve de la mañana. Seguimos en carrera, joven lectora abortista. Falsa alarma. El aborto sigue en pie. Estamos, según el doc, dentro del tiempo para hacerlo. Me quiero arrancar los pezones con una tenaza.

*

Hoy no fui a la facu. No tengo ganas. Dormí desde las dos hasta ahora, que son las siete de la tarde, y me acabo de despertar. O sea, ¿quién fue la idiota que le dijo al idiota de Tomi que el análisis era negativo? O sea. Quiero

ir a romperle una pierna. Ni idea. No doy más. No puedo más. Quiero sacarme esto de adentro ya mismo. No quiero vivir así. Ahora estoy en casa. No tengo ganas de escribir esto, no tengo ganas de hacer nada, no tengo ganas de leer la novela de mierda de Irene Vilar. Quiero dormir hasta despertar y no tener más este *fucking jellyfish* dentro de mí. No quiero esto. No quiero esto más. Me estoy volviendo loca.

*

Sigo en mi habitación. Acabo de discutir con mi vieja. Odia que falte a la facu y odia que esté tirada todo el día en la cama. Mientras cocinaba algo para las dos, se me acercó para darme charla en la cocina y le conté lo de *The Square* y que la nombran a Lola Arias, y se puso más del orto. Me dijo que con Malvinas ahora hizo una película y la va a presentar en el BAFICI el mes que viene. Estuvo veinte minutos ininterrumpidos sin respirar despotricando. Me gusta cuando mi vieja entra en ese *wild mood*. Cuando se pone así, flasheo con tener un *reality show* familiar corte Kardashians. Mi vieja luchando contra su némesis Lola Arias, que tiene mil veces más prensa que ella. Angustiada, llorando en los pasillos del teatro. Yo, embarazada, luchando contra la salud pública, pese a que tengo plata para ir a una clínica privada, para demostrar no sé bien qué. Aparece Tomi, que es el idiota certificado. Cameo a Tomi en su depar escribiendo poemas en un cuadernito Gloria rayado de veinticuatro hojas. Sería hermoso.

*

Estoy chateando con Nati. La tengo re abandonada. No le contesto hace días el *inbox*. Tengo mucho sueño. Me pregunta si quiero que venga a hangear un rato y fumar unas flores que pegó. Le dije que obvio. De toque.

*

La paso re bien con Nati. Tengo que verla más. Tomi está sacado

mandando mensajes por Telegram, llamando al celu. No sé qué quiere. No tengo ganas de hablar con él. Me gustaría que se muera ahora mismo. Que lo pise un auto. Ni idea. Sacármelo de encima. Ahora estoy en la cama. Voy a terminar de escribir esto y me voy a dormir. Ya van a ser las doce de la noche. Mañana le hablo. Bueno. Vino Nati. Re loba vino. «¿Qué onda?», le dije, «¿me venís a coger?». Después fuimos a la Plaza Almagro, fumamos unas flores y nos cagamos de risa mal de una pareja de gordos que quería hacer *gym* en esas máquinas amarillas que el gobierno puso en todas las plazas, pero no entraban. Era re gracioso cómo intentaban subirse y no podían. Se nota que era la primera *fucking* vez que iban a investigar qué eran esas cosas amarillas. Si yo fuera alguno de ellos, llamaría a un noticiero y los denunciaría. Diría que esas máquinas son solo para gente flaca y que el gobierno no puede promover eso. Pero claro, la primera respuesta que se me ocurre es: «Se acordaron tarde, amigos». En fin. Después Nati me contó que se está cogiendo a un DJ. No sé, es re lindo, pero todos dicen que es golpeador. Dito. No sé, ya tiene nombre de golpeador. Le dije que se cuide. Me dijo que coge bien, pero que tiene momentos en los que se le va un toque la cabeza y se pone re violento. Ni idea. A Nati le encanta que se la cojan con toda. Así que, bueno, si te gusta el rock & roll, bancate el pelo largo. Si te gusta el durazno, bancate la pelusa. No doy más, me voy a dormir. Nati, si estás leyendo esto, te quiero mucho, ami. Sos hermosa. Si fuera torta, me encantaría tijeretear con vos, pero me gusta mucho la verga. Tendría una colección privada de vergas. Una sala privada de acceso restringido con una iluminación hermosa, primermundista, pisos de pinotea y, a los costados, estantes de vidrio con vergas de todos los continentes, tamaños y etnias. Onda Costantini, pero con vergas.

Ya es jueves. Mañana me hacen la eco. Hoy me desperté a las diez. Me acosté cerca de las doce, dormí unos minutos más que diez horas. Bien. Duermo como un bebé. Tuve un sueño un poco raro. Soñé que yo era un *jellyfish* o una especie de *jellyfish*, pero el animal, no el *jellyfish* que tengo adentro. El *jellyfish* posta. En realidad era medio humana, medio *jellyfish*. Y hacía cosas. No sé bien. Los sueños son raros. Hacía cosas como, por ejemplo, comer, pero de una forma extraña. Como que sabía que era un *jellyfish* y entonces comía cosas que comen los peces. Lo de esos tubitos en los que viene la comida para peces que tirás en la pecera. Pero mi cuerpo era humano. No sé qué más pasaba. No había un hilo narrativo o una acción puntual. No sé qué esperás de mí, joven lectora abortista. Pero si pensabas que iba a contar un sueño re loco, intenso, simbólico y revelador con la mierda que es mi vida en este momento, no, nada que ver. No me acuerdo. Fue solo una sensación. Ni idea.

*

Tomí vino a buscarme a casa para acompañarme hasta la facu. O sea, como no le di bola, vino a esperarme, así hablamos camino a la facu en el 26. Me dijo que tiene una conecta para conseguir el Misoprostol. Una mina que tiene un sello de una médica clínica que usan «unos amigos» de él para pegar falopa «legal». Me dijo que ya le pasaron el sello. Es cuestión de hacer la receta, meter el sello, hacer una firma y a la mierda. Ir a cualquier farmacia y pegar Miso. Quería leer un poco el libro de Irene Vilar, pero con Tomí al lado fue imposible. Quedamos en que a la noche podíamos cenar. Y después ir a dormir temprano. Me invitó a su depar, así de paso organizamos un poco más las cosas. Me dio un poco de ternura. Me pareció preocupado, estresado. Vi un dejo de amor en su mirada cansina. ¿Por qué será que los hombres son tan boludos? Y, sobre todo, ¿por qué será que a las minas nos da ternura esa

boludez?

*

La profe que nos dio para leer el libro de Irene Vilar hoy habló de una parte en la que se toca el *topic* del libro como destino. De la vida como destino de un libro y de la salvación/sanación puesta en la escritura. En la página 92 está el siguiente textual:

—Un día escribirás —dijo. Creía que solo un libro podía darme respuestas verdaderas y transparentes—. Escúchame bien, Irene. Mallarmé lo sabía: el destino del mundo es convertirse en un libro.

Y unas páginas más adelante. En la página 95, el capítulo VI termina así:

Pero ninguno de los dos sospechaba el dilema que iba a surgir cuando yo, como autora, me convirtiera en el objeto de mi propia interpretación.

Yo creo que soy totalmente consciente de que hay un antes y un después para la pequeña y delirante vida de la que he gozado hasta ahora. De algún modo, lo sé desde que empecé a escribir esto. Y escribo esto porque quiero dejar testimonio, y también porque quiero salvarme. No quiero ser condenada, no quiero ir al infierno, no quiero morirme, no quiero ser nada, no quiero quedar perdida en el flujo de la historia como algo más de todo lo que pasa. No sé. Mi vieja escribe. Mi viejo, que vive en otro país y ni me llama, también escribe. Hay una herencia en la educación que recibí que dice que las cosas se arreglan escribiendo.

*

Estoy en la casa de Tomi. Vemos videos en YouTube de los *jellyfishes*. Lo estoy haciendo un poco partícipe de este descubrimiento o pasatiempo. Tomi me contó que parece que hay un *jellyfish* que es inmortal y lo están investigando los científicos locos de la civilización humana para descubrir el secreto de la vida eterna. Lo buscamos en Google, se llama *Turritopsis*

Nutricula, y más o menos lo que entendí es que, desde que es pólipo, crece y crece hasta ser adulto y corte que, antes de llegar a viejo, empieza a tener una regresión madurativa y vuelve a ser *teenager*, *child* y finalmente pólipo. Para después de nuevo, *child*, *teenager*, *adult*. Y así *for ever*. Qué *jellyfish* más loco.

*

¿Y si el *jellyfish* que tengo adentro es un *jellyfish* eterno? ¿Si no se va nunca de dentro de mí? Lo que leí es que después de abortar se hace difícil ser madre. Se complica. Tipo mambos. Mambos a pleno. Impensable ser madre, ¿qué es eso? Hasta ahora todo lo que estoy experimentando con la *motherhood* es desagradable. *Fluids*, gordura, pedos, caca verde, acidez, dolor de espalda, sueño, asco a todo. Ni idea. Este texto debería llamarse «NI IDEA». Me ceba que se llame así. Tengo miedo de que el *jellyfish* no se vaya nunca. Que se quede para siempre oculto en alguna parte de mi organismo o mi mente y aparezca cada tanto. Que se transforme en el fantasma con el que todos luchamos. Que sea mi demonio. Ese que aparece en las pesadillas. Como *The God of Nightmares*, de Paula Fox, pero este sería *The Jellyfish of Nightmares*. Qué bien que escribe Paula Fox. Me gustaría escribir como ella, no esta paja adolescente en la que me desangro ahora. Lo siento, joven lectora abortista, no estoy dando todo mi potencial en este texto. O, más bien, no estoy escribiendo o intentando escribir toda esa literatura perfecta que tengo en mi cabeza y que me gustaría sacar. Este es más un texto para curar o protegerme de los daños que vendrán. Es un texto augurio, un texto nacido del miedo. Es mi texto talismán. Pero ya voy a escribir en serio, joven lectora abortista. Ojalá me acompañes en la lectura cuando escriba en serio. Ojalá estemos juntas para siempre. El *jellyfish*, vos y yo. Tengo planes, tengo grandes planes de ser una escritora joven, secreta y hermosa.

*

Tomi hizo una cena re rica. Una pasta que sabe hacer siempre con verduras salteadas en aceite de coco. Semillas de lino y sésamo encima. Ja.

Qué puto que es. Y después nos sentamos en la compu a repasar el plan. Sería más o menos así:

- Hacer la eco. Con la eco en mano, llamar al número de las *lesbians* y sacarme todas las dudas.
- Con la data de las *lesbians*, ya empezamos a pensar en meter el aborto un finde. Ideal un finde, sí. Así estamos trancas. En la semana hay que ir a cursar, laburar. Qué sé yo. Enfrentar las cosas del mundo real. Del mundo no abortista.

Acá apareció algo. No tengo ganas de hacerlo en su casa. Obvio que en mi casa no, porque andan mi vieja y toda su neurosis dando vueltas. Pero en el departamento de Tomi tampoco, porque no quiero que sea en un lugar al que después tenga que volver. Así que decidimos hacer un Airbnb.

- Alquilar un depar en Airbnb.
- Bajar pelis o series para ver.
- Comprar el Miso en la farmacia.
- Releer todas las instrucciones hasta saberlas de memoria.
- Coger. Coger todo lo que pueda antes de abortar.

*

Tomi me chupó la concha. O sea, creo que lo peor que hay en mi cuerpo en este momento para chupar es mi concha. A menos que quieras usar la espuma que me sale para afeitarte, no sé. Qué asco. Desde que estoy *pregnant* me convertí en un monstruo insensible. Pero no insensible sentimental. Insensible con el cuerpo, sus cambios y las cosas que expele. Como esos gordos que se cagan encima, como los viejos que pierden todo tipo de pudor porque ya están entregados a las fallas biológicas de su sistema. Bueno, se ve que Tomi hacía mucho que no cogía, porque estaba re sacado, re en una con mi concha. Él y mi concha teniendo una conexión astral. Me hizo acabar. Ni idea cómo le debe haber quedado la cara. Al principio no me podía concentrar pensando en el asco de chuparme la concha. Después pensé que, en comparación con la última vez que cogimos, la tengo *divine*,

depilada, re beba. Eso lo debe haber cebado. Después pensé en Andy, no sé. Capaz por una cuestión de *links*. Tipo la última vez que cogí fue con Andy, así que debe haber sido por eso. Me sentí un poco culpable y eso me calentó más. Me calentó recordar que me había cogido a otra persona sin que Tomi lo supiera y también pensar en el cuerpo perfecto y occidental de muñeco Ken que tiene Andy. Y ahí fue cuando me entregué a la lujuria y acabé con toda. Géiser. No dejé que me cogiera alegando que sentía rara la concha —lo cual en parte era cierto, pero no tanto como para que no me la metiera— y que mejor no tener sexo. Se la bancó Tomi. Se puso encima de mí, se hizo la paja y me acabó en las tetas. Por un momento, medio en ese plan morbo de comparar a mis dos chongos, pensé en decirle que me acabara en la boca para comparar su leche con la de Andy, pero no, me dio asco. La leche de Andy me da a rica, tipo pura. La de Tomi me da, no a rancia, pero sí barata. Tipo leche de segunda, tercera marca. Corte Sancor vs. Carrefour. Qué forra. Ahora me siento culpable mientras escribo esto. Listo, ya se me pasó.

Nos quedamos charlando con Tomi hasta re tarde. No sé, creo que hasta las tres. Leí un poco para la facu mientras él leía un libro de poemas que tiene que presentar. Me leyó unos versos en voz alta que me gustaron. Me gustó estar con él. Recordé por qué me gusta estar con él. Después hablamos un poco de qué pelis bajar. Me dijo que vea *BoJack Horseman*. Hace años que me rompe las bolas con esa serie. Ya traté de verla dos o tres veces y no puedo pasar del primer capítulo. Chistes malos, todo muy yanqui, re sobreactuado. Me parece que es una serie para tipos perdidos, adultos sin sentimientos que buscan alguna clase de justificativo estético a lo vacíos y mierdas en que se convirtieron. No me pega esa serie. Tengo 19 años. Soy el futuro, no quiero pensar, quiero vivir. De todos modos se lo concedí. Me va a bajar varias temporadas y las voy a ver mientras aborto.

*

Ahora estamos yendo en un Uber al Fernández. Son las ocho. No dormimos una mierda. Me muero de sueño. Tomi me dijo que tomara agua, así que ni bien bajamos del depar compramos una botella grande. Parece que para hacer la eco tenés que tomar mucha agua antes, lo sabe porque una vez acompañó a su hermana. Le pedí que me contara más sobre eso, cómo fue. Me dijo que prefería no hablar. «¿Pero qué? ¿Lo perdió?» No quiso hablar. Tomi es así. Como que mete misterio. No habla de su familia, de sus hermanos, de sus padres. Qué sé yo. Ni idea.

*

Ahora estamos en un McDonald's que está a unas cuadras del Fernández. Frente al Parque Las Heras. Supuestamente, el cuento «La liberación de unas

mujeres», de Fogwill, es sobre una fuga durante el proceso, en la cárcel de mujeres que había antes en lo que es ahora este parque. Supuestamente, Fogwill se la cogió a mi vieja. Es como un «rumor» del «ambiente». Fue una de las primeras cosas que hablé con Tomi. Tipo cuando se enteró de que yo era hija de mi vieja. Y eso le cebó el morbo y empezó a tratar de cogerme. Me pedí un café y una hamburguesa. Acá tengo el *Clarín* de hoy. Tema del día. Página 3. Titular: AÚN HAY TRABAS EN MÁS DE LA MITAD DEL PAÍS PARA ACCEDER AL ABORTO EN CASOS PERMITIDOS. Página 4. Sigue. Tema del día. Titular: CASI 50 MIL MUJERES DEBEN SER INTERNADAS CADA AÑO POR LAS COMPLICACIONES EN ABORTOS. Otro más abajo: EL MARTES COMIENZAN A TRATAR LOS PROYECTOS DE LEY (de aborto, obvio) EN DIPUTADOS. Página 5. Titular: ROSARIO, EL RINCÓN DEL PAÍS DONDE SE APLICA UN CRITERIO MÁS AMPLIO. Abajo. Titular: EN LA CIUDAD CRECE LA CANTIDAD DE ABORTOS EN LOS HOSPITALES. ¿Es joda? O sea, ¿justo hoy tiene que salir este tema del día, cuando yo salgo de hacerme la primera ecografía que me hice en mi vida? Qué delirio.

*

Recién me hice la eco. La eco se hace en Obstetricia. En el cuarto piso, de un lado está Obstetricia y del otro, Ginecología. Llegamos con Tomi tipo ocho y media de la mañana. Ya había un montón de mujeres re *preggo*, tipo con panzas re explotadas y de todas las etnias, obvio. Pocas argentinas. O argentinas de la zona. Había dos coreanas, una negra afroamericana y las demás bien podrían ser argentinas, pero con claras facciones nortañas, bolivianas, peruanas. Había una paraguaya hermosa. Tenía tres nenitos varones y un bombo de la CGT. Uno de los nenitos, el más grande, veía algo en una tablet y los otros dos se amuchaban atrás de él. Yo llegué con Tomi. Decir que yo llegué con Tomi ya es toda una cosa. No solo por su cara habitual de pelotudo, sino también porque juntos somos una pareja de gente blanca descendiente de europeos, con otras facciones, ropa y forma de hablar. Además, es muy claro que yo tengo cincuenta años menos que él. Casi que parece un padre acompañando a su hija *preggo*. Bueno, de repente aparece una doctora y pregunta a los gritos si hay alguna «mamá» —usó la palabra «mamá», o sea, el género de subespecie que agrupaba a todas ahí no era ser

mujer, o estar *pregnant*, o tener tetas, ni pelo largo, ni concha, ni *a lot of fluids*, el condicionante determinante en ese contexto era que todas respondíamos a la clasificación de «madres» o, más en criollo, «mamás»— que tenga orden para ecografía. Yo levanté la mano como si tuviera una duda en la facu. Se la mostré y me dijo que ya me iban a llamar. Ese «mamá» me hackeó. Me dejó regulando. Activó una cosa en la que no quería pensar y sobre la que venía haciendo un trabajo mental intenso para evitar. No soy mamá. No voy a ser mamá. Estaba ahí justamente buscando más data para encarar el protocolo para-no-ser-madre. Tomi se dio cuenta de que eso me había afectado y me abrazó. En ese momento, pensé: «Menos mal que vino». Menos mal que estaba ahí. Nos quedamos en silencio los dos, scroleando *stories* de Instagram, de a ratos tomando agua, bajo la *appraising look* de todas las «mamás» de la sala, como si fuéramos unos antropólogos en la selva amazónica rodeados de nativos que no saben si cogernos o comernos, hasta que me llamaron. Tomi entró conmigo. Pasamos a una habitación muy onda las de sacarte sangre, y había dos gordas ahí explotadas en corpiños sin ningún tipo de pudor. Tipo que una se levantó el vestido y no le importaba que se le viera el culo, un papo de la concha, nada. Yo me senté en una especie de silla de odontólogo. Una mina —¿una ecógrafa?— me saludó por mi nombre y me pidió que me levantara la remera. Me preguntó si sabía cuál era mi FUM (*whattt???* O sea, ni idea). Mientras me ponía un gel en la panza, me aclaró que era la fecha de mi última menstruación (FUM). Le dije que ni idea. Me dijo que no importaba. Ahí Tomi intervino y le pidió si podía sacar el sonido y correr la pantalla. La ecógrafa lo miró fijo un toque y después obedeció. Ese momento fue la segunda vez que pensé que menos mal que Tomi me había acompañado. ¿De dónde sacó esa data? Yo ni idea. Nunca me imaginé, aunque era lo más lógico del mundo, que te pueden mostrar el *jellyfish* y también que se lo puede escuchar. Qué delirio. Tipo el corazón, los latiditos, no, me muero. Qué locura. La mina dijo: «Bueno, acá está, lo vamos a medir... Listo. Bueno, gorda, tomá, limpiate con esto y ya estamos», y me alcanzó una servilleta de cocina. Me limpié y me bajé la remera. «Estás de ocho semanas», me dijo. Completó un papel horrible como el del análisis, pero peor, y me lo dio. Uff. Listo. Ya pude escribir esto. Sigo en el McDonald's. Tomi me mira en silencio. Le dije que tenía que hacer algo, que no me interrumpiera. Esta es una de las situaciones más incómodas y *freaks* que pasé en mi vida. Dejo de escribir acá porque estoy llorando.

*

Estoy en casa. Por suerte mi vieja no está. Me dejó una nota: «No sé en qué mierda andás, por qué mierda te desinstalaste el guasap, que directamente no te entran los mensajes, ni por qué no contestás las llamadas ni el iMessage. En las drogas no caíste, porque me hubiera dado cuenta. Lo único que te voy a pedir es que recuerdes dos cosas: el domingo vamos a ver la obra de Spregel y el sábado 31 es mi estreno. Me gustaría no romperte las pelotas con que vayas, pero sos mi única familia y espero que sepas entenderlo. Gracias. Te quiero mucho. Ma». Ay, mamá. Quisiera contarte lo que me pasó hoy. Que fui a ese hospital de mierda. Que estoy *pregnant*. Que voy a abortar. No estoy acostumbrada a enfrentar este tipo de cosas «médicas» sin mi vieja al lado, gritando, indignándose, haciendo que sea todo más fácil —o difícil—. Hoy Tomi se pasó. No sé de dónde sacó esa data de que corran la pantalla y apaguen el sonido. Cuando terminó la eco, la «ecógrafa» imprimió una foto del *jellyfish* y se la dio a Tomi. Yo ni la vi, se la guardó él, se quedó con todos los papeles. Me dijo que fuéramos a su casa; le dije que no, que quería ir a la mía. «Dormimos una siesta antes de que te vayas a la facu». Se debe haber quedado con el pito re duro de que no me la puso anoche. Obvio que no voy a ir a la facu. Tengo que entregar un TP. No hice nada. No sé. No me importa. Me gustaría salir y tomarme mil tiros. Pero no tengo ganas. El alcohol me da asco. El pucho también. Mis amigos drogados me parecen una mierda. Le voy a escribir a Nati.

*

Listo. Nati viene esta noche a casa. Vamos a comer sushi y a ver una peli. Me voy a dormir.

*

No me puedo dormir. Quedé muy perturbada. El problema, o no sé si problema, pero lo que me perturba es esta cosa de la cruz, del choque de

mundos. Si iba a una clínica, me iban a tratar de otra forma, iba a haber gente «blanca» como yo, no habría sentido que era algo raro, una invasora. No sé cómo es. Ni idea. Desclasamiento a pleno. Lo que jode es que lo que me arruinó la vida no fueron las *preggo* «étnicas», sino los médicos *locals*. Como si al desclasamiento lo ejercieran ellos. Como diciéndome: «Esto no es para vos», «Vos no sos de acá». La realidad actúa a partir de esferas, burbujas independientes que no se cruzan, y cuando se cruzan nadie sabe bien qué hacer. El invasor —yo, en este caso— es tratado de una forma inesperada, y el que se siente invadido actúa, quizás, de un modo territorial. Lo loco es que lo que pasó era lo más lógico. O sea, medio que siempre supe que iba a pasar esto. Y pasó. Y me hizo mierda. Soy medio como Irene Vilar, que se automutila aborto tras aborto. Solo que lo mío es más naïf —pese a que también voy a abortar—, porque mi automutilación es una mutilación social. Algo así como el dolor, o la fuga, la pérdida de energía que se da al realizar un tránsito de una clase a otra.

*

Mi vieja pasó por casa y me dijo que salía a cenar con un «amigo». Primero me miró y dijo: «No fuiste a cursar». Le dije que me sentía mal. Después tiró lo de su cita. Tenía ganas de contarme que anda en una. Le di el espacio para que me tirara una data no muy específica —que no voy a reproducir acá— y después le dije que iba a venir Nati, que no viniera a ponerla a casa. Medio que se ofendió por mi tono confianzudo. «Soy tu madre, no tu amiga», me dijo.

*

Llegó Nati con *The Room*, de Tommy Wiseau, en una *flash card*. Re snob es Nati. Igual, nada, es re una peli para ver comiendo sushi en plan no pensar nada. Cuando le conté de toda mi secuencia de la eco en el hospi, se me cagó de risa. Lo re minimizó. Conchuda. Me dijo que no es «desclasamiento» eso, que es simplemente falta de práctica, de costumbre, y que soy una cheta-neurótica-aspiracional. Que a ella le sacaron el apéndice en un hospi público

y de pueblo, así tipo de emergencia, en unas vacas en Campana, en lo de su abuelo. Y que nada, después de un rato se acostumbró. Que no es desclasamiento, es falta de adaptación, de costumbre. Que como sé que hay otra cosa más «cómoda» o más «a mi medida», me quejo y sufro. Que eso es re de judía. Me dijo que soy la señorita Cora de Cortázar. Tipo una vieja de Recoleta quejándome de los pobres y de la «atención» a los pobres. Ni idea. En fin, joven lectora abortista, no pienses que soy una cheta boluda, o un poco sí, pero no cheta cheta, dale, vivo en Almagro. Puede que haya freakeado un toque, pero mi angustia fue real, no hay sobreactuación en eso, lo re megasufrí, la pasé como el orto. Y si vos, joven lectora abortista, que estás leyendo esto, si ya llegaste hasta acá con la lectura, es porque sos un poco como yo, y si vas a abortar y te acercás al Fernández —para probar quién sabe qué— a hacerte los estudios, esta data te va a servir. Besos. Te quiero mucho. Cuidate, usá forro.

Nos quedamos boludeando con Nati casi hasta que se hizo de día. Siempre flasheo escribir una novela que se llame *Y se hizo de día* o algo así. *Y amaneció* o *Y salió el sol*. *Y se hizo de día* me gusta más. Pero nada. La onda sería contar tipo un mes. O no sé, capaz que menos. No sé. Algo parecido a esto, pero más *punch*. Que narre todas las noches de unas minas pasadas de falopa en unas vacas. No sé. Medio lumpen. Tipo en Humahuaca. Y se la pasan tomando falopa jujeña en distintos lugares. Sería una especie de *test road* de falopa. Y el leitmotiv, obvio, es «y se hizo de día», y pum, ahí termina el capítulo.

*

Capaz es medio boludo, ¿no? Hace un rato vomité. Fue la primera vez. Raro. De la nada. Estaba sentada en el baño meando y empecé a sentir la saliva con un gusto extraño y como que me subió un reflujo y vomité en el bidet.

*

La cosa es que nos quedamos con Nati hablando boludeces y solo vimos una parte de *The Room*. Todo bien con la snobeada, pero nosotras somos chicas ABC1 hiperescolarizadas, y la verdad es que una película de mierda como esta nos cebó cero. Como que la snobeada se sostiene solo si es social. Es decir, para que tenga sentido sentarnos a ver esa horripilancia fílmica, deberíamos haber hecho, mínimo, un par de *Insta-stories*. Uno sostiene la snobeada como un recurso de intercambio social. Tipo cuando vas al teatro vas a ver la obra, pero también a que otra gente te vea viendo la obra o para contar que fuiste a ver la obra. Lo mismo con el cine y con las muestras. Pero

nosotras estábamos re en otra. Ni daba hacer una *story*. Todo bien con la snobeada, insisto, pero esta peli no se puede ver de lo mala que es. Al principio, nos pareció graciosa, pero después ya fue. Re yanqui flashear con esta chotada. Tipo hacer colas en un cine para ir a ver esta cagada y reírse a carcajadas comiendo nachos y pochoclos. Cualquiera. *Sad. Depress.*

*

Ahora es mediodía. Mi vieja todavía no volvió, va a venir a la tarde toda dilatada de tanto coger. *Off topic*: ahora es re *in fashion* decir «culear», o más *rocho* todavía: «culiar». Fogwill, en *Los pichiciegos*, dice «culear» en algún momento. Creo que cuando los provincianos esos de las trincheras tienen unos diálogos. Recién hablamos de esto con Nati mientras esperábamos el bondi que ella toma para ir a su casa. Tengo ganas de coger. No. Tengo ganas de culear.

*

Hola, joven lectora abortista. Recién me clavé una terrible paja. Me autoculéé. Ahora me excitan cosas extrañas. Recién me empecé a tocar y me vinieron imágenes de una profe *pregnant* —*whaaaaaat?*— que nos dio clases en la secundaria. Era hermosa, dio clases hasta que la panza no le dio más y vino una suplente. Encima nos daba clases de educación sexual. Era todo demasiado explícito. La materia se llamaba Formación Humana, y los primeros años nos daban educación sexual. Nos mostraron una peli en *cartoon*. ¿*De dónde venimos?* se llamaba. Ja. Me acuerdo de que en un momento explicaban que culear estaba buenísimo, entonces un nene preguntaba —siempre dentro de la ficción del *cartoon*—: «Si está tan bueno, ¿por qué los adultos no culean todo el tiempo?», y un adulto dentro del *cartoon* le respondía: «Porque es muy agotador y hay que hacer otras cosas. Como trabajar, llevar a los niños a la escuela. Responder al amplio abanico de responsabilidades a las que todo adulto debe responder». En fin. Cuestión que puse ventana de incógnito en el Chrome y busqué *porn sites* con *preggos*. Estuvo bueno. Vi unas cogidas terribles. Hasta flasheé tener una panza mega

y que me cojan —perdón, me culeen— diez tipos de diversas etnias y razas. También flasheé coger —culear— con otras *pregnants girls*. Este estado insólito hormonal me está despertando un lado gay. Ando con ganas de tijeretear a *full*.

*

Tomí me escribe diciendo que quiere que hagamos cosas de pareja «como antes». «¿Antes de qué?», le digo. Y se queda un rato sin responder. «Antes de todo esto». «¿De mi embarazo?». Bueno, no sé. No quiero copiar todo el texto acá de cómo lo torturé por quince minutos. Es un pelotudo. Creo que tengo más ganas de cogerme a Nati que a Tomi. Igual, como Nati me dijo que iba a ir con su novio DJ Piña —que aparentemente todavía no la golpeó, yo no le vi marcas— a Re, no sé, un lugar cheto-snob-*trash* de Palermo, porque toca, no sé, no me acuerdo quién, le dije a Tomi que vayamos ahí a tener nuestra salida «como antes».

*

Me quedé dormida con la Mac en el pecho. Me desperté con un dolor terrible de esternón. Soñé que el *jellyfish* crecía y crecía tipo alien en cosa de minutos y empezaba a romperme todos los órganos, tipo que se los iba comiendo y trepando por dentro de mí hasta que me salía por el pecho. Y ahí me desperté. Qué locura. Qué flash. ¿Será una señal que me está mandando el *jellyfish* desde los adentros para decirme que no lo elimine? Todos tienen sus mecanismos de supervivencia.

*

Son las ocho de la noche. Recién vino mi vieja. No salí en todo el día. Vomité, comí toda la mierda que había en la heladera. Scroleé las *stories* de Instagram mil veces hasta que ya no quedaba actualización para ver. Volví a vomitar y ahora estoy llorando sin parar. No puedo parar de llorar. Mi vieja

entró a mi cuarto y me abrazó re fuerte, y me largué a llorar más, con más desesperación. Re sacada. Un llanto tenaz, imparabile. Mi vieja no sabía qué hacer, me trajo agua, me preguntó qué me pasaba, arriesgó la hipótesis de que lloraba por amor, de que estaba con el corazón roto. Y me empezó a contar las veces que le rompieron el corazón, y yo trataba de decirle «no, no, no, mamá, nadie me rompió el corazón, no estoy con el corazón roto», pero era tan tan fuerte el llanto que no podía ni hablar. En un momento, mi vieja dijo: «Todo corazón roto sangra y sana»; entonces me di cuenta de que sí, tengo el corazón roto. Estoy escribiendo esto tratando de poner en un texto la cantinela envenenada de mi mente para negar, para no pensar, para limpiar la sangre que está dejando mi corazón roto. Tengo el corazón destrozado. Totalmente hecho pedazos. Pero no me lo rompió nadie, mamá. Me lo rompí yo sola y no sé por qué ni cuándo mierda se va a sanar. Perdón, mamá. No sé por qué te pido perdón. Debería pedirme perdón a mí misma, pero no sé cómo se hace eso.

*

Bueno. Cuestión que pasé la tarde con mi vieja tirada en su cama. Las dos abrazadas viendo tele. Mierda de la tele. *Gossip shit*. Se ve que ella quedó sensibilizada por el terrible culeadón que le deben haber pegado y después se encontró con la hija llorando desconsoladamente y bueno, se sensibilizó más aún. Estuve a punto de contarle que estoy *pregnant* y que voy a abortar posiblemente el finde que viene, si el pajero de Tomi consigue las pastelas. Pero no me dio, no sé. Si no me da así llorando desconsolada, no me va a dar nunca. Capaz, cuando ya lo haya hecho. Si sale todo bien.

*

Quedé con Tomi en que vamos a ese lugar Re —Dios mío— a «hacer cosas de parejas», no sé, chapar. Dios mío. También van Nati y DJ Piña. Re linda noche abortista.

Voy a tratar de ser lo más clara posible para relatar los detalles de anoche. Mi vieja está dando vueltas por la casa vistiéndose porque ahora tenemos que ir a ver la obra de Spregel. Voy a aprovechar las horas que destina a vestirse para tratar de contar o por lo menos organizar un poco lo que pasó. Nos encontramos con Tomi en un bar de Palermo, porque es muy fóbico a esos lugares «modernos» —recuerden que tiene 32 años y como yo tengo 19 le da un terrible complejo de edad—. Yo llegué como media hora tarde —obvio, *amore*—, y después de que pedimos unas cervezas, tiró sobre la mesa —como si fueran, ni idea, unas alianzas de casamiento, unos pendientes de diamantes— una caja de Oxaprost 75. «Las conseguí», me dijo. Después me contó cómo hizo con Juan, un amigo con el que anda siempre, un *loser* poeta de su misma calaña. Agarraron un papel y le imprimieron un membrete como el de una clínica medio cheta, tipo de San Isidro; ahí escribieron la orden y después la sellaron y falsificaron una firma, contaba extasiado, como un adolescente narrando su primera vez. Después me dijo que en dos farmacias se la rechazaron y que la terminó aceptando Farmacity. Trató de explicarme lo estresante que fue todo, que fueron de noche, cuando había menos gente, y no sé qué más. Pero cuando vi la caja blanca de pastillas tan cerca de mí, me subió un calor muy raro. Empecé a sentir que me asfixiaba. Y ya no escuché nada de lo que me contaba. Estaba muy efusivo, movía los brazos; yo empecé a sentir un pitido en los oídos y me fui al baño y vomité.

*

De ahí fuimos al bar ese, o club, no sé qué es. Tiene una onda re Berlín, corte Tresaor con las rejas de metal y esa onda, pero del Tercer Mundo. Unos tubos fluorescentes rojos que siguen la rítmica de la música. A los tragos te los dan embotellados. ¿Qué es eso? ¿Qué nivel de snobeada maneja eso? Hay un rubiecito divino que te atiende en la barra. Un bombón. Me dijeron que se

la come. En fin. Llegamos, pedimos unas papas fritas y yo seguí tomando escabio. Tocaba Willy Trapani. Un copado. Medio cara de nabo, pero copado, pone buena música. Tomi, obvio, amor, incómodo porque el promedio de edad era diez años abajo de la suya. Me la empezó a quemar con que fuéramos a su casa a coger y a dormir abrazados. Siempre Tomi fue la mujer de la relación. A veces jodíamos con eso, pero ya me rompe las pelotas que la mujer de la relación sea un pelotudo trece años mayor. Yo no quería saber nada, le contestaba con evasivas, por ahí aparecía un ami y nos poníamos a boludear, a hangear un rato por el bar hasta que lo veía a Tomi solo en un rincón con una pinta de birra y me acercaba a charlarle un rato, y volvía con que nos fuéramos a coger, que me extrañaba, que ya era tarde, etc., etc. Por suerte llegó Nati con DJ Piña. Ya venían re puestos de MD. Nati me dijo que tenían para unos ketazos también. Fuimos al baño y tomamos unos deditos. Ajjjjjj, era re fuerte. Otra vez arcadas y vómito. Vomité toda la birra que había estado tomando. Eso estuvo bien, porque me dejó *divine*. Como si recién empezara la noche. Esta vez disolvimos el MD en una botellita de agua y me la quedé. Tomi quedó afuera. No sé. Cuando salimos del baño, nos esperaba DJ Piña con su sonrisa compradora. «Así que vos sos Yakie», me dijo. «Nati me habla todo el tiempo de vos». Yo pensaba que, claro, con esa *baby face* y esa dentadura hermosa las vuelve locas y después se las coge, y cuando se aburre las caga a palos. *Nice*. Cuestión que cuando fuimos al patio Tomi estaba ahí hablando con un poeta: ¡por fin un poco de disminución en la demanda hacia mi persona! Me acerqué e interactué un poco. Hablaban de Idea Vilariño. ¡Ja! Iba a contar que yo tengo a mi Irene Vilar, que tiene el mismo acrónimo y que también es latina —o casi—, pero solo hice la acotación de que Idea tenía cuatro hermanos con nombres *freaks* como ella. Poema, Lumen, Azul y Alma. Y que por ponerles esos nombres y otras cosas más, su padre era un tremendo hijo de puta. Ok. Mi vieja me está diciendo que nos tenemos que ir, que el Uber está en la puerta. En un rato, cuando vuelva, joven lectora abortista, continúo con la noche.

*

Bueno, recién llegamos de la obra de Spregel... Uff... Mamita de mi corazón. Un capítulo aparte hablar de la obra. No sabía que era tan larga, la puta madre. Me chupó toda la energía del alma, si es que todavía tengo alma,

el poco cacho de alma que me dejó el *jellyfish*. Ay, no quería pensar en eso. No quería darle entidad de «portador de alma», de SER al *jellyfish*. Pero me tengo que hacer cargo. Ya fue. Voy a sacarme un cacho de alma, es así, ni idea.

*

Sí, Irene Vilar perdió un cacho de alma en cada aborto que se hizo. ¿Cuánta alma le quedó después de haberse hecho quince? ¿Cada aborto te saca la misma cantidad de alma? ¿De qué depende la cantidad de alma que te saque el aborto? ¿Del padre? ¿Si es gordo, chino, caucásico o negro? ¿Del dolor? ¿Del sufrimiento? ¿De la cercanía con la muerte?

*

Bueno, joven lectora abortista, quedamos en que estaba en ese lugar llamado Re con Tomi, que se quería ir a culear pero se estaba distraendo con un poeta igual de boludo que él, y que yo andaba con una botellita de agua con MD y que Nati estaba ya re puesta con su chico lindo pero golpeador — DJ Piña— hangeando y dando vueltas por ahí. Ok. Entonces resulta que a mí me empezó a pegar el MD y entré en un *mood queen-of-the-nigth* y de repente volvió la Yakie que todos conocen, que se había guardado desde que se enteró de que está *pregnant*, y empezaron a caer más y más amis, y a cada uno que veía me lo franeleaba todo y si daba me lo chapaba, y así fue que me convertí en el centro de la noche y cuando caí en la cuenta, Tomi ya se había ido a la mierda. Me sentí medio mal. O sea, el chabón quería que hiciéramos «algo de parejas» —un concepto muy de seres de más de 30, amor— y yo terminé en cualquiera chapando con amis, bailando sacada con cualquier boludo o boluda que se me acercara. Entonces pasé del *mood queen-of-the-nigth* al *mood down-&-guilty* que Nati y DJ Piña remaron como unos campeones. Creo que hasta lloré sentada en el patio ese cheto que tienen bajo una palmerita, y ahora que me acuerdo, en un momento Nati me llevó al baño a vomitar otra vez. Pero, como decía, la parejita pasada de MD me sacó de ese *mood* y volví a ser la reina de la fiesta hasta que se cortó —parece que

siempre en Re se corta temprano— y nos fuimos a lo de DJ Piña. Al principio, íbamos a ser varios, pero parece que a DJ Piña lo tienen medio entre cejas por hacer honor a su nombre, y al final, como quien no quiere la cosa, se fueron bajando. Cosa que hangeamos un toque buscando birra y después terminamos solos los tres en lo del susodicho. En el camino, buscando birra, flasheamos con unas montañas de escombros que había sobre Santa Fe, y DJ Piña se hizo un par de *pics*. Bah, primero sacó él un par de *pics* diciendo que eran para Instagram y después empezó a posar y nos pidió que nosotras le sacáramos. Me la bajó un poco ese personaje egocéntrico, y empecé a decir, tipo en voz alta pero a ninguno de los dos en particular, que me quería ir a dormir a casa. Flasheé ahí los tres tirados de bajón de MD, viendo videos de YouTube, y me deprimí un toque, preferí estar en ese mismo estado en casa haciéndome la paja, y como estaba en esa de querer irme, Nati se me acercó y me metió un dedazo de MD en la boca. Después me dio un poco de birra y me chapó. Pero no fue un chape así nomás. Obvio que chapamos miles de veces, o sea, re conozco su boca. Tengo una memoria sensorial de su boca. Pero ese chape ahí en la calle fue re raro. Como muy suave, tipo que le sentí toda la lengua y los labios, y además con una ventisca medio fría, sintiendo el sabor de la mezcla de MD y alcohol, al lado de esos escombros, no sé. Me re megacalentó. Sentí un calor que me subía por el cuerpo y era un calor hermoso, reconfortante. Me hubiera quedado con Nati chapando hasta el mediodía ahí en el medio de la calle, ni idea. Bueno, no sé, con ese dedazo de MD no daba volver a casa, iba a quedar re manija dando vueltas. Mi vieja se iba a levantar a ver qué pasaba, así que fui a lo de DJ Piña. Todo emedeado era re gracioso y aparentemente inofensivo. Aparte, de última, como golpeador solo les pega a sus parejas, así que piña para mí no iba a haber. La casa del chabón era un asco. El bidet lleno de ropa sucia, calzones todos guasqueados, un asco mal. En el espejo del botiquín, había salpicaduras de granos que se explotó y de cepilladas de dientes. En el lavatorio, aureolas de escupitajos de dentífrico. La tabla del inodoro era directamente un batik de meo y seguramente pajas. Fui a buscar agua a la cocina y la bacha era una montaña de platos y ollas. Misteriosamente, la habitación estaba impecable. Después caí en la cuenta de que Nati la había ordenado antes de salir. Tomamos unos ketazos y nos tiramos ahí con unas botellitas de agua a ver tele. Yo quedé de un lado de la cama, Nati en el medio y DJ Piña en el otro costado. El control de la TV lo tenía el espécimen masculino. Puso *BoJack Horseman* en Netflix. Nati me había dicho que la

habían empezado a ver. Arrancó un capítulo de no sé qué temporada que era todo bajo el agua. Usaban trajes para poder respirar, y no entendí nada, no había diálogos. Pero eran muy graciosos los animales antropomorfizados hablando, haciendo cosas humanas. Después, Nati me dio la espalda y se empezó a chapar a DJ Piña, y yo pensé: «Bueno, ya fue. Me doy vuelta y me duermo, estos van a culear acá. Les doy unos minutos, y si empieza a subir más el tono de la cosa, me voy al living, ni idea». Y así fue. La cosa se tenaceó, se puso más *hot*, y cuando estaba por levantarme para huir de la situación, DJ Piña me agarró del brazo, me acercó a Nati y después me agarró una goma, tipo con violencia. Corte que me re pellizcó, me dolió. Se ve que tenía un botón ahí, porque ni bien me tocó el pezón me explotó la cabeza y me re calenté. La abracé a Nati y DJ Piña se me acercó y me chapó. Tenía gusto a porro en la boca. Me gustó. Mientras chapaba con el masculino, Nati me acariciaba el cuello. Después Nati me chapó a mí mientras se iba poniendo en bolas. Yo ya estaba toda chorreada, no daba más, y me saqué el pantalón. El chabón pasó al medio y Nati se puso en tetas, le sacó la bermuda y le empezó a chupar la pija. DJ Piña me agarró del cuello y me chapó. Chapamos re largo, tiene una boca mega, re grande. Tipo que me comía la mía. Mi boca quedaba chiquita. Me comía casi media cara. Y bajó la mano y me empezó a tocar la concha. Cuando me la tocó por arriba de la bombacha, me di cuenta de lo mojada que estaba. Un delirio. No puedo mojar me así. Soy como una esponja. Qué asco. Es increíble lo que me estoy mojando. Y eso que estaba enketada, emedeada, alcoholizada. O capaz era justamente por eso. Tipo que las drogas tienen una influencia directa en mi chorrera. Se ve que a DJ Piña le re cebó lo mojada que estaba, porque me metió la mano de una adentro de la bombacha y me empezó a dedear. Yo no daba más. No entendía mucho la escena. La miré un toque a Nati chupando la pija y me dieron ganas de chupar pija a mí también. Así que me acerqué un toque hacia la zona, digamos, «baja», y DJ Piña se cebó y me llevó con la mano en la nuca, pero Nati estaba re en una. Tipo que no quería soltar. Estaba re chupando pija y no quería compartir ni ahí. Nos miramos con DJ Piña y nos reímos un toque. Viciosa hija de puta. Así que volví a subir y seguimos chapando, y él me dedeó hasta que yo acabé y se ve que solté un gemido o algo, porque la activó a Nati y soltó la mamadera, y ahí bajé y la agarré yo. La verdad es que tenía una pija rica. No era grande. Era gorda, pero no muy gorda, y no era tan larga. Pero tampoco era un micropene. Estaba bien. Tamaño ideal, maleable, para jugar, lengüetearla. Cuando empecé a chuparle

la pija, el chabón se acomodó y bajó más en la cama, la agarró a Nati de la cintura y se la subió hasta que puso la concha en su cara y empezó a chupar también. O sea, yo le chupaba la pija a él y él le chupaba la concha a Nati. Éramos como esos aviones que cargan combustible en el aire, mientras están en vuelo, de otro avión. Si justo aparecía en ese momento un alien tipo en plan abducción, iba a flashear que estábamos recargando baterías, o que estábamos realizando algún tipo de transfusión energética, ni idea. La escuché a Nati acabar y se bajó de encima del chabón y se acostó haciendo cuchara en un costado. Ahí el loco me agarró de la cintura, me acostó, me sacó la bombacha y me empezó a chupar la concha a mí. Subía, me chupaba las tetas y después bajaba y me chupaba la concha. Yo, a esa altura, era la fuente de *Neptunbrunnen*, chorreaba a más no poder. Después se la quiso meter a Nati y ella le dijo que se pusiera un forro. Qué humillante. Qué humillante es la instancia en la que el chabón —en este caso, un treintón desalineado, tipo con panza, un culo raro, culo de hombre adulto, todos los culos de tipos son feos, pero el culo de un pendejo va, dan ganas de romperlo un poco, de puertearlo un poquito; en cambio el culo de un «tipo», de un «hombre» con ya una historia, con ya una vida encima, es siempre el mismo — tiene que buscar un forro y ponérselo. Ahí estaba DJ Piña, con sus más de 30 años, en bolas, su culo de tipo, su panza, caminando en bolas por el cuarto, hurgando en los cajones, en los bolsillos de un pantalón, en un bolso, a ver si encontraba un forro. Y lo encontró, pero para cuando lo había encontrado su pija estaba en cualquiera. Todo ese laburo chupando concha, tetas, dedeando, todo ese laburo de nuestra parte chupándole la pija, todo tirado al tacho. Esa búsqueda de un forro fue tan baja pija, en sentido literal, que casi nos convirtió en perfectos desconocidos. Volvió con su pija muerta intentando ponerse el forro, y yo mentalmente ya había decidido no volver a chupársela de ninguna manera. La que tenía que encarar esa, me parecía, era Nati, por ser la «anfitriona» en ese contexto. Pero DJ Piña encaró directo a mi concha para seguir chupando. Estaba re en una con mi concha. Tendría que haberle dicho que chupara con más fuerza a ver si me sacaba al *jellyfish* por succión —ay, soy un asco; perdón, joven lectora abortista, a veces soy como un tipo—. La cosa es que me empezó a dar culpa e incomodidad que el chabón me culeara a *full* y la tuviera re relegada a Nati, que estaba ahí tirada en un costado toda enketada. Así que pintó sororidad y le hice señas de que no daba, que se la culeara un poco a ella. Entonces el chabón se la metió a Nati y me agarró de una teta, y yo le agarré la otra mano y le chupé los dedos.

La escuché a Nati acabar otra vez y el chabón ahí nomás vino y me montó con el forro lleno de los fluidos de Nati. Me cebó sentir la humedad caliente de Nati entrando. Una buena enchufada. A mí me re costó y no acabé. Ya había acabado un rato antes. Ya fue. El chabón me acabó y se tiró al medio. Nos tapamos los tres y chau. A dormir. Hasta acá llegué, joven lectora abortista. Mucha data por hoy. Mañana te cuento lo que falta y la obra de Spregel. Tengo mucho para decir sobre eso. O capaz no, ni idea.

Me desperté en un costado. DJ Piña, en el centro. Nati, en el otro costado. Le agarraba la mano y teníamos los dedos entrecruzados. Amooooorrrrr, amorrrrr posdrogas. Estaba toda sudada, mojada. Me levanté rápido y fui al baño y me duché. Obvio, no había una toalla limpia o por lo menos seca. Pero ya fue. Me pegué un baño rápido. Tenía un jabón y un champú de mierda. Esa cosa que tienen los chabones de que les chupa un huevo la piel y el pelo. Peor que un telo barato. Igual, me sentía tan sucia que tenía que sacarme la suciedad como fuera. La concha estaba más rara... Enorme, toda salida para afuera, como dilatada. Y eso que no había culeado taaaaanto. Cosas de la *pregnancy*. Me sequé —lo que pude— con una toalla hedionda que había ahí y me vestí. Lo más sigilosa que pude, me acerqué a Nati y la desperté para que me abriera la puerta. En mi Swatch eran las diez de la mañana. Nati se envolvió en una bata mugrosa que estaba tirada sobre una silla y me bajó a abrir. En la puerta me quiso dar un pico. «¿Qué hacés, boluda?», le dije. «Sorry. Estoy dormida. Ni idea», me dijo, qué *freak*. Me tomé el 151 a casa. Llegué y mi vieja estaba en la cama viendo mierda de domingo en la TV por cable. Como estaba «limpita», me acosté con ella y me acurruqué a su lado hasta que me dormí. Si hay algo que tengo que reconocerle a mi vieja, es que huele bien. Tiene un olor hermoso. El mejor olor del mundo. Cuando me muera, quiero sentir ese olor. No me importa si muero descuartizada, violada, fusilada, partida al medio por un tren, aplastada entre los fierros de un avión; si mientras llega la muerte siento el olor de mi vieja, va a ser la muerte más dulce posible.

*

Ya es lunes. Estoy en la cama chequeando mails. Por ahora, ni noticias de Tomi. No sé qué hacer. Si escribirle, esperar a que me escriba. Tengo mensajes de Nati en Telegram, que no me animo a abrir. La pelotuda capaz se

siente culpable o celosa porque su chico me la puso. Demasiada data sentimental que por ahora prefiero evadir. Hoy no tengo facu, pero tengo que entregar unos trabajos. Mi plan es encerrarme y tratar de ponerme un poco al día.

*

Ayer dormí en la cama de mi vieja hasta las tres de la tarde, más o menos. Después me fui a mi cuarto y seguí durmiendo hasta las seis, cuando empecé a escuchar los gritos para que me levantara para ir al teatro. Ahí me bañé para despabilarme, escribí un poco y fuimos al teatro. Bueno, ok, *La terquedad*. El nombre re va, porque es una terquedad. Toda obra megalómana es sí o sí una manifestación de la terquedad, de la obstinación, del amor absurdo y sinsentido por uno mismo, del egocentrismo. Ahora bien —ah reeee, me pongo en *puaner mood*—, el mérito está en conseguir, ya sea por entongue o por real valor artístico, que te pongan en escena durante un mes en el mejor teatro de obras locales de Buenos Aires y hasta te saquen de paseo la obra por otros países. Mi vieja dice que es la consagración de Sprengel, la puesta en escena de la OBRA TOTAL. Esa obsesión que tienen los guionistas, escritores, periodistas, poetas, dramaturgos, cronistas, en fin, esas personas que ponen la neurosis y la libido en la escritura, en la diagramación a partir de la linealidad del tiempo... Es la puesta en escena de la neurosis temporal. O, en todo caso, de la evolución lineal de la neurosis, o de la deconstrucción de la neurosis a partir del trazado de una línea temporal. Si pensamos la obra total como objeto estético, no alcanza, queda en un segundo, tercer, cuarto plano frente a la neurosis identitaria y omnipresente. O sea, la guerra civil española, los miles de *topics* por los que pasa la obra a lo largo de tres horas, la pintura, la ciencia, los fantasmas, la actuación, etc., etc. Lo que se lee o lo que queda de relieve es el autor, la pija del autor. Estas obras monumentales son como un gran tótem fálico sobre el que todos los actores culturales bailan como unos nativos snobs que se maravillan ante tal enorme poronga por el simple hecho de ser poronga y ser grande, larga. Como *link*, el primer *link* que puedo hacer es *Synecdoche, New York*, del genio hebreo de Charlie Kaufman, que de hecho es sobre un dramaturgo también, que se obsesiona con la obra total hasta que empieza a creer que para llegar a realizarla tiene que estar él en escena, tiene que ser él, como autor, ideador y mente creadora,

parte de la obra. Y creo que ahí da con la *key* de la cuestión. Toda obra megalómana es biográfica, y, repito, el contenido no importa. Lo que importa es la megalomanía en sí misma. El otro *link* que hago es con *Los electrocutados*, del que quiso ser autor oculto J. P. Zooey, pero no se la bancó justamente por eso, porque al ser oculto su ego valía menos. Qué tarado. Después llegó hasta la increíble, ridícula y desesperada idiotez de hacer un acto público —al que nadie asistió— en el que reveló su «identidad». El *link* de la obra de Spregel con esa novela es la snobeada. Es decir, referencias, *links* a data que consumen los snobs: bares, teatros, salas, librerías, libros, películas, canciones, etc., etc., para que el lector snob se sienta identificado, sienta empatía y sobre todo sienta que es un tipo muy pillo por entender todas las referencias del autor. Un poco eso es *La terquedad*: *links* snobs más una enorme pija, y, todas lo sabemos, una pija grande no es lo mejor para culear, y las pijas, además de mear, de desechar, solo sirven para culear. Fin. Mua.

*

En la novela *Impossible Motherhood*, de Irene Vilar, la muerte aparece como una constante. Es un vuelo de pájaro que nos permite emplazar el texto dentro de una tradición, digamos, universal de tipologías textuales que reflexionan sobre la muerte. Si bien este tipo de reflexión —ya sea desde una mirada descriptiva, testimonial o simplemente metafórica o alegórica— acompaña a la historia de la literatura y el arte desde sus inicios, en este caso, y en el contexto político-cultural desde el que tomamos contacto con la obra, la muerte, el acto esencial del fin de una vida, se vuelve un problema ético y hasta fenomenológico. La muerte —como deseo, como concepto— se manifiesta bajo la forma de una dialéctica emancipatoria. Primero, como una tendencia autodestructiva de la aniquilación autoimpuesta a partir de la autoflagelación, es decir, el daño hacia la propia persona bajo la figura potencial del suicidio. Luego, como el ejercicio —según la moral que plantea el personaje— del daño a terceros. La realización categórica de la muerte de alguien o de algo que, para poder morir, debe tener vida. Ambas aristas, en constante retroalimentación, de la dialéctica de la enunciación de la muerte se representan en *Impossible Motherhood* con el aborto.

*

Ese es un fragmento del TP que estoy preparando.

En la mesada de la cocina, encontré una nota de mi vieja que decía que se había ido a un ensayo, que ante su inagotable insistencia —el «inagotable» es un agregado mío— le concedieron doble horario de ensayo en el teatro, que me había dejado unas medialunas de manteca en el horno «así no se enfriaban» y que le encanta cuando hacemos cosas juntas.

*

Me hice un café con leche y me fui al living a ver tele y desayunar. En todos los canales de noticias mostraban las protestas de las abortistas en el Congreso. Hoy empieza el debate en el plenario de comisiones de la Cámara Baja sobre el Proyecto de Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo.

*

Irene Vilar cuenta en su texto que suele consultar —cada vez que se encuentra en la incómoda situación de estar embarazada— un manual de biología en el que se ve la evolución del *jellyfish* semana a semana, qué cosa nueva se suma a esa configuración genética de plasma, tejido y células. Yo, por lo pronto, solo intento no pensar. Los últimos días, me dediqué a tratar de que el tiempo pasara más rápido. Soy de la idea de que no existe lo que no se piensa. Lo que pasa es que hay cosas que, aunque no se las piense, igual siguen ahí. Como los problemas sociales, la falta de dinero, la falta de cordura, o como el *jellyfish* que tengo adentro.

A veces me olvido de que está dentro de mí, hasta que me levanto de una silla y siento una puntada en la cintura o me quiero despertar a la mañana y no puedo, es imposible, no me da. Es como si estuviera re enketada, hundida en el sillón de una fiesta esperando que venga alguien y me convide un tiro

que me rescate y me ponga otra vez en órbita.

Nos queda poco tiempo juntos, *jellyfish*. Lamento haber sido la peor compañía posible. Pero confío en que en algún momento vas a volver y te voy a estar esperando para hostearte, y también espero que nos reconozcamos como en *Jumanji*, cuando Robin Williams reconoce a los niños que lo rescataron del juego treinta años después.

*

Prendí el celu y encontré varios mensajes en Telegram de Nati y Tomi. Ja. «Nati y Tomi» parece un *cartoon* para niños de 3 años de Nickelodeon. Lo peor de todo es que yo les digo así. Podría decirles Natalia y Tomás, pero no, uso ese diminutivo boludo y careta.

*

Nati estaba eufórica, sacada: «Nuestro primer chongo». Ya está especulando con que nos vamos a culear más tipos. Qué trola que es. Tomi, primero, a las puteadas, «pendeja drogadicta». Después le bajó la espuma a la chocolatada y ya me decía lo de siempre, que yo soy chica y él es grande, y que es comprensible que me drogue y no tenga las preocupaciones que tiene él. ¿De qué preocupaciones me habla este pajero, si no hace una mierda y encima la que está *pregnant* soy yo? Increíble. No se puede creer lo pajeros y boludos que pueden llegar a ser los tipos. No me alcanza el imaginario para pensar que me puede decir algo así. Directamente, salteé todas sus «reflexiones» hasta que llegué a que me avisaba que me pasa a buscar para ir a la facu así charlamos «sobre el sábado». *The A Day. The Abortion Day.*

*

Le respondí que no quería que me acompañara a la facu, porque tenía que entregar un TP, así que iba a llegar sobre la hora. Que si quería me pasara a buscar a la salida para ir a cenar ese ramen de mierda que tanto le gusta. Re

cena cola de paja. Qué hija de puta que soy. Siento un malestar adentro, algo que me incomoda, pero no, no es, joven lectora abortista, el *jellyfish*, es la culpa. Me da culpa haber cagado a este pelotudo, me da culpa no haber hecho este TP antes, me da culpa no estar acompañando a mi vieja en el estreno de su obra, me da culpa este aborto de mierda. Todo me da culpa.

Miércoles 21

Tomí me esperó con un alfajor Bon o Bon blanco simple. Es el alfajor que más me gusta. A veces me pregunto, de un modo estúpido y condescendiente, ¿por qué aguanta todos mis maltratos, por qué siempre vuelve, haga lo que haga en la situación que sea? En realidad, sé la respuesta, y es que soy trece años menor. A veces también pienso alguna forma de articular esa diferencia etaria en un discurso menos ofensivo, porque para la realidad de la realidad actual yo soy la víctima —si es que acá hay una víctima y un victimario—, y no soy la que saca provecho de él. Pero si lo pienso un poco más, en realidad no saco ningún provecho, más bien saco problemas. O sea, estoy *pregnant* de un idiota de 32 años que escribe poemitas. Ni idea. Pero ni en pedo soy la víctima de este energúmeno. En todo caso, soy víctima de mi estupidez, como lo fui toda mi vida; en este asunto particular, al dejar que me deposite su veneno en mis órganos reproductivos un ser de estas características y prontuario. En fin. Cuestión que Tomí me esperaba con un alfajor y yo, fiel víctima de mi pelotudez, me puse contenta, me sentí culpable y por momentos hasta sentí esa energía inquieta del enamoramiento. Fuimos agarrados de la mano todo el viaje en el 26 hasta llegar a 430, y otra vez, cuando terminé el ramen, me quedé muerta de hambre. Hablamos de que yo tenía que elegir el departamento del Airbnb esa misma noche. Que él me iba a mandar unos *links* de unos depar que ya había visto cerca del Fernández por si me sarpaba con las pastelas y empezaba a perder sangre de más. Después me invitó a su casa y, obvio, esta vez fui, obvio, sin ganas.

*

Irene Vilar, en *Impossible Motherhood*, presenta siempre a la mujer como condescendiente ante «su hombre». Es decir, se identifica a ella misma como una mujer condescendiente ante su pareja veinte años mayor, pero al mismo tiempo critica ese accionar. O por lo menos deja entrever una pequeña línea

de descontento con la que intenta decir: «Eso no está bien», «no seas como yo, lectora». Pero todo lo que yo puedo ver desde acá es simplemente que detrás del dolor, de las catástrofes, de cada gran cagada, hay una o varias personas con poco —o muy poco— amor propio. Y ojo, joven lectora abortista, no estoy diciendo que yo soy la reina del amor propio, que me amo y me adoro. Más bien al contrario. Yo soy la prueba empírica de esta hipótesis. Si tuviera un cachito de amor propio, no saldría con un tipo de 32 años. Porque ¿qué es lo que nos enamora a las mujeres de los tipos adultos, destruidos, vencidos, inútiles e insalvables? ¿La idea potencial, egocéntrica y ridícula de salvarlos, de readaptarlos, rehabilitarlos, reincorporarlos a la sociedad como un expresidiario cuando recupera la libertad? ¿O se trata simplemente de un problema, una falla, un error en los modos de querer y de cómo una espera que la quieran? ¿El abandono tiene algo que ver con esto? ¿Una mujer abandonada se la pasa buscando al padre que la abandonó? Si por lo menos saliera con uno tipo mil años más grande, pero con mucha guita, que me llevara a Miami, allá me haría romper el culo por algún megachongo pijudo descendiente de cubanos. Ay, perdón, joven lectora abortista. A veces soy una desagradable. Es que me sube una calentura no sé bien de dónde mierda y empiezo a decir cualquier cosa.

Retomo, o por lo menos, si saliera con un tipo viejo, adulto, pero relativamente centrado, exitoso, ordenado... Pero no. No nos gustan ese tipo de hombres. No, no, no. Joven lectora abortista, estamos acá, quizás por un problema en la configuración del gusto o simplemente porque solo buscamos destrucción. Una adorable, lenta y premeditada autodestrucción.

*

Bueno. Dije lo que dije en el párrafo anterior pensando en lo deprimente que puede ser coger con alguien que no te querés coger y, sobre todo, más deprimente todavía, ver que ese otro que no te querés coger encima goza con el «uso» de tu cuerpo. O sea, estar en una situación en la que no querés estar —justamente porque **NO TENÉS AMOR PROPIO, NO TE QUERÉS UNA MIERDA**— y ver que **EL OTRO GOZA CON NUESTRA INCOMODIDAD, CON NUESTRO SUFRIMIENTO. DIOOOOOOOOOOOOOOOSSSSSSSSSSSSSS, ME QUIERO PEGAR UN TIRO EN LA CONCHA. ME QUIERO ARRANCAR LA CONCHA Y**

TIRARLA A UN TACHO DE BASURA. A veces pienso que, si tomara una pastilla para sacarme las ganas de culear, yo sería una persona seria, exitosa y, sobre todo, centrada.

*

Ahora sí. Luego de un párrafo de análisis y otro de catarsis, voy a contarte, joven lectora abortista, el polvo que nos echamos con Tomi. O mejor, para mantener el vocabulario del texto: la culeada. Llegamos a su depar y puso música. Dios mío. Todo lo que voy a contar es muy deprimente. Ojalá no te la baje tanto, joven lectora abortista. Momento. Ahora que lo pienso un poco, esto parece un diario de «culear» más que un diario de «abortar». Diario de culear vs. diario de abortar. Me re chupa un huevo. Hago lo que puedo, *bby*. Me sale así. Si querés, me pongo un monóculo y empiezo a elucubrar teorías sobre el aborto, los *jellyfishes* y la re concha de tu hermana. Hago lo que puedo y estoy *pregnant*. Hago lo que puedo. Basta.

*

Bueno. No voy a contar cómo cogí sin ganas, pensando en cualquier cosa, con Tomi. Voy a ponerme a ver depars en Airbnb. Dejame en paz, joven lectora abortista. No me podés juzgar. O podés, pero no me importa. De última, si me querés juzgar, querés analizar mi texto y mi dolor, hacelo, porque este no es un texto en el que quiero hacerme la escritora o la nominación que les valga a las que escriben textos. Este es un texto sobre mi dolor, sobre cómo hago para pasar este momento de mierda en un país del orto, donde no puedo ir a ningún hospital o clínica a que me saquen el *jellyfish* monstruoso que crece dentro de mí porque no se puede, porque es ILEGAL. El alien que me está destruyendo y chupando la vida, el alma, lo poco que tengo, que no es nada. Porque fuera de mi iPhone, mi MacBook Pro y alguna pilcha, no tengo nada. No soy propietaria de nada. Lo único que poseo es este cuerpo, nada más. Este cuerpo con el que decido a quién mierda cogerme, y encima de que DECIDO MAL, no tengo las facultades para decidir, amparada por la ley y la salud pública, sacarme de adentro la cagada

que me mandé.

*

Tuve que salir a caminar. Estaba llorando y eran las cinco de la tarde, la hora a la que llega mi vieja, y me tuve que ir. Me iba a decir que otra vez no fui a la facu y toda esa mierda. Le mandé un mail a mi profe y le dije la posta: estoy *pregnant*, voy a abortar, estoy desbordada. Creo que voy a empezar a usar esta excusa para todo. «*Sorry, bby, no pude ir. I'm pregnant, you know? No doy más*»». Me fui a un bar y me llevé un libro que saqué de la biblioteca de mi vieja. Agarré tipo lo primero que vi antes de que ella llegara: *Por qué duele el amor*, de Eva Illouz. Voy a transcribir los subrayados de mi vieja:

El amor constituye el ejemplo paradigmático y la fuerza motriz de un nuevo modelo de sociabilidad que Giddens define como el modelo de la «relación pura», fundado en el supuesto contractual de que dos sujetos con igualdad de derechos se unen con fines emocionales e individualistas. Se trata entonces de un vínculo en el que dos individuos se comprometen por su propio bien y del que pueden entrar y salir a voluntad.

Sí, bueno, ¿y las agrupaciones amorosas de tres, cuatro o más personas? ¿Dónde entran?

A mi juicio, aquello que hace del amor una fuente crónica de malestar, desorientación e incluso desesperanza solo puede explicarse en términos sociológicos mediante la comprensión del núcleo cultural y estructural de la modernidad.

Te banco, lesbojudía.

La organización institucional del matrimonio (basado en la monogamia, la convivencia y la sumatoria de los recursos económicos para incrementar la riqueza) excluye la posibilidad de sostener el amor romántico como pasión intensa y devoradora. Tal contradicción obliga a los agentes a realizar un monto significativo de labor cultural para manejar y conciliar esos marcos que compiten entre sí.

Obvio, ma.

Las experiencias de abandono y amor no correspondido son tan fundamentales en nuestro relato biográfico como otras formas de humillación social (de naturaleza política o económica).

La puta madre.

Tomí me mandó siete depars y dos hoteles. No sé. Me copó más un hotel. Son dos noches. El hotel es como más aséptico. Tipo que lo limpia todo el tiempo el personal de limpieza, esa onda. Así que nada. Elegí uno re cheto que es un *apart*, tipo como un monoambiente con heladerita y una cocinita, todo hecho a nuevo. Microcemento, madera. Re Puerto Madero, re *cool*. Las mierdas recicladas me deprimen. Listo, elegí ese, se lo mandé y liquidado. Una cosa menos.

*

Ayer esperé a mi vieja con una cena. A ella le gustan los sorrentinos. Mientras cocinaba, puse algo para ver en la tele y en canal Encuentro pasaban una entrevista a Ana Gallardo. Es amiga de mi vieja. Supuestamente, estuvieron juntas en Córdoba no sé cuándo. Ni idea. Una mujer muy fea pero que trata de parecer linda narra un poco lo que es la obra de Ana. «El hogar». La búsqueda del hogar. Los límites del hogar. Qué sé yo qué mierda dice esa fea. Acá lo único que importa es que Ana Gallardo pega muebles a las paredes con cinta de embalar y que eso es su obra. «El hogar», dejame de joder. Hogar soy yo con mi *jellyfish*. Un hogar abandonado, destruido; un hogar en medio de Chernobyl. Todo corroído por la radiación. Las paredes descascaradas; los muebles todos podridos y vencidos; los electrodomésticos con años de desuso tapados por el polvo. Eso es un hogar, conductora fea. El hogar que llevo dentro. Estoy mal. Me siento mal. No puedo más. No doy más.

*

Mi vieja se sorprendió por la cena. «Pensaba que ya no me querías. Que

andabas con chongo nuevo, uno más de tu edad, más del que enamorarse posta». Cuando mi vieja usa palabras como «chongo» o «posta», se me frunce la garganta. Se me contraen las cuerdas vocales, se me hace un nudo. Hay pocas cosas en el mundo y en la vida que me hagan sentir tanto rechazo como mi vieja usando el vocabulario de sus alumnos. Esta vez respiré hondo y, con un esfuerzo sobrehumano, logré no decirle nada. Dejé que la historia absorbiera ese momento de altísimo desagrado. Le pregunté por qué no me había invitado a ver algún ensayo, como hizo siempre con cada una de sus obras. Me dijo que me veía ocupada, con la cabeza en otro lado, así que con que no me olvidara de ir al estreno dentro de dos domingos, ella estaría conforme.

*

Estuve leyendo un poco acerca de Ana Gallardo mientras cocinaba, pero sobre todo de la obra de los muebles encintados a las paredes. Me gustó esa cosa del «hogar obligatorio». Me gusta cómo suena. O del «hogar forzado». Esa cosa de mandato que tienen todos los vínculos familiares. Como si yo me obligara, a mí misma —en caso de que así fuera— a dejar que el *jellyfish* deje de ser *jellyfish* y continúe con su proceso de carcomerme el cuerpo y llegar a ser otro humano que me va a seguir carcomiendo todo pero desde afuera. Leí que el dolor del parto es similar al de veinte huesos rotos. Suena a *too much*. Pero bueno. Debe doler. También que cuando tenés hijos se te caen los dientes. Los perdés. Se te debilitan y se te parten. Ni hablar de las caderas que se abren y te sale el famoso «culo de señora», las tetas todas tajeadas por las estrías, el pezón todo estirado y enorme, las tetas caídas por los chupones y el peso de la leche. Más la pérdida encefálica por no dormir durante años. Veo en la obra de Ana Gallardo una configuración constelar. Trabaja con la familia, con la hija, con su lugar en el mundo del arte, en la «familia del arte», en la sororidad femenina, la familia fémina. Ahora me viene a la mente la obra de Kenzaburo Oé que está basada en la deformidad y tiene una relación directa con el hijo discapacitado que tuvo. ¿Y si yo me convierto en una escritora consagrada cuya obra gira en torno a este *jellyfish* que tengo ahora adentro y que en unos días no va a estar más? Si llego a ser una escritora consagrada, entonces esto va a valer la pena.

*

Después le conté a mi vieja que había empezado a leer el libro ese del amor y que eran muy graciosas sus marcas. Entonces la vieja se apasionó y empezó a hablar del amor, de estar enamorada, de que se pierden cosas, pero que son cosas que siempre vale la pena perder, porque el amor, o más bien el enamoramiento, es cada vez más difícil, conforme pasan los años. Qué me importa el amor, mamá. Me re chupa un huevo el amor. Quiero sacarme este *jellyfish* de adentro y volver a ser la misma pelotuda de antes. Después me dijo que fuéramos a la marcha del 24 juntas. Que teníamos que ir, que era re importante para darle batalla a este gobierno. La puta madre. La marcha. Desde que soy bebé, mi vieja me lleva a la marcha. Es como su mayor logro político. Llevarme a la marcha del 24. Ver a conocidos, gente que no veo hace años o que solo veo cada 24 de marzo. No puedo, mamá, es mi *A Day*. No puedo ir a la marcha. Obvio que no le dije eso. Le dije que había quedado con mi «chongo» en pasar unos días en una quinta en Pilar. Le gustó la idea. Me dijo que hace mucho que no vamos a las «afueras» y me propuso ir al Tigre en Semana Santa. Que es justo antes de su estreno. Le dije que sí. Cien por cien.

*

Hoy hablé un poco por Telegram con Nati. Le dije que voy a abortar el sábado. Que mañana venga a casa así hacemos algo tranqui, vemos una peli, no sé, y no duermo tan manija. En la facu no hice nada. Tomé un par de notas. Hablé un poco boludeces con mis compañeros entre hora y hora. Andy se acercó a hablarme. Quedó re *in love* el pajero. Me empezó a hablar del amor —peor que mi vieja— y me fritó la vincha con que «había estado con muchas chicas», pero ninguna como yo, y qué sé yo qué más. Ya me quería ir a mi casa porque no daba más de sueño y este pelotudo seguía y seguía hablándome de no sé qué cosa. Así que le dije que no podía creer lo que me decía, porque el día que culeamos estaba embarazada, así que seguramente tenía los fluidos y las hormonas en un altísimo nivel de asquerosidad, y que la verdad no podía seguirle mucho el hilo, porque todavía seguía embarazada y

que el sábado iba a hacerme un aborto ilegal con el pajero que me embarazó, y eso me tenía bastante estresada. Se le pusieron los ojos como huevo duro, lo saludé con un beso en el cachete —re *lady*— y me fui.

*

Son las diez de la noche. Estoy en la cama con la Mac en el pecho. Me da calor. Me hace transpirar las tetas. Encontré otra muestra más vieja de Ana Gallardo. Más vieja que *Patrimonio*, la de las cosas pegadas con cinta de embalar en las paredes. Esta muestra es del 99 y se llama *Manifiesto escéptico*. Es sobre el aborto. En las paredes pega con cinta de embalar el instrumental quirúrgico para hacer abortos. Y después, en otra pared, cuelga cientos de ramos de perejil. Esto me hizo pensar que no sé nada sobre el aborto, sobre la historia del aborto. Sí, o sea, sé sobre el perejil, o más bien sobre el vínculo entre el perejil y el aborto. Pero no tengo ni la más puta idea de cómo se hace o se hacía, ni si es efectivo o no, el aborto con perejil. ¿Te lo meten en la concha? Obvio. ¿Y qué onda esos abortos clandestinos en lugares que no son clínicas? No sé nada y no sé si quiero saber. Soy una más de las tantas por las que se lucha en cada una de las marchas por la legalización del aborto. Pero no me siento adentro. No fui ni a una sola de las marchas. No me siento vulnerable. No siento que me vaya a morir. No me siento en las últimas de mi vida. Quiero terminar con esto lo más rápido posible. No me voy a morir. Voy a ser una escritora consagrada al *jellyfish*. Lo voy a hacer por vos, *jellyfish*.

Te tengo abandonada, Margarito. Así le digo a mi terapeuta. No fui desde que estoy *pregnant*. Hace un ratito la llamé a ver qué me decía. A ver si me daba cita hoy como todos los viernes, si es que no cubrió nuestro día con otra pendeja con los mismos *issues* que tengo yo. Cada psicóloga tiene en su agenda a un estereotipo de paciente. Y cuando se le cae o se le baja uno, lo reemplaza por otro con sus mismas características. Margarito aparentemente todavía no consiguió mi reemplazo, porque me concedió la cita.

*

Son las once. Mi vieja no está. Debe estar en su ensayo de turno mañana. Estoy teniendo un momento re sororo con mi vieja. No sé si es porque estoy *pregnant* y eso despierta en mí ciertas empatías, ciertos cortejos de «colegas», «ahora que soy madre —o que podría serlo, o que lo soy en potencia, o que estoy más cerca de lo que nunca antes había estado de serlo— te entiendo mucho más, madre». Ahora flasheo como en ese libro de Aira, *Yo era una chica moderna*, con mi vieja, las dos cuidando y sacando a pasear al *jellyfish*, todo monstruoso. Primero es chiquito y después va creciendo de tamaño, pero nunca toma la forma humana, siempre sigue siendo un *jellyfish* eterno. Re mundo Cronenberg.

*

Tomí está más boludo y ansioso que de costumbre. Recién me escribió por Telegram para decirme que se leyó todo el *lesbian PDF* ya por tercera vez y que tengo que llamar al número de las socorristas que está ahí. Que él llamó y no le quieren dar data. Y dice que preguntó por qué no le quieren dar data y le dijeron que porque, en primer lugar, es data para minas, porque una mina

es la que se va a hacer el aborto. Y, en segundo lugar, porque ellas no saben si él —Tomi— no está obligando a una mina a abortar o si tiene a una mina en cautiverio, etc., etc. Cuestión que voy a tener que llamar yo.

*

Bueno. Recién llamé a las socorristas. No fue tan terrible. Estaba re estresada sintiéndome entre culpable y clandestina, ilegal. Sintiendo que estaba haciendo algo que es penado por la ley. Pero después me puse a pensar y nosotros, las personas que vivimos en países tercermundistas, vivimos en la ilegalidad. Todo es ilegal. Mis amigos de Berlín, que es lo que más conozco como Primer Mundo, viven amparados por la ley. Pero nosotros no. Yo vivo haciendo cosas prohibidas desde que soy chica. En la escuela, rayar bancos o pegar falopa. No sé. La ilegalidad es parte de mi vida. Bueno. Me atendió un contestador automático y me pidió el número para llamarme después.

*

Otro mensaje de Tomi diciendo que compró toallitas, Reliverán, Ibuprofeno y que ya reservó el telo de Airbnb. También me mandó una lista que hizo con la ropa que tengo que poner en el bolso. ¿QUÉ LE PASA A ESTE PELOTUDO?

*

Margarito me dijo que vaya a las tres; usualmente iba a la tarde, a las siete, y de ahí, fresca y renovada por el psicoanálisis, solía ir al Alto Palermo, ver una peli, comprarme algo, y después salía. Esos eran mis viernes antes de quedar *pregnant*. Hoy voy a tener una tarde de paseo con mi *jellyfish*. Voy a despedirme de él y a tratar de pasar una tarde linda. No sé. Ahora me voy a hacer algo de comer. Me baño y me voy.

*

Estoy con la Mac en lo de Margarito. Le dije que necesitaba abrirla y escribir porque estoy tratando de contar lo que me está pasando. Al principio, le pareció que no daba, pero después la convencí. Margarito me adora, la conoce a mi vieja y también conoce a mi viejo. Pese a no haber ido por tres viernes, sigue teniendo consideraciones. Margaritoooooo, te amooooo. Jajaja, escribí eso porque estaba justo mirando lo que escribía acá.

*

Margarito me pregunta si me siento culpable. Y le digo que no me siento culpable por abortar. O sea, abortaría mil veces. No es el problema abortar — aunque todavía no lo hice —, ni lo que implica. Digamos, erradicar un *jellyfish*, mi *jellyfish*. Me siento culpable por todo lo que me lleva a abortar, que es, básicamente, que soy una idiota que se embarazó de un idiota con el que nunca tendría un hijo. A ver, tampoco sé si tendría un hijo con alguien, no es algo que forme parte de mi universo de prioridades. Pero bardeé. Ese es el problema. Crucé un límite a partir del cual la posibilidad de ser madre y de tener un hijo y generar vida está superlatente. Re acá, al toque. Y ahí sí, con un *jellyfish* adentro, asumiendo todo lo que tengo que asumir y cayendo en la cuenta de la situación en la que me encuentro física y psicológicamente, me siento mal. No me gusta tener que hacer esto. No quisiera hacerlo de nuevo. Me gustaría poder sacarme el *jellyfish* de adentro y que siga haciendo la suya en otro lado. Pero yo no quiero tenerlo adentro. Y no quiero que siga creciendo y chupándome la vida. Entonces, Margarito me dice: «Eso quiere decir que el problema al que te enfrentás es la negación de la vida, que bien podría ser la muerte. O una experiencia con la muerte». Y yo le digo: «No sé si esto es una muerte literal, científica. No sé si estoy matando a alguien, no sé si podemos considerar que estoy matando algo. O si es más importante no ser madre todavía que efectivamente serlo. El problema o el miedo o la culpa, si vienen de una muerte, es de una muerte mía. Me estoy matando a mí misma haciendo esto. Es como si tuviera el indicador de las vidas o del poder que tienen los personajes de videojuegos y esto me sacara vidas, me sacara poder. Me consume. Es un desgaste muy fuerte. Este mes me la pasé drogándome y cogiendo y traté de no pensar en nada. No quería pensar en nada. Ni siquiera leí el manual de las abortistas. Yo leo la novela de esta mina, Irene Vilar, que cuenta sus quince abortos en diez años. Y no puedo

entender cómo es que sigue viva, cómo puede ser que algo tan desgastante como un aborto repetido ese excesivo número de veces no la haya matado». Y ahí Margarito interviene y me dice: «Ella hizo todos abortos legales y en clínicas. Es otra cosa. Vos estás por hacer un aborto ilegal y casero. Porque, por más que no sea con una abortera en una villa, lo vas a hacer vos sola o con tu pareja, de modo clandestino y en un lugar que no está preparado para eso, para realizar abortos». Eso me dejó helada. No lo había pensado nunca en esos términos. Y me quedé en silencio un rato largo. Pensando. Hasta que me vino la respuesta mágica que yo necesitaba. Y es justamente lo que te dije a vos, joven lectora abortista, en un párrafo anterior. Le dije que a mí no me preocupa lo ilegal. Todo lo que hago es ilegal. Y mis amigos también. Culturalmente, la ilegalidad forma parte de mi día a día. Yo hablo del desgaste. Así sea legal o ilegal, así sea en una clínica o casero, quedar *pregnant* y sacarte el *jellyfish* es un bardo. Te quedan el cuerpo y la cabeza hechos mierda, no se puede vivir haciendo eso. Te desmoraliza. Te deja sin algo y ese algo no es específicamente el *jellyfish*, que hasta hace poco estaba con vos todo el tiempo; lo que pasa es que el *jellyfish* se va y se lleva partes tuyas, algo de vos. Cada *jellyfish* que te saques se lleva algo de vos.

*

Me hizo bien Margarito, ¿por qué no fui antes? Pues por eso, porque me hace bien. En fin. Ahora estoy en un bar viendo qué hago. No quiero ir al Alto Palermo, tipo lo que hacía siempre. Me gustaría hacer algo que no hice nunca, algo que compartir con el *jellyfish*, algo que a él también le guste. Voy a buscar en la compu, algo para niños. Ni idea.

*

No. No sé, algo para niños no, no es un niño. Es un *jellyfish*. Se me ocurrió ir al Museo de Ciencias Naturales en Parque Centenario. Ahí estuve dando vueltas un rato. Recorrimos todos los pisos. Vimos a los dinosaurios, a los mamíferos antiguos, nos detuvimos un rato largo mirando el tamaño del esqueleto de la ballena. Y recorrimos hasta aburrirnos la sala destinada a los

jellyfishes. Vimos varios. De muchos colores y tamaños. Después fui al baño, porque no daba más, y cuando me miré en el espejo vi que tengo granos en la pera. También me sale sangre de los dientes. Esta mañana, cuando me los lavé, escupí todo rojo. Ahora me sale sangre directamente sin hacer nada. Sangro por las encías. Qué asco. Bueno, *jellyfish*. Espero que la hayas pasado bien conmigo, tu hogar de carne, en tu último día. Yo la pasé bien. Te voy a extrañar.

*

Ahora estoy en otro bar. Un bar que está en la esquina de Parque Centenario. Feo. Para qué aclararlo. Me senté para escribir esto. No tengo ni hambre ni nada. Igual, me tomé un café con leche. Nati me escribió que en un rato ya sale para mi casa.

*

Bueno. Mientras escribía el anterior párrafo me llamaron las socorristas. Era la voz de una trans, para mí. Como grave pero medio gangosa, como forzando la tonalidad más aguda. Me tiró mucha data. Primero, me preguntó si me había hecho análisis de sangre y eco y de cuánto estaba. Tipo, eso para empezar. Me explicó que no tengo que llenar más de dos toallitas con sangre por hora; más de eso, al hospi. Que no me preocupe, no me van a meter en cana, no hace falta decir que tomé el Miso, solo tengo que decir que estoy con pérdidas y que estoy —o estaba— *pregnant*. Que el sangrado va a ser como el de una menstru, más o menos esa cantidad. Pero otra consistencia. Más roja seguro, no tan marrón. Que no me meta las pastelas en la concha, porque empieza a salir sangre y todo se vuelve medio confuso y no se entiende nada. Que mejor me ponga las cuatro en la boca, bajo la lengua, y espere que se disuelvan. Que de última, si llegara a metérmelas en la concha, que lo haga con todas, con las doce. Porque si me meto algunas por la concha y otras sublingual, la re cago. Que tome Reliverán —lo que compró Tomi— un rato antes y que también tome Ibuprofeno. Que no tome Bayaspirinas ni otro tipo de analgésico, porque me puede hacer mal. Puede fomentar la

pérdida de sangre. Que esté los treinta minutos sí o sí con las pastelas en la boca. Que por ahí me dan arcadas, porque es muy feo, por eso el Reliverán. Es muy importante que no las vomite, porque se enquilomba toda la dosis. Que me concentre en eso. Después de los treinta minutos, si me queda algo en la boca y tipo que no se terminaron de disolver, no importa, que escupa eso, no pasa nada. Me dijo que voy a levantar fiebre, que es normal, y que tenga un termómetro a mano. Si levanto más de 39, 40, al hospi. Después me dijo que cada vez que vaya al baño mire lo que me sale, que busque una canica, que si tiene diez semanas va a ser así. Tipo una canica, una uva, pero gelatinosa y del color de un cebollín en vinagre. Tipo transparente. Y que igual va a estar lleno de sangre. Que le tire agua y lo toque con una lapicera, algo. Que eso es medio un bajón, pero es la única forma de asegurarse de que el *jellyfish* haya salido. Dijo que iba a sentir un dolor menstrual fuerte —ni idea, nunca tuve dolores menstruales—, pero que no era tipo dolor de parto y esas cosas. No es el dolor lo jodido con esto, pero con el Ibu me aseguraba de que iba a tener todavía menos dolor. Me dijo que todo estaba en el PDF *online*, que cualquier duda chequeara ahí, porque ellas demoran en responder. Después me preguntó si ya tenía las pastelas y cómo las había conseguido. Le conté que «mi pareja» había conseguido un sello de médico, que falseó una receta y después de intentar en un par de farmacias las consiguió. Me preguntó si estaba dispuesta a prestar el sello para falsear otras eventuales recetas en caso de ser necesario. Y le dije re, obvio, de toque. Me dijo que anotaba mi número, que siempre necesitaban esos «sellos mágicos» y que seguro me iban a llamar. Después me preguntó si Yakie Dorayaki era mi nombre original o era un nombre «artístico». Le dije que original, y me dijo que era «re diosa» y me colgó.

*

Ahora estoy en casa. Son las ocho. Nati está sentada buscando una peli para ver en Netflix. *Heaven Knows What*. Dice que su «novio» DJ Piña le dijo que está buenísima. Así que eso parece que es lo que vamos a ver. Pedimos sushi. Obvio. Cuando llegue, ponemos la peli y comemos. Nati quiere que hablemos de cuando culeamos los tres. Yo, ni ganas. Hace unos días, le conté que lo había escrito en esta cosa que estoy escribiendo. Me pidió que se lo mandara, pero me dio vergüenza, así que no se lo mandé. Me

dio re paja. Ahora me quema la cabeza para que se lo muestre.

*

Ya lo leyó. Dice que está buenísimo y pregunta si se lo puedo mandar para mostrárselo a DJ Piña. Le dije que ni en pedo. Llegó el sushi.

*

La peli me dejó medio shockeada. Acabo de volver de acompañar a Nati a la parada. Mientras volvía, me di cuenta de que me tocaba la panza. Me la venía acariciando. Venía pensando en nada. En boludeces. Y de repente, me di cuenta de eso. Re loco. No sé, algo instintivo, obvio. Tipo de protección o de cariño. Ni idea. Desde que estoy *pregnant*, vivo en una lucha constante contra la naturaleza. La naturaleza avanza sobre mi cuerpo como una enredadera sobre una casa abandonada en la selva. Es como una enfermedad inevitable que ocupa cada vez más espacio de mi cuerpo. Bueno. Decía que la peli me impresionó un poco. Me dejó medio rara. No sé si es buena o no. Es loca. Es medio documental, es medio *freak* y, sobre todo, es bastante insensible. O no sé si insensible, es más bien una tesis sobre la insensibilidad. ¿Soy una insensible por abortar y contar todo acá? O, antes que eso, ¿soy insensible directamente por querer abortar? ¿Soy insensible? ¿Somos todos insensibles a partir de ahora? No sé qué mierda estoy diciendo. El sushi estuvo bueno. No tomamos alcohol, una coca nomás. Quería estar bien para mañana. El *A Day*.

*

Hace un rato, mientras mirábamos la peli, me escribió Tomi. Le dije que hablábamos después. Ahora estoy chateando con él. Nada. Coordinaciones para mañana. El *check in* es desde las 11, así que vamos a estar ahí a las 11 en punto, para tipo 11:30 empezar con la primera toma y así tipo ya corte 17:30, 18, estar lista, ya terminar todo. Que solo quede estar tirada ahí

esperando que salga el *jellyfish*, si es que para ese entonces no salió. Quedamos en que mejor yo iba directo y él también, por su cuenta, para el telo. No hacía falta juntarnos. Mientras chateaba, preparé un bolso, nada, bombachas, qué sé yo. Alguna ropa. Pijama, remeras, dos lompas. Son dos días tirada en una cama. Qué mierda más pongo. No sé. Agarré el libro ese del amor de mi vieja y el de Irene Vilar. Puse la alarma en el celu a las 10 y listo. No sé. Obvio llevo la Mac para Netflix si es que funca bien Internet. Igual, Tomi puso a bajar series y pelis, me dijo. Me gustaría tener un amuleto de la suerte, una cábala, la pata de un conejo, una moneda vieja, una cartita que me escribió no sé quién, pero no, no tengo nada sobre qué afianzar mi fe, si es que tengo algo de fe, si es que en algún momento tuve algo de fe. Qué sé yo. Me gustaría poder encomendarme a Dios, a una virgen, a un puto santo. Ni idea. Vamos a ver. Como dice la canción.

No me puedo dormir. Es casi la una. Prendí la Mac y acabo de googlear casos de mujeres que se murieron por abortos «caseros» —como dijo Margarito— en Argentina. Me mató esa categorización de «casero», me destruyó, me puso en un lugar re improvisado y vulnerable en el que no sabía que estaba. Me gusta más «clandestino», que es un poco más pijudo. «Casero» me da a pobre, berreta, a carcelario. Tipo «escopeta casera» o «bomba casera». No me da a hogareño, tipo «empanada casera».

*

Parece que se hacen 450.000 abortos en Argentina —obvio, siempre ilegales— por año, y mueren 43 mujeres realizándoselos. Es poco. Vamos. No es tan terrible. Me esperaba una estadística demoledora. Corte que no debe ser tan peligroso. Esto es pan comido.

*

Ah, no, mueren muchas más. Porque parece que los médicos, en las actas de defunción, no ponen que esas pacientes murieron por un aborto, para no criminalizar. Pero de todos modos, el aborto con Miso es lo más seguro que hay, no me voy a meter perejil, ni el gancho de una percha, ni una aguja de tejer, que parece que es lo que suelen hacer. Re animal. Sacarse un *jellyfish* de adentro como si fuera reventar un grano. Así, pum, de una, con toda. Re loco.

*

Ah, qué asco. Para abortar con perejil te lo tenés que meter en la concha y dejarlo ahí todo un día. Es como si la concha fuera un horno de cocina. Después le metés, no sé, un pedazo de carne, unos ajitos, verduras trozadas, ni idea.

*

Son las 9:30. Acabo de mirar la hora. Estoy escribiendo desde el iPhone. A partir de ahora, voy a escribir desde ahí. Me tuve que instalar unas mierdas. Lo hice anoche, antes de dormir. O, más bien, después de asegurarme de que corría el procesador de textos en el iPhone, traté de concentrarme para dormir. Voy a bañarme y a pedir un Uber.

*

Recién en el baño me miré desnuda. No me depilé más. Empiezo a estar toda peluda otra vez. Me ceba. Y el olor a chivo es re fuerte. Pero fuerte mal. También me ceba. Los pelos me crecen raros. Los de la concha. Tipo re largos, pero aislados. No sé qué es. Ja. Perdón, joven lectora abortista. Ni idea. Pintó narrar eso.

*

Llegué al hotel antes que Tomi. El pelotudo se quedó dormido. Nunca se queda dormido. Nunca llega después que yo. Bueno. Esta vez sí. Cómo se nota que no está preparado en absoluto para ser padre. No, amor, no estás preparado en absoluto para ser padre. El pajero del hotel me dijo que no teníamos reserva. A ver, ¿para qué mierda nos tomamos el trabajo de hacer todo lo que hicimos? ¿Para encontrarme a este pajero en la recepción y que me diga que no tengo reserva? Le mandé desesperada —y ya desbordada de mal humor— mensajes a Tomi. Me respondió desde un Uber diciendo que estaba chequeando mails y que le avisaron —pidiendo perdón— que no podían darnos la habitación que habíamos reservado, pero que nos iban a dar

otro hotel más pillo que estaba a una cuadra. Todo mal.

*

Ahora estoy ya en la habitación. Pero ¿era necesario empezar así el *A Day*? Dios. O sea, tenía los minutos contados para empezar con la toma del Miso y pasa todo esto. Además tenía que estar tranca. No da hacer esto así. Sacada, estresada.

*

Cuando llegó Tomi, tenía una valija —sí, una valija como si se fuera de viaje— y un ramo de flores. Le dije que se hiciera cargo, por Dios, de ese «inconveniente». Salí, me prendí un pucho. Y lo veía desde adentro hablando con el tipo. Los dos se reían. ¿De qué mierda se reían? Por un momento, pensé que se reían de mí. Iba a entrar a mandarlos a la mierda. Después me di cuenta de que estaba flasheando.

*

Bueno. Sí. Ya estamos en el nuevo hotel. Era a dos cuadras del otro. Y como se mandaron esa cagada con la reserva, nos dieron un cuarto mucho más cheto que el que teníamos. Está bastante bien. Son las 12. Queríamos estar a las 11. Podemos empezar con la primera toma a las 12:30. Prendí la tele y ahora nada, veo un par de boludeces para no pensar en nada un rato y empezar con las pastelas. Quiero estar concentrada, porque la trava socorrista —bah, flasheo que era una trava— me dijo que no las tengo que escupir. Si las llegara a escupir, tengo que volver a meterme otras cuatro y cumplir el tiempo que me falta. Tenemos dieciséis Misos, por las dudas. Tenemos una toma más por si escupo.

*

Tomí prendió su compu y la puso en el escritorio, sacó unos libros. O sea, ¿qué mierda le pasa a este chabón? Se piensa que son unos días de relax, posta, te juro que no lo entiendo. ¿Cómo puede ser tan idiota? Me alcanzó un vaso de agua y me dio una pastilla de Ibuprofeno de 600 miligramos y dos de Reliverán de 10 miligramos. Me tomé todo y anoté todo en el iPhone. Me fui al baño a ponerme el pijama. El baño está bueno. Re cheto. Tiene una ducha copada, tipo lluvia tropical. Cuando salí, Tomí había puesto C5N. «Mirá», me dijo, «liberaron a Zannini y a D'Elía para que vayan al acto». Mostraban la pantalla dividida en dos. En una mitad, gente yendo a la plaza, los diferentes frentes marchando. En la otra, una foto de Zannini con esa típica campera de cuero de carpincho de hombre de política del conurbano. Ahora cambió ese *styling* porque es re finales del siglo XX, y los barones del conurbano, así como los macristas en general, usan la UNIQLO en cualquiera de sus colores. Yo pensé un toque en mi vieja y me dio una angustia re fuerte. Tipo, mi vieja seguro también estaba viendo C5N —es el único canal de noticias que ve— y seguro estaba re emocionada por la liberación de «los muchachos». Miré iMessage en el celu. No me había escrito nada. Yo le dije que no me escribiera igual, que no iba a tener señal. Bueno. Basta. Son las 12:26. Le pedí a Tomí que apagara la tele. Agarré la compu y me fui a la cama. Me metí, me tapé, acomodé la compu a mi lado. Puse el capítulo 0101 de *BoJack Horseman* en Netflix para intentar terminarlo por enésima vez. Pelé los cuatro Miso, miré la hora en mi Swatch —12:35— y listo. Bajo la lengua.

*

Bueno. Inmediatamente después de que me puse las pastelas, me empezó la paranoia de si no tenía que esperar un poco más para que me hicieran efecto el Ibu y el Reliverán. Ya fue. Concentración. *BoJack* es malísimo. Aburrido, chistes obvios. No sé, no me interesa ese humor. Ya lo dije, es re yanqui, infantil. Igual, nada, voy a esperar que termine el capítulo. Así tengo una refe del tiempo. Para eso quiero ver una serie, veinte minutos, treinta, como para no volverme loca mientras pasa. El Miso en la boca se hace toda una pasta re fea, un asco. Y se me empieza a escapar por los costados de la lengua. Se me va para atrás, y tiene un sabor horrible. Tipo a Cafiaspirina. Es como tener en la boca una cucharada sopera de un polvo de Cafiaspirina que

se humedece con la saliva y se hace una pasta horrible. ¿Ganas de vomitar? Obvio. Esto es un asco. Igual, nada, no tuve arcadas por ahora. Ojalá el Reliverán esté haciendo su trabajo.

*

Terminé el primer capítulo. Me quedan diez minutos más. Bueno. No aguanto más el sabor, es desagradable pero mal. Y me empiezan a arder las papilas gustativas al fondo. Dios. Dos tomas más de esto me van a dejar la boca a la miseria. Ya siento ardor, tipo irritación. Algunos dolores en la panza. No sé si es la panza o si es el útero. Ni idea. Siento como pedos. Algo se está revolviendo ahí adentro. Ay. Siento que el *jellyfish* está empezando a sentir el Miso. Perdón, *jellyfish*. No sé. Tengo que hacer esto. No me queda otra.

*

Voy a hablar de otra cosa. No quiero pensar en el *jellyfish*. El capítulo de *BoJack* no está bueno, chistes muy malos, un horror. Le escribí por Telegram a Tomi —porque no puedo hablar, joven lectora abortista, obvio— y le dije que *BoJack* era insufrible, ¿para qué me hace ver eso? Y me respondió que los primeros capítulos no son buenos, pero que después los personajes se van configurando y se vuelve «dolorosamente adictivo». No sé. A mí solo me gustó Diane. Obvio que generé empatía con ella. Me sentí la chica *ghost writer* talentosa e inteligente de Hollywood. Puse el capítulo 2 para aguantar los diez minutos que quedan.

*

Bueno. El capítulo 2 es una mierda también. No me gusta *BoJack* como personaje. No sé. Esto es para viejos, seguramente. Para tipos de 30, 30 y pico. A mí no me pega nada esto. No me conmueve, me parece de un humor anticuado, vetusto. Esaaa, «vetusto», aguantaaa, puaner. Solo me gustó esa

burla al «valor» de los veteranos. Los veteranos son lo menos. Re siglo XX, re cosa de viejos, re mundo de guerras. Ya no hay más guerras. Las guerras re fueron. La que va es el PAÑUELO VERDEEEEE. Ah re.

*

Bueno. Fui al baño y escupí lo que quedaba del Miso. Mientras escupía en el inodoro, me dio tipo una arcada y vomité un toque. Igual, nada, la droga de las pastelas ya la absorbí. Ni idea qué vomité. Algo del sushi de anoche. Sentí unos chuchos de frío. Tipo, ahí viene la fiebre... Todo joya por ahora. Tomi me miraba desde afuera del baño. Le cerré la puerta y me senté en el bidet a tratar de empujar a ver si me salía algo. «Empujar», ni idea. No salió sangre, nada. Tengo dolores en el útero. Sin dudas. Ganas de cagar: nada por ahora. Me puse una toallita en la bombacha y volví a la cama.

*

Parece que efectivamente liberaron a D'Elía y a Zannini para la marcha. De hecho, van a hablar en el escenario. Ahora veo TN. Tomi salió a comprar nueces, avellanas y frutos secos. Dice que me van a dar energía. Todavía siento el sabor a mierda del Miso.

*

Me re dormí. Me acabo de despertar. Tomi está al lado mío haciendo *zapping*. Me siento mal. Soñé algo raro, pero no sé qué. Tomi me acercó el termómetro para tomarme la temperatura: 37. O sea, casi ni tengo fiebre. Me re duele la panza. Esos son los dolores menstruales que me dijo la trava. Tengo miedo de que me empiece a doler más. Voy a tomar otro Ibu 600. Me comí unas nueces y esos frutos secos de vegana. Estoy tomando mucha agua. Tipo que me bajé dos vasos seguidos sin respirar. Tomi tomaba birra de lata y fumaba porro. Le dije que no daba, porque si pasaba algo y había que salir a un hospi y él estaba re loco, podía ser un megagarrón. Me dijo que tenía

razón, apagó el porro y me pidió perdón.

*

Fui al baño a hacer pis. Salió con un poco de sangre. *Not jellyfish yet*. La toallita está impecable, pero, aparentemente, «el baile cósmico ha comenzado».

*

Ya estoy de nuevo en la cama, son las 14:06. Tengo chuchos de frío y mucho sueño. Le dije a Tomi que me despierte para la próxima toma.

*

Son las 15:17. Tomi me acaba de despertar para la segunda toma. Tengo mucho sueño y mucho dolor. Me senté en la cama para tomar agua y sentí algo raro en la concha. También sentí ganas de cagar.

*

Tengo diarrea. La toallita está manchada, y cuando hice fuerza con la concha se me cayó algo. Fue una sensación horrible, porque pensé que se me había salido el *jellyfish* y estaba encima de la mierda. O sea, una montaña de mierda diarreica y encima un baño de sangre con pedazos rojos. Fue un horror, tuve palpitaciones. Quería gritar y llamarlo a Tomi, pero no tengo esa confianza con él. No lo dejo que me vea desnuda si no estoy depilada. Imaginate. Saqué un hisopo de mi neceser, toqué esa cosa roja y se hundió en la caca, pero igual pude darme cuenta de que era solo un coágulo de sangre. *Not jellyfish yet*.

*

Bueno, ya volví del baño. Tomi me preparó en la Mac otro capítulo de *BoJack*, el 0301, y también el 0101 de *Atlanta*, por si no quería seguir con *BoJack*. Preferí *Atlanta*. El primer capítulo está bueno. Re bien narrado. Me ceba Earn, ese personaje *broke nigger* es espectacular. Pero Paper Boi me calienta. Qué gordo hermoso con esas cadenas y esas chombas de wachituro que tiene. Le mordería una hora la verga negra, gomosa y pesada que seguro carga.

*

Paper Boi, Paper Boi, always 'bout that paper, boy.

*

Bueno, me cebé con estos negros y con los chumbos y el rap y me sirvió porque me olvidé al toque del Miso. Me puse las pastelas bajo la lengua a las 15:34, y apenas tocaron el frenillo ya me empezó a doler. Re ardió. Tipo que tenía lastimado. Después, lo mismo que hace un rato. Se me hizo una pasta con un sabor horrible. Es difícil que no se te escape por los costados de la lengua. Tipo que hay que hacer como un equilibrio y eso te cansa más la boca y pronuncia todavía más la llaga que tenés. Terminó el capítulo, banqué un toque más googleando sobre la serie y se hicieron los treinta minutos. Fui al baño, escupí lo que me quedaba en la boca y después me senté en el bidet. Hice otra vez fuerza con la concha y cayeron más pedazos. La toallita ya era un asco. Me la cambié.

Son las 16:13. Tengo que empezar a controlar cuántas toallitas empapo por hora. Me miré un rato en el espejo, me desconocí un toque. Estoy gorda, no hay forma de caretear eso. Estoy megagorda. Soy una gorda. Después de mirarme un rato en el espejo y de insultarme y odiarme, volví a buscar un hisopo y pinché los pedazos rojos que parecían unos higaditos como de pollo, y eran otra vez coágulos nada más. *Not jellyfish yet*. Cero palpitaciones y angustia. Es sarpado cómo te vas acostumbrando a la crueldad. Hace media hora nomás, casi tengo un *panic attack*; ahora, soy como un carnicero de La Matanza.

*

Son las 16:25. La próxima —y última toma— es a las 18:30. El *lesbian PDF* dice que puedo demorar hasta una semana —si es que hice todas las tomas bien y el cuerpo asimiló la droga— en perder el *jellyfish*. Dios. Quiero que esto se salga ya. Tengo mucho frío. En el termómetro, 38,6. Todo piola. Igual, el problema de la infección, según el *lesbian PDF*, es después. Tipo que salió todo mal, se me pudrieron la concha y el útero, o se me quedó adentro un pedazo de *jellyfish* y empezó a infectar todo. Estoy empezando a delirar, me parece. Todavía me queda una toma más. Voy a dormir.

*

Dormí un rato, pero me desperté re incómoda. Creo que tengo mucha fiebre. No puedo dormir de la fiebre. Siento como una presión en la frente y que el piso se mueve, pero no de modo continuo, sino dando temblores de microsegundos. Como una cámara que filma en menos de veinticuatro cuadros por segundo y genera ese efecto de movimiento shock. Me tomé otro Ibu, porque es molesto lo que me pasa, y me volví a tomar la fiebre: 39. Estoy en 39 ya. No veo una mierda lo que escribo, tipo que no enfoco bien. Tomi mira en TN a un cordobés al que le habían secuestrado, hace unos días, una canasta con sándwiches de salame y ahora los vende en la marcha y parece que está vendiendo a *full*. O sea, Tomi me cuenta esta anécdota como si me importara. Ni idea qué le pasa a este pibe. Holaaa, estoy abortando acá. Le pedí si podía apagar la tele y poner otro capítulo de *Atlanta* para pasar el rato, porque no doy más.

*

No. Imposible. No puedo ver nada. Cualquier cosa que brille me hace mal. Voy a tirarme a dormir. No puedo hacer otra cosa. Son las 17:36. Le dije a Tomi que baje el volumen y me despierte cuando sea la próxima toma.

*

Me acabo de despertar. Antes que nada, quiero contar el sueño que tuve. Estaba en este mismo lugar y me daban vuelta cosas alrededor. Pelotitas. Como giran los electrones o lo que sean alrededor del átomo. Giraban y giraban las pelotitas, eran de muchos colores distintos, medio brillantes, cada vez que pasaban cerca de mi cabeza escuchaba como que decían algo. Como un susurro. Algo irreconocible. Pero tenía el tono de una voz. No sé. Re loco. Después me despertó Tomi. Le dije que me tomara la fiebre de nuevo. Sentía un calor sarpado en los cachetes, pero seguía igual: 39. No baja. La puta madre. Para escribir esto en el iPhone, le tuve que sacar casi todo el brillo a la pantalla. No puedo mirar nada que brille. No puedo escuchar ruidos fuertes. Ya es hora de la última toma y no voy a poder ver nada en la MacBook. No sé qué voy a hacer.

*

Bueno. Ya son las 18:32. Le pedí a Tomi que apagara la tele y que pusiera algo de música. Puso *Music for Airports*. Ni idea, pero al menos me tranquiliza. O me desespera. Ya no entiendo nada. Me puse otra vez los Miso abajo de la lengua. Cada vez me duele más. Tengo todo carcomido alrededor del frenillo de la lengua. Siento el sabor de la carne sin piel. Todo con llagas. O sea, me llega a caer ahí un poco de sal y grito. Esta es la primera toma sin nada para ver en la Mac. O sea, es una re tortura. Bueno. Voy a concentrarme.

*

Quise googlear cosas sobre *Atlanta*, pero tampoco puedo leer mucho. Se me nubla toda la vista. Es como cuando estoy pasada de MD. Diooooo. Miro la hora cada diez segundos. No avanza más. Media hora así. No puedo más. Encima la fiebre no baja. No baja nada y estoy tomando Ibus a *full* y no baja. ¿Estaré infectada? ¿Tan rápido? Diooosss. Ahora ya empecé a flashear

cualquier cosa. Capaz estoy re infectada adentro, ya fue. ¿Por qué tengo tanta fiebre? No está del todo mal 39, no es alarmante, pero es el límite. Si subo a 40 y no baja, vamos a tener que ir a un hospi. No me quiero morir. No así. O sea, sí me quiero morir. En algún momento. No así. No me quiero morir abortando. Dios. ¿Cómo me voy a morir abortando? ¿Qué onda? Lo peor de lo peor. No quiero ir a un hospi a que me hagan un raspado. No quiero eso, quiero que el *jellyfish* salga y que se me salga todo de adentro y volver a ser una mina normal. Sin nada creciéndome adentro. Quiero a mi vieja. No quiero estar acá en este hotel cheto de mierda. Quiero estar en la cama con mi vieja viendo alguna porquería en la tele. Es lo único que quiero en el mundo. Además, siento que me siguen saliendo cosas de la concha. Uh, me colgué. No me fijé en la toallita antes de tomar el Miso. ¿Y si está empapada mal? No me la cambié desde la última toma. Pasó bocha de tiempo. La puta madre. No voy a escribir más, me está haciendo peor escribir. Voy a tratar de cerrar los ojos.

*

Ya escupí las pastas que me habían quedado en la boca. Son las 19:15. Cagué otra vez diarrea. Me cambié la toallita, que estaba explotada, pero chequeando en este texto —¿ves, joven lectora abortista, que este texto sirve? — vi que me la había cambiado hacía miles de horas, así que pareciera que no me estoy desangrando. Igual, ahora voy a controlar específicamente eso. El olor de la sangre es terrible. Una vez, camino a un taller literario al que iba por San Telmo, pasé por una esquina donde un colectivo había atropellado a una vieja. Cuando llegó la ambulancia, tuvieron que amputarle ahí, de toque, la pierna. Esto lo sé porque le pregunté a un mozo de un bar que miraba. El colectivo estaba ahí estacionado. El chofer, adentro agarrándose la cabeza. Y abajo de la trompa del bondi, un charco de sangre enorme, todo coagulado. Ese olor. El olor que sentí esa vez cuando pasé al lado de esa escena es el olor que está saliendo de mi concha y se queda en el baño.

*

Los pedazos que me salieron de la concha fueron grandes. Mucho más grandes y con un líquido medio transparente alrededor. O capaz los vi grandes por la fiebre. Pero ya no tengo ganas de narrarlo. *Not jellyfish yet.* Los desarmé todos. Los hice papilla y nada. Solo ese olor horrible a carne molida. Se me está rompiendo todo adentro. Es el olor ácido de la sangre cruda. La sangre fresca. Es olor a accidente. A quirófano.

*

Ya son las 20. Recién fui al baño a mirar la toallita y no la vi del todo explotada. Tipo que aguanta un poco más. Le quemé la cabeza a Tomi. Lo preocupé. Está serio. Apagó su laptop y dejó de tomar cerveza. El boludo había traído falopa para tomar. O sea, se pensaba que esto era una salida. No sé. Compró birra, porro, merca. Qué tipo infeliz. Después me dice que soy una drogadicta. Le dije que la fiebre no me bajaba y que iba a ver cómo venía de sangre, pero todo parecía indicar que íbamos a tener que ir a un hospi. Se sentó un rato en silencio a googlear y después me dijo que no había que decir que habíamos usado Miso por las dudas. Voy a esperar hasta las 20:15 y voy al baño a ver cómo viene la toallita. La fiebre bajó a 38, ya no siento tanto calor en la cara.

*

La toallita es un asco. No da más. Me senté en el bidet y nada. *Not jellyfish yet.* Ya ni ganas de contar esto. Mientras estaba sentada en el bidet expulsando cosas por la concha, expulsando higaditos de pollo por la concha, me acordé de que en el sueño las pelotitas que me daban vueltas eran *jellyfishes* de todos los colores. Tipo colonias, cientos, miles, como los que había en el Museo de Ciencias Naturales.

*

Tengo la boca destrozada. Recién traté de tomarme un té. Imposible. Me

arde toda la jeta. Todavía tengo el sabor del Miso. No se me va con nada. Volví a comer esa mierda de frutos secos y me comí un yogur. Boludeces que me compró Tomi, porque para él se compró escabio y falopa. Qué demente. Me llegó un mensaje de mi vieja en iMessage. Dice que en la marcha lo vio a Roberto —mi padrino— y que me manda saludos. Hubiera estado bueno verlo. Seguro me daba unos mangos. Siempre que Roberto me ve, saca la billetera y me da plata. Como cuando tenía 5 años y recibir plata era algo novedoso y hasta excitante. Para Roberto nunca dejé de tener 5 años. Qué genio. En la tele muestran a la gente entrando al reci de Depeche Mode. Quería ir, la puta madre. Tengo dolores en el útero. Tipo como que tiene espasmos. Corte que es la droga sacando todo de adentro. Vaciando la sala. Terrible. Quiero que esto se termine ya. Me voy a dormir. No puedo más. Ya hice todo lo que tenía que hacer. Ahora hay que esperar. No estoy perdiendo mucha sangre. Todo piola. Sigo con frío. Está bueno tener fiebre. Para el drogadicto, la fiebre es lo más. Es como estar de ácido pero sin reírte. Sin lo divertido, todo mental y mucho agotamiento físico.

Recién me desperté en cualquiera. Tomi está ahora en el baño. Son las 2:34. Tomi estaba haciéndose una paja al lado mío agarrándome una teta. *Whaaaaattttt?* Con una mano me agarraba la teta y con la otra se hacía la paja. Este tipo es un enfermo. Me empecé a despertar y medio que se hizo el boludo y se fue al baño, pero me re di cuenta de lo que estaba pasando. O sea. Esto no es la fiebre. Me desperté por el frío porque estaba con las tetas al aire toda destapada. Qué enfermo. Ahora volvió y está al lado mío. Tengo 37,5 de fiebre. Vamos bien. Le pedí el control y me puse a hacer *zapping* hasta que agarré empezada *Logan*. Le pregunté a Tomi qué onda, qué mierda estaba haciendo, y se hizo el re boludo. Para mí está duro. Le pregunté si había estado tomando y me dijo que no. Pero estaba mudo y evasivo mal. O sea, ni en pedo me vuelvo a dormir. Aunque bueno. Nada. Tampoco es tan terrible. Me calentó un poco que se hiciera la paja así. Pasa que estoy re rara. O sea, fiebre, toda la concha podrida. Ni da. Pobre chabón, hace banda que no me mete la pija. Pero, además, algo le pasa, está como ido, perdido. ¿Querrá tener al *jellyfish* y no se anima a decírmelo? Un poco tarde, igual.

*

Me senté en el bidet y volví a empujar. Esta vez no salieron pedazos. Salió como un chorro de sangre espesa, medio negra. Me dieron arcadas. El olor. Joven lectora abortista, no sabés lo que era el olor de eso. Por Dios. Que se termine rápido.

*

Me cambié la toallita. Me había olvidado de contarle. Todo bien con eso. Ya medio que estoy despreocupada. Y la fiebre... listo, ya me la tomé. Tengo

37. Estoy casi sin fiebre. Todo piola. Son las 3:15.

*

Tomi salió a «tomar aire», me dijo. Obvio que no puede más de la dureza y yo así abortando lo pongo más incómodo todavía. Está bien que salga a dar vueltas. Sirve más afuera que a mi lado. Acaba de terminar *Logan*. Terrible. Me destruyó. Lloré un poco. Quedé devastada. Sola en la cama sintiendo cómo me caen cosas de la concha, con dolores, fiebre, la boca estallada peor que cuando tomo rolas. Logan se muere. Finalmente se muere. Hay un discurso fuerte, muy del siglo XX, que es el de que hay que morir. Ahora, en el siglo XXI, todos quieren vivir para siempre. Los viejos no quieren ser viejos. Los adultos no quieren ser adultos. Y como la ciencia ayuda a prolongar la vida, nadie quiere negarse a eso. Si más o menos comés bien y sos de una clase media, media alta, que te permita gozar de una cobertura médica relativamente aceptable, listo. Ya fue. Podés vivir cien años tranca. Yo no quiero vivir cien años. Ni en pedo. No sé si quiero vivir más de cincuenta. Ok, sí, tengo 19, pero me re chupa un huevo. No sé. No hay que vivir tanto. Hay que morirse. Es parte de lo que viene. A veces morir es lo mejor que nos puede pasar. ¿Quién nos metió esa idea de que la vida es buena y que hay que vivir mucho y disfrutarla? La vida es una mierda. Y no es de *depress*, es de que es así. Todo lo que nos pasa, hasta lo lindo, es insignificante, una mierda. En la biografía de Hemingway escrita por Anthony Burgess, Hemingway no puede más. Tipo que sobrevivió a un ACV y anda por la casa con la mitad del cuerpo paralizado. Entonces el viejo Ernest, que se moviliza en *slow motion* con esa renguera, se las arregla para agarrar la escopeta y tratar de volarse la cabeza. Pero, pese a que la casa es grande, siempre algún familiar, su jermu, la empleada lo descubren justo con las manos en la masa. Hasta que un día se dan cuenta de que el viejo Ernest, con su paso lento y cansino, hacía un rato que no estaba a la vista, cuando se escucha desde una sala la detonación y se ve el fognazo de la escopeta.

*

Son las 5. Me dormí con la tele prendida. Me desperté con un capítulo de *The Nanny*. Esa voz monstruosa me despertó. Cuando era chica la veía a la tarde, después del cole. Creo que me quedó grabado a fuego su *styling* para vestirse. Me visto como ella. Me acuerdo de que la hicieron mierda en la prensa porque no quería tener hijos para conservar su figura. Me parece superválido. Es como Piglia, que no quiso tener hijos para poder dedicarse *full time* a la escritura. Ella usa su cuerpo, la belleza de su cuerpo, para trabajar, o más bien usaba. Tomi todavía no volvió. Le mandé un mensaje y me dijo que estaba en el *lobby*, que cualquier cosa subía. Le dije que no hacía falta. Increíble. No puedo creer que me esté pasando esto. Fui a cambiarme la toallita. Todo normal. En el bidet volví a desarmar higaditos de pollo. *Not jellyfish yet*. Me volví a la cama y apagué la tele. Los dolores menstruales siguen iguales. Me tomé otro Ibu por las dudas. Tengo mensajes en Telegram de Nati preguntándome cómo estoy. Seguro está pasada en alguna fiesta. Abrí Instagram, tengo bocha de *inbox* preguntándome en qué ando. En las *stories*, bocha de amis en Depeche Mode y después en algún *after*, ahí en La Plata, seguro. Creo que ya no tengo fiebre. Me duele todo el cuerpo como si me hubiera caído por una escalera. Tengo hambre. Me comería una milanesa con papas fritas.

*

Tomi me despertó con un desayuno re loco. Frutas, fiambres, huevos, jamón, tostadas, galles. Trajo todo a la cama y hay olor a comida, así que estuvo cocinando. Me dijo que no me dejó dormir más así chequeamos la fiebre y la sangre. Estaba muerta de hambre, así que me comí todo en la cama. Son las 11:32. En la tele pasan una manifestación con un feto gigante. Increíble. Tomi lo cambió rápido de canal, pero yo le pedí que lo dejara. Se negó y me dijo que no tenía que ser tan masoquista, y yo le contesté que todo lo que me estaba pasando era un delirio, que me dejara de romper las pelotas. Me tiró el control remoto y se fue a la mesa con su laptop. Increíble. Pero increíble mal. Un feto gigante de, no sé, ni idea, papel maché, qué sé yo. Cargado por una marcha de, no sé, capaz mil personas. Muy bueno. «Marcha por la vida». Y yo acá toda desangrada revisando los coágulos que escupo por la concha a ver si el *jellyfish* sale de una puta vez. No sé qué es lo que falta acá. No sé. No entiendo nada. Estamos en un momento de la historia en

donde la ficción no alcanza a describir los procesos de la realidad. La ficción es el *fantasy*, la *sci-fi*, ya está en un nivel superior que el realismo. El realismo, lo que me pasa a mí, la realidad, es un grotesco delirante. Lo que está transmitiendo la televisión parece escrito por Mario Levrero. Si decidiera escribir una novela en la que una chica tiene que abortar mientras suceden todos estos eventos que día a día dejo asentados en este texto, ningún editor la aceptaría. Le parecería demasiado.

*

Ah, no, no, no. Acabo de entrar a Facebook y veo que ya hay memes de ese feto gigante. Y sí, es un delirio. Un delirio trasnochado. Pero también está circulando un poema del ministro de Educación al feto. ¿Me estás jodiendo? Es como si estuviera en *The Truman Show* y alguien guionara todo. No puedo creer. No lo puedo creer. Es increíble. No me da la cabeza.

*

El poema de Esteban Bullrich, nuestro ministro de Educación, en contra del proyecto de ley de despenalización del aborto:

YO TE AMO, MAMÁ (COMO NADIE LO HARÁ)

Indefensos silencios que callan,
adentro del castillo hecho panza.
Vulnerables ojitos que no ven
la tormenta que le aproximan a su piel.

Sonrisa muda de alegría,
pese a sentir que en breve se le irá su vida.
Manito tibia llena de amor,
que no se abrirá al sol y con dolor.

Mejillas suaves hechas para besar,
no conocerán los labios de su mamá.

Esperará con tristeza su muerte,
sin entender por qué le corre esa suerte.

Tanto amor y deseos de abrazar
serán mutilados y en sangre se ahogarán.

Te amo, mami, no me dejes,
es mi amor el que quiero que te llene.
Quiero beber de tu pecho la vida
y no entiendo quién te dice que no es mía.

Te amo, te necesito, yo te adoro,
y me entregan a la muerte aunque lloro.
Quiero que sepas que soy tu hijo,
ese mismo, que sin saberlo, tu corazón bendijo.

Ámame, abrázame, ya me muero,
y mi vida se la llevan sin un duelo.
Mi mamá no me mimará,
aunque yo la amaré en su eternidad.

Te amo, mami, aunque no me veas,
mi vida seguirá con la tuya aunque no creas.
Te amo, mamá. Tu hijito por siempre.

*

Por un momento, pensé en analizar el poema corte taller literario y hacerlo mierda. Pero ¿para qué? Tipo que es como los poemas que escribe Temer. Onda un muestrario de lo que no hay que hacer para escribir. Todos los errores juntos. Me contaron que Fogwill siempre daba textos del mismo escritor en las charlas y clínicas que le pedían que dictara en congresos y festivales o ferias, porque decía que ahí se condensaba todo lo malo de la literatura efectista.

*

Ah, claro. Hoy es el día del niño por nacer. Tipo una mierda para festejar los embarazos deseados. No puedo pensar en esto ahora. Todo lo que pasa es una mierda. Recién Tomi se me acercó a darme unos besos y lo saqué con la mano. Esto es una mierda.

*

Tomi dice que cuando quiera salgamos a comer algo por la zona. Yo estoy tirada en la cama con el libro de Irene Vilar.

No le había hablado de mi embarazo. Comencé a escribir como si lo que creciera en mi vientre no fuera un niño sino otra cosa. Esperé y observé cómo mi cuerpo iba tomando el control mientras mi primer libro, la historia de las dos mujeres de mi vida, empezaba a encontrar su camino en la página (p. 105).

Lo reescribiría del siguiente modo...

A nadie le dije que estaba *pregnant*. Me desconecté de las redes y dejé de hablar con todo el mundo. Ni WhatsApp ni Facebook Messenger, mis dos medios habituales de comunicación. Me instalé Telegram para hablar solo con Nati y con Tomi, casi estrictamente para cuestiones operativas. Con mi madre siempre hablé por iMessage. Comencé a escribir pensando que lo que crecía dentro de mí era un *jellyfish*, nada parecido a un humano. Dejé que mi cuerpo y mi mente tomaran el control y así, mi primer libro, empezó a cobrar forma de diario, de compañía, de evasión, de negación, de opción. Este diario no es más que una opción. ¿De qué? Capaz que de pensar, de no vivir lo que está pasando.

*

Estaba buscando si hay un aborto narrado. Tiene dos millones de abortos y creo que narra uno solo, digo, como procedimiento. Bueno, no lo voy a transcribir, pero va a una clínica, la sientan, le explican que está pasada con las fechas, que tiene terrible bicho adentro, y le dicen que tiene que quedarse una noche ahí para que la dilaten y al otro día, shuuuuuuckkk, se lo aspiran y

a la mierda. Después, por una cuestión protocolar, la obligan a ver una peli. Ella se niega —aparentemente en la peli te muestran todos *jellyfishes* extraídos, ni idea, un horror— y entonces le dan un folleto que tiene que leer y que, ni bien la doctora haitiana que se lo ha alcanzado se va de la sala, lo tira a la basura. *Ohhh, what a rebel!* Y ahí viene una frase copada, o sea, conté toda esta escena de mierda por dos razones: 1) contar cómo es el procedimiento en un país normal; 2) la siguiente frase que le dice la haitiana:

La doctora también me advirtió que una chica que seguía haciendo lo que yo hacía estaba ligada al demonio por un pacto. (p. 129).

Beautiful.

*

Más adelante hay un párrafo que re tiene que ver con hoy. Con Bullrich, con el feto gigante de papel maché:

Al salir de la clínica una joven me bloqueó el paso. Quería saber si tenía turno para la semana que viene. Yo no entendía de qué hablaba. Dos hombres mayores y una mujer se acercaron y le dijeron que me habían visto el día anterior. Entonces caí en la cuenta: las pancartas que llevaban en la mano lo explicaban todo. Traté de abrimme paso entre ellos, pero la mujer me aferró del brazo diciendo que rogaría a Dios por mi alma y por el alma del niño que acababa de matar (p. 131).

*

Tengo marcado con signo de admiración un párrafo:

Por lo general hablábamos de nuestro plan de navegar hasta las Bahamas en el verano. Era una fantasía que organizaba nuestros días, al igual que los abortos.

Vamooooossss, Ireneeee. Es la mejor frase del libro para mí. Por afano.

*

Me cambié la toallita. No me salieron higaditos de la concha. Solo un poco de sangre líquida, bastante líquida, con un olor horrendo. Me di un baño y salimos a comer. Fuimos a un Dean & Dennys que abrieron en Santa Fe y Coronel Díaz, sobre Santa Fe. Altas hamburguesas. Re ricas y salen lo mismo que McDonald's. Me ardió la jeta, pero necesitaba comer algo así. Tomi estaba alegre. No sé. Empezó a contarme de un poema que estaba escribiendo. No le presté mucha atención. Pero era sobre un perro que se le había muerto cuando era chico. Lo atropelló un colectivo delante de él, pero nunca había hecho el duelo. Recién ahora, con esto del aborto, empezó a acordarse de Rubie —así se llamaba el perro— y se dio cuenta de que todavía no había hecho el duelo, y por eso se puso a escribirle un poema. Ni idea. Pero NI IDEA. Así, con mayúsculas. O sea, cada vez tengo menos cosas en común con este ser. Me resulta infumable. Después de comer, cruzamos la avenida Santa Fe y entramos un toque al Alto Palermo. Quería ver qué onda la ropa Adidas, si había entrado algo nuevo. Mientras caminábamos, tipo apenas entramos, sentí de repente que me empezó a bajar algo por la concha, pero mal, tipo con toda. Le dije a Tomi que creía que me estaba chorrenado la pierna. Se asustó y me dijo que subiéramos al baño del piso de arriba. Le dije que no, que quería ir al hotel, porque tenía que ver qué me salía de adentro, en los baños del shopping no hay bidet. Tomi salió corriendo y paró un taxi en Santa Fe. Yo fui atrás de él caminado re lento, como si me hubiera cagado encima, lo cual era bastante parecido. Sentía que tenía la media empapada de sangre, pensaba que me iba a morir ahí, en un shopping, en un shopping de Palermo. Una más de la lista de mujeres muertas por choque hipovolémico a causa de un aborto mal realizado. Una más en una lista que, con suerte, serviría como bandera de las abortistas que van al Congreso con su pañuelo verde. Se me estaba nublando la vista, logré salir a la calle y la luz del día me encandiló mal, sentía que me caía, me iba al piso, era un mareo re *power*, y ahí justo Tomi me agarró del brazo y no sé cómo me metió adentro del taxi.

*

Cómo me bajé, cómo llegué a la habitación, no sé, ni idea. A eso lo tengo re fuera de circuito. Me senté en el bidet y me salió de adentro cualquier cosa. Era cualquier cosa. Como que la concha escupía sangre, coágulos, hilos de un tipo de flujo medio transparente, el olor era terrible. Así debe ser el olor en un

matadero. Tenía las dos piernas ensangrentadas, las medias y las Gazelle todas encastradas. Ni idea, pero en ese momento lo único que pensaba era que nunca más iba a poder coger. Tipo que la concha hasta ahí llegó. Inutilizada. Clausurada *for ever*. Era mucha sangre. Tomi estaba en la puerta preguntando si estaba bien, si llamaba a una ambulancia. Yo no podía responderle. No podía pensar en nada. Estaba ahí como en blanco. Tomi empezó a golpear la puerta y corte que como que me desperté. Capaz me había re desmayado, ni idea. Pero volví y me di cuenta de que sentía el cuerpo distinto. Estaba segura, no sé por qué, no puedo explicarlo. Pero sabía que el *jellyfish* había salido. Le dije a Tomi que estaba bien, que no se preocupara. Busqué un hisopo. O sea, joven lectora abortista, imagínate. Con los pantalones bajos, las dos piernas manchadas de sangre, en cuclillas buscando entre la sangre y los higaditos de pollo, y lo vi. Era una bolita transparente y gelatinosa. Mi *jellyfish*, por fin te fuiste. Por fin saliste. No era nuestro destino estar juntos. Tomi empezó a golpear la puerta medio descontrolado. Y yo ahí mirando al *jellyfish* sin entender nada. Me estiré, le abrí la puerta y vio desde arriba toda la escena. Yo no entendía nada, no sabía qué hacer y, no sé, me acerqué, le abrí la bragueta y le saqué la pija. Al principio, dijo «no, no» y trató de alejarme con la mano. Después se dejó y le empecé a chupar la pija. Seguía con los pantalones en las rodillas y mientras le chupaba la pija podía sentir cómo me seguía cayendo sangre. Me desconcentré un toque, porque sabía que la sangre me estaba cayendo sobre el pantalón. Entonces se la empecé a chupar re a *full* y acabó. Mucha leche acabó. Me empezó a salir por la nariz, y con el sabor todavía del Miso en la boca y las llagas y todo lo que me estaba pasando, vomité. Vomité una mezcla de cosas horrible. Un asco. Le dije a Tomi que me dejara sola y me metí en la ducha. Mientras me bañaba, dejó de salirme sangre. Como si se hubiera cerrado un grifo. Lo escuché a Tomi que entró y se puso a limpiar. Fregaba. Después dijo que me dejaba ropa sobre la tabla del inodoro. Le dije: «Gracias».

*

El libro de Irene Vilar no me gusta, creo que ya lo dije, pero de todos modos es la compañía que me tocó. Una serie de circunstancias históricas me pusieron este libro en la mano en el momento en que yo me di cuenta de que

estaba embarazada. Ni idea. Hay una sola parte que me gusta y que leí realmente con placer, y es cuando habla de navegar. Esa parte es buenísima. Una mina hablando de barcos con tecnicismos me la re sube. Obvio, re Fogwill. Pero habla del hogar, del barco como hogar y de sus diferentes partes y cuidados. Me resulta curioso cómo es que puede ser tan responsable con un barco y no con su cuerpo. «Responsable», paraaaaaaaaaaaaaa, quién sos. Habló la muchacha que lleva al día todas sus responsabilidades. Lo que sigue después de esa parte del velero, de navegar, que no sé por qué me genera tranquilidad y hasta enamoramiento, es algo así como una conclusión, como una justificación, una búsqueda de explicaciones a esos quince abortos, con una mezcla de reconstrucción de la historia familiar y sobre todo de su figura materna. Puedo entender que esa parte tiene que ver con darle un estatus al libro. Quizás fue sugerida por un editor, o un lector cercano; quizás, ese masculino, ese marido que tuvo la protagonista, Irene, la que tuvo tantos abortos. Yo no hubiera puesto ese cierre. No sé. Me da forzado. Pero, aunque forzado, de todos modos hay algunas cosas ahí:

 Mi historia es una perversión tanto del deseo maternal como del aborto, enmarcada por un procedimiento legal del que yo abusaba (p. 266).

Me rompe las pelotas que destaque que es «legal». ¿A quién le importa si es legal o no? O sea, ¿quiere decir que vos nunca «delinquiste» y yo sí? Hay una justificación determinista: yo, que vengo de un país de mierda y tuve una familia de mierda y fui condenada a realizarme quince abortos. No tomaste nunca una pastela, *bby*. Hay responsabilidades que una tiene que asumir. Yo quedé embarazada de un idiota porque soy una idiota. Si hubiera quedado embarazada de alguien del que hubiera estado enamorada, o si yo fuera más grande, con la carrera ya terminada o a punto de terminar, o por lo menos con un trabajo en blanco. No sé. Ni idea. No sé si alguna vez en mi vida me enamoré. No sé si me voy a enamorar. No sé qué mierda es el amor. No sé. Después hay un análisis más fino, que no tiene que ver con el determinismo ni con las formas de pensar la historia de la sexualidad femenina en un país tercermundista como Puerto Rico.

 Los reiterados abortos «recordaban» un elemento común a la experiencia de la muerte y el abandono (p. 272).

Cuando leo eso, veo un reflejo muy claro en mi experiencia. La muerte está siempre, porque sentís que matás algo. No importa el trabajo mental, la negación, la frialdad. No vamos a discutir si hay o no vida desde la concepción. Nos educaron, nos criaron para procrear, y con o sin un manto religioso o místico, o con la mirada científicista o con las lecturas feministas de la opresión patriarcal, el desprendimiento celular, la reproducción implica un costo altísimo en la cultura y en el cuerpo, y de ese costo es del que estoy hablando en todo este texto. Y también, la otra cara de la muerte, si se quiere, es porque hasta hace un rato yo pensaba que me iba a morir. Que me estaba muriendo. Después, el abandono es el de mi viejo. Es todo muy obvio, no se necesita un PhD en la Universidad de Columbia para darse cuenta. No hablé nunca de mi viejo en este texto. Tampoco lo voy a hacer. Hola, papá. Sí, aborté. Sí, me abandonaste, no son suficientes el dinero, ni los mails ni los llamados.

La automutilación, una incapacidad para protegerse a uno mismo, es una respuesta común al abandono (p. 273).

Podés notar, joven lectora abortista, cómo la escritora nunca usa el femenino: «Protegerse a uno mismo». UNO MISMO. O sea, ese sentimiento abandónico es lo que nos hace mutilarnos, querer destruirnos.

El libro termina con un epílogo horroroso sobre la maternidad. QUÉ ME IMPORTA LA MATERNIDAD. EL ABORTO NO ES SOBRE LA MATERNIDAD. El aborto es otra cosa. Capaz que eso pensaban nuestras madres, valga la redundancia. Para mí, el aborto no tiene que ver con la maternidad. Tiene más que ver con quién soy y qué hago conmigo misma. Aun así, todo tiene que ver con la muerte y lo que nos hace, y cómo permitimos que nos haga algo o nos reconciamos con ella.

Para Paco, Gra y la hermosa Sofía, por acompañarme en este viaje.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

